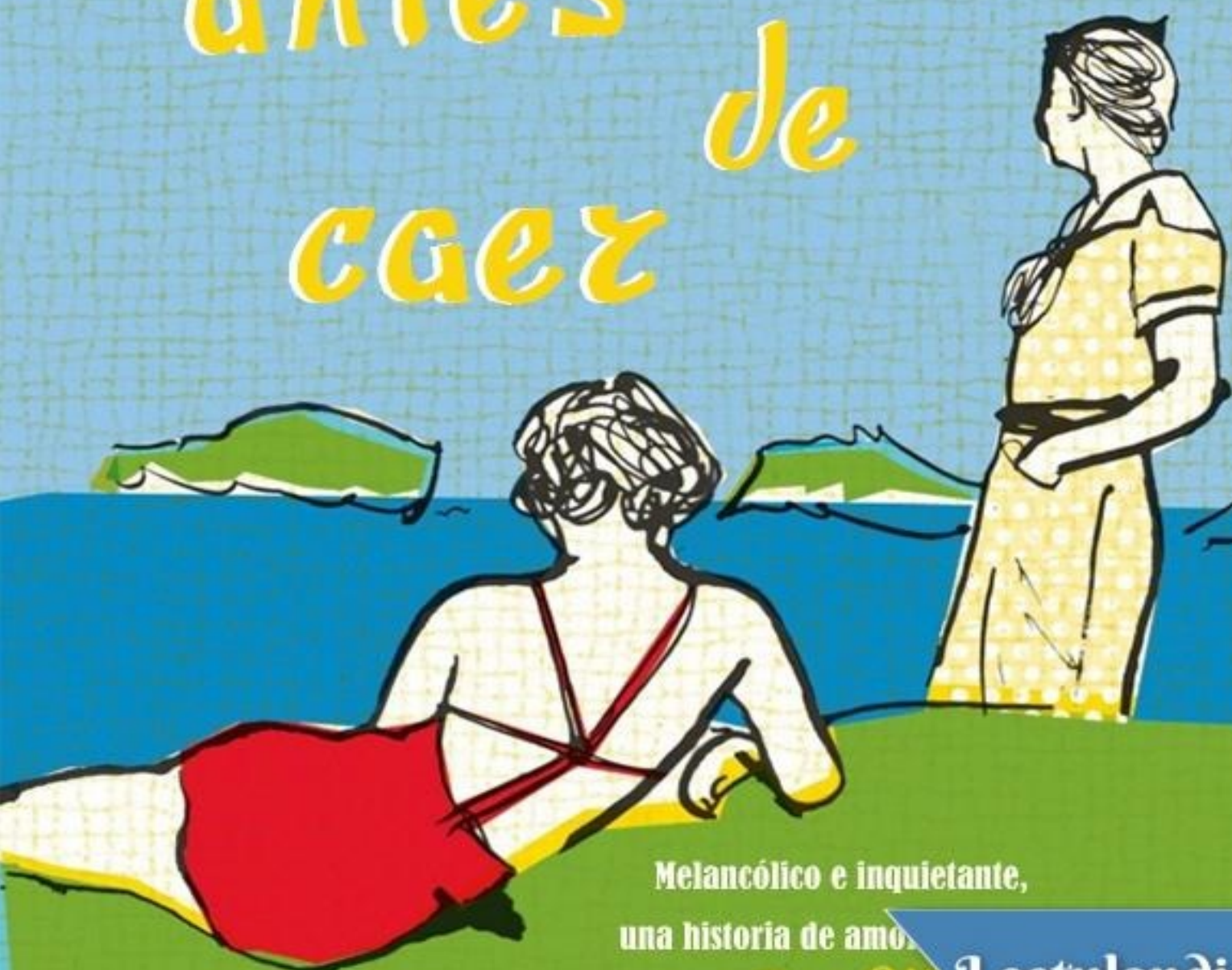


JONATHAN COE

La lluvia
antes
de
caer



Melancólico e inquietante,
una historia de amor.

Daily W

Lectulandia

Rosamond ha muerto. Tenía setenta y tres años, sufría del corazón y se había negado a operarse; su médica, que en los últimos tiempos la visitaba casi cada día en su pequeña casa solitaria en el remoto Oxfordshire, la encontró sentada en su silla y dura como una tabla. Tras el entierro, el testamento. Rosamond nunca se casó ni tuvo hijos, la amiga o amante que vivió con ella largos años ya ha muerto, y su herencia deberá repartirse a partes iguales entre tres herederos: dos tercios para Gill y David, los hijos de su hermana, el otro para Imogen, una desconocida. O casi desconocida, porque Gill recuerda que la vio una vez, hace más de veinte años, en una reunión familiar. Era una niña rubia y ciega de siete años, extraña y encantadora, que sedujo a todos los invitados.

Pero cuando Gill va a casa de la muerta, encuentra otro legado: varias cintas de casete que Rosamond ha grabado antes de morir o de suicidarse y una nota donde le dice a Gill que las cintas son para Imogen, y si no la encuentra, que las escuche ella. Y meses más tarde, tras buscar sin éxito a la elusiva joven, Gill y sus dos hijas vuelven a oír la voz de Rosamond en esa grabación destinada a una ciega, en la que, apoyándose en la minuciosa descripción de veinte fotografías ordenadas como un puzle fantasmal, cuenta una historia de madres e hijas que va desde los años cuarenta hasta el presente, tres generaciones de mujeres ligadas por el deseo, la culpa, la crueldad, la ambivalencia de sus afectos...

Lectulandia

Jonathan Coe

La lluvia antes de caer

ePub r1.0

Titivillus 02.12.15

Título original: *The Rain before it Falls*

Jonathan Coe, 2007

Traducción: Javier Lacruz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTA

El título de esta novela proviene de un tema de Michael Gibbs. La descripción de la música de Catharine me la inspiró la obra de Theo Travis, concretamente su álbum *Slow Life*.

Cuando sonó el teléfono Gill estaba fuera, rastrillando las hojas y formando montones cobrizos, mientras su marido los arrojaba a una hoguera con la pala. Era una tarde de domingo de finales de otoño. Entró corriendo en la cocina al oírlo sonar, y enseguida sintió cómo la envolvía el calor del interior, sin haberse dado cuenta hasta ese momento del frío que empezaba a hacer. Seguramente helaría por la noche.

Después desanduvo el camino hasta la pequeña hoguera, desde la que un humo gris azulado se elevaba en volutas hacia un cielo que ya comenzaba a oscurecer.

Stephen se dio la vuelta cuando la oyó acercarse. Vio en sus ojos que eran malas noticias, e inmediatamente se le vinieron sus hijas a la cabeza: los peligros imaginarios del centro de Londres, las bombas, los trayectos en metro o autobús, antes rutinarios, convertidos de repente en apuestas a vida o muerte.

—¿Qué pasa?

Y cuando Gill le dijo que Rosamond se había muerto al final a los setenta y tres años, no pudo evitar que le invadiera una vergonzosa sensación de alivio. Rodeó a Gill con los brazos y, durante un minuto o más, permanecieron así abrazados, en un silencio roto solamente por el crepitar de las hojas quemándose, el reclamo de alguna paloma torcaz o el ruido de los coches a lo lejos.

—La ha encontrado el médico —dijo Gill, apartándose con delicadeza—. Estaba sentada en su sillón, tesa como una estaca. —Suspiró—. Mañana tendré que acercarme a Shropshire a hablar con el abogado. Y empezar a preparar el funeral.

—¿Mañana? Pues mañana no puedo —dijo Stephen rápidamente.

—Ya lo sé.

—Tengo reunión del consejo de administración. Va a ir todo el mundo, y se supone que lo presido yo.

—Ya lo sé. No te preocupes.

Sonrió y se volvió, con aquel pelo rubio ceniza ondeando como único rasgo distintivo mientras se alejaba por el sendero del jardín, y dejándole, como tantas otras veces, con la sensación de haberle fallado de alguna extraña manera.

El funeral se celebró el viernes por la mañana. El pueblo, cuyas casas Gill recordaba de su infancia pintadas en colores muy vivos, era de un gris deslavado. Y

el cielo tan azul de aquellos recuerdos, milagrosamente conservado entre miles de transparencias, se reducía ahora a una hoja en blanco que no te decía nada. Contra aquel fondo monocolor, grupos de sicomoros oscuros y confieras verdosas se mecían con la brisa, y el murmullo de sus hojas era el único sonido que quebraba el rumor constante del tráfico lejano. En el cementerio se extendía un césped de un verde más claro (roto solamente en algunos sitios por afloramientos de piedras cubiertas de musgo y de líquenes), donde las lápidas se alzaban discretamente o sobresalían a veces en ángulos curiosos, dejadas de la mano de Dios. Detrás de ellas, en aquella débil luz otoñal, se elevaba la torre de la Iglesia de Todos los Santos, de un color castaño rojizo, achaparrada, atemporal, con las agujas doradas de la esfera de su reloj, paradójicamente relucientes y bruñidas, marcando casi las once. Las paredes de ladrillo eran irregulares y desiguales, como el típico enlosado de las iglesias. Y había grajos anidando en las torres del tejado.

Gill se quedó bajo el pequeño porche de madera a la entrada del cementerio, cogida del brazo de su padre, Thomas, viendo cómo el flujo constante de gente que acudía al funeral iba doblando la esquina del Fox and Hounds. Su hermano David estaba junto a ellos dos. La última vez que los dos hermanos habían coincidido en aquel cementerio, hacía más de veinte años, había sido para ocuparse de las tumbas de sus abuelos maternos, James y Gwendoline. Fue una visita inquietante; en esa época Gill era propensa a episodios de clarividencia, a tratos íntimos con lo sobrenatural, y después le había jurado a David que había visto los espíritus de sus abuelos: una visión, afirmaba, vislumbrada tan sólo un momento pero con absoluta claridad de ellos dos sentados en un banco, bebiendo té de un termo y absortos en una conversación entrecortada pero amistosa. David nunca había sabido si creerla o no, y ese día, en cierta forma, parecía de mal gusto mencionar aquel incidente. En vez de eso, permanecieron en un silencio solidario junto a su padre y saludaron con la cabeza a los que iban llegando, sin reconocer a la mayoría de ellos; eran amigos mayores de los difuntos y parientes lejanos, olvidados hacía mucho o dados también por muertos. Pocos de los allí congregados parecían conocerse entre sí. Curiosamente, era una reunión que tenía poco de social.

El oficio lo celebró el reverendo Tawn, a quien Gill había conocido aquella misma semana. Durante sus breves conversaciones, se había dado cuenta de que le caía bien y le inspiraba confianza, y aunque no había sido amigo íntimo de su tía, hablaba bien de ella y con mucho cariño. Luego, una vez cumplidas las formalidades, unos cuantos asistentes fueron regresando desordenadamente hasta las acogedoras puertas del pub. Gill observó a su padre y a su hermano mientras iban andando por la calle delante de ella; por alguna razón, la conmovió ver a su anciano padre y a su hermano mayor caminando codo con codo de aquel modo; su parentesco resultaba muy evidente por la postura, la forma de su cuerpo, su *manera de estar* en el mundo (no sabía expresarlo mejor). ¿Para un desconocido habría estado tan claro, se preguntó, que las dos jóvenes morenas y esbeltas que la seguían a poca distancia eran

sus propias hijas? Se volvió y les echó un vistazo. Las dos habían salido a su padre; pero Catharine (temperamental, introvertida, creativa) recordaba sin embargo a su madre en el porte, en su indecisión y su timidez; en cambio Elizabeth siempre había parecido una persona con los pies más en la tierra, mucho más segura de sí misma, y con un humor sarcástico e imperturbable que la hacía capaz de superar cualquier crisis. A veces Gill se quedaba mirándolas a las dos como si fueran seres de otro planeta; le costaba entender cómo habrían venido a parar a éste, y ya no digamos a su familia. Aquellos momentos esporádicos de desapego la asustaban (los vivía como ataques de pánico), menos mal que eran tan efímeros como una alucinación; para que se desvaneciera aquella sensación bastaba un gesto de acercamiento de sus hijas; como esa vez, cuando Elizabeth apuró de repente el paso para alcanzar a su madre y la cogió del brazo.

No obstante, incluso antes de que hubieran llegado a la puerta del pub, Gill soltó a su hija; había reconocido a una persona al otro lado del aparcamiento y necesitaba hablar con ella. Se trataba de Philippa May, la médica de su difunta tía, con la que Gill se había mantenido en contacto por teléfono durante las últimas semanas. Era la doctora May la que había diagnosticado la enfermedad cardíaca de Rosamond; la que había tratado de convencerla (sin éxito) de que se pusiera un *bypass*; la que había adquirido el hábito de ir a visitarla frecuentemente, cada vez más preocupada por la posibilidad de un deterioro repentino; y la que finalmente, al llegar a la casa el domingo por la mañana, se había encontrado la puerta sin el cerrojo echado y el cuerpo de su tía recostado en el sillón donde, a juzgar por las apariencias, había fallecido al menos doce horas antes.

—¡Philippa! —gritó Gill, y se acercó corriendo.

La doctora May, que ya iba a meterse en el coche, se enderezó y se volvió. Era una mujer menuda y eficiente, con un pelo canoso difícil de peinar y unos ojos azules y cálidos que inspiraban confianza y brillaban mucho tras unas anticuadas gafas de montura metálica.

—Ah, hola, Gill. Qué pena me da todo esto. Lo siento muchísimo.

—¿No te puedes quedar un rato?

—Me habría gustado, pero...

—Ya. Bueno, sólo quería darte las gracias por todo lo que has hecho. Por lo menos tuvo la suerte de que fueras su médica y su amiga.

La doctora May sonrió sin mucha convicción, como si no estuviera acostumbrada a recibir cumplidos.

—Me temo que te queda una buena faena —dijo—. Esa casa está llena de trastos.

—Ya me imagino —dijo Gill—. Aún no he ido hasta allí. Lo he ido retrasando.

—Yo traté de no tocar nada. Aunque me permití el lujo de cambiar un par de cosas. Para empezar había que apagar el tocadiscos.

—¿El tocadiscos?

—Sí. Por lo visto estaba escuchando música en ese momento. Todo un consuelo,

en mi opinión. Aún había un disco girando en el plato cuando llegué. La aguja seguía fija en el surco al final de una cara. —Reflexionó un instante y, a pesar de que el hilo de sus pensamientos era claramente morboso, consiguió esbozar una sonrisa—. La verdad es que al principio hasta me pregunté si habría estado cantando cuando vi que tenía un micrófono en la mano.

Gill se quedó mirándola fijamente. Era la cosa más sorprendente que había oído en toda la semana. Se le pasaron por la cabeza imágenes de su tía Rosamond animando sus últimos minutos de vida improvisando una sesión de karaoke.

—Estaba enchufado en un magnetofón viejo —le explicó la doctora May—. Un reproductor de cassettes muy antiguo, diría yo. Como de los años setenta. La tecla de grabación seguía apretada.

Gill frunció el ceño.

—Me pregunto qué estaría grabando.

La doctora meneó la cabeza.

—No lo sé, pero al lado había un montón de cintas. Y también álbumes de fotos. Bueno, ya lo verás tú misma. Tiene que seguir todo tal como yo lo dejé.

El viaje de regreso a Oxfordshire le llevó más de dos horas. Gill estaba preocupada por si sus dos hijas querrían volver directamente a Londres, pero la sorprendieron gratamente al preguntarle si se podían quedar a pasar el fin de semana. Esa noche tuvieron una ruidosa cena familiar para lo que solían ser las costumbres de aquella casa; y después de que Thomas se fuera a la cama, acabaron hablando de las inesperadas disposiciones del testamento de Rosamond.

Rosamond no había tenido hijos. Su compañera de toda la vida (una mujer llamada Ruth) había muerto hacía algún tiempo, en los años noventa. Su hermana Sylvia también estaba muerta, y no le había dejado nada a su cuñado Thomas. («No te habrás llevado una decepción, ¿verdad, abuelo?», le preguntó Catharine esa noche, sentada en el borde de su cama en el anexo independiente que últimamente, y de mala gana, él había aprendido a considerar su hogar. Thomas negó con la cabeza, descartando la idea. «Fui yo el que le pedí que no me dejara nada», dijo, «No tendría ningún sentido»). Catharine sonrió, le apretó la mano, y apagó la radio antes de irse. Sabía que siempre le gustaba escuchar las noticias de las once, y echarle un vistazo al mundo —para «arroparlo» un poco— antes de dormirse). En vez de eso, Rosamond había dividido sus propiedades en tres partes: una tercera parte para cada uno de sus sobrinos nietos, Gill y David, y la otra para una desconocida, o casi una desconocida en cualquier caso, por lo que a ellas se refería. Se llamaba Imogen, y Gill no tenía ni idea de dónde podría encontrarla, ya que sólo había coincidido con ella una vez, hacía más de veinte años.

—Supongo que Imogen debe de andar ahora por los treinta —dijo Gill, mientras Catharine le volvía a llenar el vaso de un Merlot tinto y Stephen avivaba el fuego con

el atizador. Estaban sentados los cuatro alrededor del fuego: Stephen y Gill en un par de sillones, y sus hijas con las piernas cruzadas en el suelo, en medio de los dos—. La única vez que la vi fue en un cumpleaños de Rosamond (cuando cumplió cincuenta, me parece), y no creo que tuviera más de siete u ocho años en ese momento. Andaba por allí sola. Estuve charlando un rato con ella...

—¿Pero había ido sola? —la interrumpió Catharine, aunque su madre no se enteró. Estaba pensando en lo rara que había sido aquella fiesta. Todavía no había sido en Shropshire esa vez, porque faltaban unos años para que Rosamond se retirara definitivamente al amado condado donde había transcurrido su infancia durante la guerra. En aquella época vivía en Londres, en un sólido chalé adosado de la zona de Belsize Park. Para Gill y su familia era como un país extranjero. Por primera vez en su vida, se había sentido sumamente provinciana, y había visto a sus padres a esa misma luz. Se había fijado en que su madre y Rosamond intercambiaban saludos torpes y vacilantes en la cocina del sótano («¡Qué raro tener la cocina en el sótano!», exclamó Sylvia, maravillada, después), para acabar preguntándose cómo dos hermanas podían mostrarse tan distantes, aun cuando se llevaran diez años. Y a pesar de que existían pocas situaciones capaces de descolocar a su padre (que, aparte de todo, era el miembro más viajado de su familia), hasta él parecía incómodo en aquella ocasión; aún atractivo a sus cincuenta y muchos años, y con una buena mata de pelo canoso y una tez que apenas comenzaba a volverse rojiza, se pasó la mayor parte de la tarde examinando las estanterías de libros, antes de acomodarse en un sillón con un vaso bajo de whisky y una historia de los estados bálticos publicada hacía poco.

En cuanto a la propia Gill, se había quedado sola (¿por qué no estaba Steve?) durante horas y horas en los escalones que llevaban al diminuto jardín («Qué suerte», había oído que alguien le decía a la tía Rosamond, «tener un jardín tan grande en esta zona de la ciudad»), apoyada en la barandilla de hierro forjado, viendo las idas y venidas de los exóticos invitados que entraban y salían de la casa. (¿Por qué habían venido tan pocos al funeral?). Recordaba haberse enfadado consigo misma al pensar que ya tenía veintitantos años, que había ido a la universidad, que ya estaba casada (y no sólo casada, sino embarazada de tres meses de Catharine), y aun así seguía sintiéndose tan patosa y tan tímida como una adolescente, absolutamente incapaz de entablar conversación. El vaso de vino que tenía en las manos empezaba a calentarse y a ponerse pegajoso, y ya iba a entrar en la casa para volver a servirse, cuando Imogen apareció en el ventanal de atrás. La iba guiando la tía Rosamond, que la sujetaba con cariño pero con fuerza por un brazo.

—Por aquí, por aquí —le decía Rosamond—. Aquí fuera hay un montón de gente con la que puedes hablar.

Se detuvieron junto a Gill en el escalón más alto, e Imogen alargó una mano, tanteando. Instintivamente, sin saber muy bien por qué la ayudaba de aquella manera, le cogió la mano y se la puso sobre la barandilla. Imogen se agarró fuerte a ella.

—Ésta es Gill —le dijo Rosamond a la niña—, mi sobrina. A lo mejor no lo

sabes, pero Gill también es pariente tuya. Sois primas. Primas lejanas, eso sí. Y hoy ha hecho un viaje muy largo para venir a verme, igual que tú. Qué suerte tengo, ¿no?, de que haya venido tanta gente a mi cumpleaños... ¿Te lo estás pasando bien, Gill? ¿Te apetece bajar con Imogen al jardín un momento? Me parece que anda un poco perdida, con toda esta gente.

Imogen era muy rubia y muy callada. Tenía una mandíbula inferior acusada y prominente, y le faltaban tres dientes de leche, a juzgar por los respectivos agujeros que se le veían donde no le habían salido aún los nuevos. El cabello rubio le caía enmarañado sobre la cara. Gill no se habría percatado de que era ciega si Rosamond no se lo hubiera susurrado al oído antes de darse la vuelta y desaparecer dentro. Cuando su tía se fue, Gill miró hacia abajo y le hizo una caricia a la niña en el pelo.

—Ven conmigo —le dijo.

Aquella tarde todo el mundo se había enamorado de Imogen. Era casi veinte años más joven que todos los invitados de la fiesta, lo que, evidentemente, la había convertido en objeto de adoración general; pero, aparte de eso, el mero hecho de su ceguera parecía atraer a los demás invitados. Al principio había sido por una cuestión de compasión, pero luego por la extraña sensación de tranquilidad, de equilibrio, que parecía emanar de aquella menuda niña rubia. Era muy tranquila, y tenía una media sonrisa permanente en la cara. Su voz, las raras veces que decía algo, resultaba casi inaudible de tan suave.

—Qué gracioso —había dicho Gill— lo de que seamos parientes y no nos conociéramos.

—Yo no vivo con mi madre —dijo Imogen—. Tengo otra familia.

—¿No han venido hoy contigo? —le preguntó Gill, mirando a su alrededor.

—Hemos venido todos juntos a Londres. Pero ellos no querían venir a la fiesta.

—Bueno, no te preocupes. Ya te cuido yo.

Más tarde, Gill había subido con Imogen al cuarto de baño y luego se había quedado esperándola en el descansillo. Imogen se volvió a reunir enseguida con ella, la cogió de la mano y le preguntó:

—¿Qué estás mirando?

—Ah, nada, sólo estaba contemplando el panorama. Hay una vista muy buena desde aquí arriba.

—¿Y qué se ve?

—Pues se ve... —Pero por un momento Gill no supo por dónde empezar. De hecho, lo único que veía era una masa informe de edificios, árboles y horizonte. Le chocaba no ver más que eso, pero no podía describírselo a Imogen en esos términos. Tendría que mirarlo de una forma totalmente nueva, por trozos, cosa por cosa. ¿Y por dónde empezar? ¿La bruma que difuminaba la línea de transición entre los tejados y el cielo? ¿Las variaciones casi imperceptibles del color de ese cielo, del azul más

intenso al más claro? ¿El extraño solapamiento de los contornos de dos bloques de edificios a ambos lados de lo que le parecía la catedral de San Pablo?

—Bueno —comenzó—, el cielo es azul y hace sol...

—Eso ya lo sé, tonta —dijo Imogen, y le apretó la mano.

E incluso ahora Gill se acordaba perfectamente de la presión de aquellos dedos diminutos. La primera insinuación de lo que sería tener una hija. En ese momento se había agarrado a la sensación de que Catharine iba creciendo en su interior, casi incapaz de soportar el miedo y la alegría.

Thomas, como de costumbre, fue el primero en levantarse a la mañana siguiente. Gill le hizo un poco de té y un par de huevos escalfados, y luego dejó a su padre leyendo el periódico mientras sacaba unas veinte cajas de diapositivas Kodak de las profundidades del escritorio de caoba del estudio y se las llevaba al comedor, donde había más luz. Las esparció sobre la mesa e hizo un gesto de desaprobación cuando vio que la mayoría de las cajas estaban sin etiquetar. La tarea de examinarlas lo más metódicamente posible la entretuvo casi media hora, y cuando Elizabeth (en bata y con el pelo revuelto) se unió a ella, acababa de encontrar lo que andaba buscando.

—¿Qué pasa? —le preguntó su hija.

—Estaba intentando encontrar una diapositiva de Imogen. Aquí está, mira.

Le pasó a Elizabeth una de las transparencias. Elizabeth alzó la mano para verla a contraluz y guiñó un poco los ojos.

—Dios mío —dijo—, ¿de cuándo es?

—De 1983. ¿Por qué?

—¡La ropa! ¡Los peinados! ¡Pero de qué ibais!

—No te preocupes. Ya te dirán tus hijos lo mismo dentro de veinte años... Es la fiesta que os contaba. Cuando Rosamond cumplió cincuenta años. ¿No la ves ahí con Ruth, conmigo y con la abuela?

—Sí. ¿Y dónde está el abuelo?

—Debió de sacar él la foto. Luego se lo preguntamos, a ver si se acuerda. Bueno, ¿y no ves a la niña que está delante de la tía Rosamond?

Elizabeth puso la diapositiva contra una zona de luz aún más clara en lo alto de la ventana. Y en ese momento lo que le llamó la atención no fue Imogen, sino una figura que le resultaba a la vez tremendamente extraña y tremendamente familiar, situada en el extremo izquierdo del grupo: la proyección fantasmagórica de su madre más joven. Era lo que la gente llamaría una «buena foto», en el sentido de que Gill parecía atractiva, incluso guapa. (Nunca había pensado que su madre lo fuera). Pero Elizabeth habría querido que le aportara algo más que eso, que pudiera decirle lo que su madre había estado pensando o sintiendo en aquella importante fiesta familiar, al poco tiempo de casarse y embarazada de tan pocos meses. ¿Por qué las fotos (las fotos familiares, sobre todo) le daban a todo el mundo un aspecto tan impenetrable?

¿Qué esperanzas, qué secretas angustias se escondían tras aquella aparente expresión de seguridad de la cara de su madre, con la boca esbozando su característica sonrisa ligeramente torcida?

—Sí que la veo —dijo Elizabeth por fin, volviendo a fijarse en la niña rubia—. Parece guapa.

—Pues ésa es Imogen. La chica que tenemos que encontrar.

—No creo que sea muy difícil. Últimamente se puede encontrar a todo el mundo.

A Gill eso le sonaba demasiado optimista; pero Catharine, que al poco rato se unió a ellas en la mesa del desayuno, estaba de acuerdo con su hermana. A ninguna de las dos les convencía mucho el plan de acción del abogado, que consistía en poner un anuncio en el *Times*. Catharine pensaba que era absurdo («No estamos en los años cincuenta, y además ya nadie lee el *Times*, ¿o sí?». «Y menos una ciega», añadió Elizabeth), y se ofreció a empezar a buscar en Internet inmediatamente. A las diez le pasó a su madre una lista de cinco posibles candidatas.

Gill redactó una carta esa tarde, mandó cinco copias por correo el lunes por la mañana, y se puso a esperar una improbable respuesta.

Mientras tanto, decidió que no tenía sentido demorar la tarea de pasarse por la casa de Rosamond, seleccionar sus pertenencias y sacarlas a subasta. Sin lugar a dudas, sería una tarea ardua y complicada. Habiendo intuido que Stephen, a juzgar por sus silencios, no quería tener nada que ver con el tema, se dispuso a pasar tres o cuatro días sola en Shropshire; hizo una maleta pequeña y regresó en coche hasta allí el martes, en una mañana clara, ventosa y helada.

La casa de su difunta tía estaba escondida a un lado de los múltiples caminos vecinales cubiertos de barro que unían Much Wenlock y Shrewsbury. El acceso siempre acababa cogiendo a Gill por sorpresa. Densas filas de rododendros te avisaban de que casi habías llegado, porque detrás de ellos, como muy bien sabía, se extendía el jardín umbrío y retirado de Rosamond; pero luego el acceso se negaba astutamente a mostrarse y se abría en cambio furtivamente a la calzada, formando un ángulo absurdo donde sólo un coche diminuto podía girar sin verse obligado a hacer toda clase de extrañas maniobras. Una vez dabas con él, enseguida se estrechaba reduciéndose a un sendero desigual y pedregoso, y los árboles de los lados se cerraban sobre tu cabeza entrelazando sus ramas retorcidas, hasta que parecía que estabas atravesando un túnel vegetal. Guiñando los ojos por el sol otoñal, esperabas ver surgir por fin una mansión señorial en ruinas, pero lo que te encontrabas era un modesto chalé gris, construido en los años veinte o treinta, con un invernadero pegado a un costado y un aire de quietud absoluta que resultaba un tanto desasosegante. Ésa siempre había sido su característica principal visto desde el exterior, incluso cuando Rosamond estaba viva; así que cuando Gill salió del coche aquella mañana tan fría, consciente de su ausencia definitiva, la invadió la mayor

sensación de soledad que recordaba haber tenido nunca.

Si el silencio de la casa y de la finca parecía casi sobrenatural, el frío que hacía dentro aún era peor. Gill se dio cuenta, sin necesidad de echarle morbo ni imaginación, de que no se trataba sólo de la temperatura ambiente. Al fin y al cabo era la casa de una persona muerta. Y nada podía evitar que sintiera escalofríos; daban igual los radiadores que pusiera, las calderas que encendiera, los convectores que sacara de armarios olvidados. Se resignó a la idea de que tendría que trabajar con el abrigo puesto.

Gill fue hasta la cocina y miró alrededor. El fregadero estaba lleno de agua de lavar fría; en el escurrerplatos había un cuchillo, un tenedor, un solo plato, dos bandejas y una cuchara de madera puestos a secar. Aquellas reliquias de las últimas horas de Rosamond la entristecieron muchísimo. La alegró más ver una cafetera, y al lado, listo para usar, un paquete de café torrefacto colombiano aún sin estrenar. Lo abrió inmediatamente y se preparó una buena cantidad; e, incluso antes de haber dado los primeros sorbos, se sintió revivir gracias al amigable ruido del borboteo de la cafetera al hacer espuma y de los densos vapores, con un toque de nueces, que llenaron la cocina con su aromática calidez.

Se llevó el tazón al cuarto de estar. Tenía más luz y más ventilación que la cocina; los ventanales daban a una parcela de césped bonita pero descuidada, y el sillón de Rosamond estaba colocado para aprovechar las vistas del jardín. Alrededor del sillón, tal como le había dicho la doctora May, había unos cuantos montones de álbumes de fotos (algunos recientes, otros muy antiguos), aparte de tres o cuatro cajas de plástico con diapositivas y un pequeño aparato de pilas para verlas. Pero también había algo más, algo que asustó un poco a Gill cuando lo descubrió apoyado en el sillón: un retrato al óleo sin enmarcar, un retrato de Imogen de niña, que desde luego había visto antes en otra parte. (Tal vez, aunque no podía jurarlo, en la casa de Londres de Rosamond, en la fiesta de su cincuenta cumpleaños). Encima de la mesita junto al sillón había una grabadora, un pequeño micrófono —el cable de conexión cuidadosamente enrollado y atado con una de sus propias puntas— y cuatro estuches de cassette formando una pila ordenada. Gill los examinó con curiosidad. No tenían una ficha dentro que describiera su contenido, y tampoco había nada escrito en las propias cintas; sólo se distinguían por unos números (del uno al cuatro) que al parecer Rosamond había recortado de una cartulina para luego pegarlos por orden en los estuches de plástico. Además, uno de los estuches estaba vacío; o mejor dicho, en vez de contener una cinta, lo único que tenía dentro era una hoja de papel de avión tamaño A5, pulcramente doblada, en la que Rosamond había garabateado:

*Gill,
son para Imogen.
Si no la encuentras, escúchalas tú.*

¿Dónde estaba la cuarta cinta? Apretó el botón de *eject* de la grabadora y apareció otra cassette. Por lo visto hacía juego con las otras, así que Gill la metió en el estuche vacío y puso las cuatro sobre el escritorio que había en un rincón de la habitación. Quería alejar cualquier posible tentación enseguida. En el escritorio encontró un sobre grande de papel manila; metió las cintas en él, lo cerró después de pasarle la lengua rápida y decididamente un par de veces por el borde de la solapa, y escribió «Imogen» con mayúsculas en la parte de delante.

Luego Gill se acercó hasta el tocadiscos, que estaba sobre un viejo armarito de palo de rosa lleno de manchas. De nuevo, tal como le había dicho la doctora May, aún tenía un disco puesto en el plato giratorio. Levantó la tapa de metacrilato, cogió el disco con mucho cuidado (procurando no tocar la superficie) y examinó la etiqueta. *Cantos de la Auvernia*, decía; según arreglo de Joseph Canteloube, e interpretados por Victoria de los Angeles. Mirando alrededor, Gill vio la funda exterior, y la transparente de dentro, en un estante de al lado. Metió el disco en la funda y se arrodilló para abrir el armarito, suponiendo que Rosamond guardaría sus discos en él. Había unos cien, escrupulosamente ordenados por orden alfabético. Ni un solo cedé, sin embargo; por lo visto, la revolución digital no había llegado a aquella casa. Pero encima del armarito también había media docena más de cassettes, algunas vírgenes y otras ya grabadas de fábrica; y junto a ellas algo más, algo bastante inesperado, lo suficiente como para que Gill se quedara boquiabierto un momento y su expresión de susto resonara en la casa vacía como un grito de angustia.

Un vaso bajo de cristal, y unas gotas de líquido en el fondo que desprendían el inconfundible olor a turba del whisky de malta escocés. Y al lado, un frasquito marrón, cuyo contenido venía especificado en una etiqueta impresa en borrosos caracteres de puntos: Diazepam. El frasco estaba vacío.

A las tres de la tarde, Gill llamó por teléfono a su hermano.

—¿Qué tal? —le preguntó él, en un tono alegre.

—Fatal. No soporto esta casa. No sé cómo podía soportarla *ella*, por el amor de Dios... Lo siento, pero no me da la gana de pasar aquí la noche.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Volver a tu casa?

—No, no me apetece nada la idea. Es demasiado lejos. Además, Stephen no vuelve de Alemania hasta el viernes. Así que... —titubeó— estaba pensando en pasar la noche ahí.

—Pues vale.

No, no se lo contaría a nadie. Ya lo tenía decidido. Al fin y al cabo, lo que había visto en aquel armarito no era una prueba concluyente. A lo mejor aquel frasco llevaba allí meses, años... La doctora May no había mencionado que tuviera ninguna duda sobre la causa de la muerte, y tampoco había visto la necesidad de informar al forense. ¿Por qué andar revolviendo las cosas entonces? ¿Por qué provocarle a nadie

un dolor innecesario? Aunque Rosamond se hubiera quitado la vida, ¿qué más le daba a Gill o a cualquiera? Ella sabía que su fin estaba cerca; la angina le producía mucho dolor; y si había elegido liberarse de aquel dolor, ¿quién podía escandalizarse?

Gill estaba haciendo lo correcto, eso lo tenía claro.

David vivía en Stafford, a poco más de una hora. Los últimos minutos de luz natural la sorprendieron conduciendo por la zona oriental de Shropshire, en dirección a la M6. Aquella ruta pasaba cerca de la iglesia donde ahora estaba enterrada Rosamond, pero a Gill no le apetecía pararse. Entró en una especie de trance y condujo despacio, sin sobrepasar nunca los sesenta por hora, sin darse cuenta de que se iba formando una fila de coches impacientes detrás de ella. Sus pensamientos vagaban al azar, peligrosamente, fluctuando deslavazados. Aquella música que su tía debía de haber estado escuchando cuando murió... Gill nunca había escuchado los *Cantos de la Auvernia* de Canteloube, pero sí visitado aquella parte de Francia una vez, hacía muchos años. Catharine tenía entonces ocho, y Elizabeth cinco o seis, así que seguramente habría sido en mil novecientos noventa y dos, a principios de año, en abril o mayo... Las niñas no les habían acompañado en aquella ocasión, de todas formas. La idea era dejarlas antes con sus abuelos. Gill y Stephen estaban atravesando una crisis en su matrimonio (¿o eso era exagerar un poco?; no recordaba discusiones, ni infidelidades, sólo una especie de distancia muda que se había abierto entre ellos: la repentina y desconcertante conciencia de que, de alguna manera, sin que nadie lo notara, se habían convertido en extraños el uno para el otro), y probablemente tenían la esperanza de que unos cuantos días juntos en Francia les ayudarían a reparar aquel daño.

Pero la cosa no salió así. A Stephen lo habían mandado a Clermont-Ferrand a dar una conferencia, y sus días estaban totalmente programados. Gill se había quedado sola horas y horas, deambulando por los bares y los salones de un hotel vacío, recién construido y bastante anodino, hasta que por fin el tercer día decidió asumir su independencia. Eso la llevó a alquilar un coche y salir a explorar el campo. Conservaba tan sólo algún vago recuerdo (cielos grises, un paisaje inesperadamente rocoso, un lago solitario rodeado de pinos) y otro, en cambio, muy nítido: algo difícil de olvidar, a pesar de todos los años transcurridos. Regresaba en coche al hotel a última hora; empezaba a anochecer y la carretera que había elegido era estrecha, sinuosa, y estaba flanqueada por zonas de bosque muy tupidas y bastante siniestras. Lloviznaba a ratos, de una forma impredecible. Y, entonces, cuando el bosque por fin había quedado atrás y Gill había salido a una carretera despejada que resultaba casi inquietante de tan llana y lunar, algo chocó con un golpe seco y ruidoso contra el parabrisas. Un bulto negro rebotó en él, para luego caer sobre el capó del coche y después sobre el asfalto, donde permaneció inmóvil. Gill frenó en seco en medio de la carretera, salió corriendo a ver qué había sido, y se quedó mirando la mancha oscura sobre el asfalto: un pájaro muerto, un mirlo joven. Y en el mismo instante en que distinguió aquel bulto sin vida sintió otro golpe, esta vez como de plomo, en el

corazón. Había apagado el motor del coche, así que el silencio de la carretera era ahora tremendamente agobiante. No se oía el canto de ningún pájaro. Gill se acercó hasta el animal muerto casi de puntillas, cogió con dos dedos el pequeño cuerpo por la punta de un ala con mucha delicadeza, y luego lo depositó con cuidado en un lecho de musgo bajo las ramas de un arbusto solitario al borde de la carretera, pensando mientras lo hacía: «Ya sabes lo que esto significa: una muerte en la familia». Aquel pensamiento involuntario y traicionero hizo que se le desbocara el corazón, y condujo a una velocidad temeraria hasta el pueblo siguiente, la aldea de Murol, donde, tras buscar un teléfono público, metió a toda prisa un puñado de francos en la ranura y llamó a la casa de sus padres en Inglaterra. Contestó su madre al teléfono después de lo que le pareció una eternidad; pero, a juzgar por su voz, se encontraba perfectamente y muy contenta, si acaso un poco sorprendida porque la llamara su hija a esa hora del día. «No, las niñas están bien», le prometió. «¿Por qué me lo preguntas? Ahora mismo están en el comedor, haciendo uno de tus puzzles viejos. ¿Qué tal las vacaciones? ¿Os lo estáis pasando bien?». Así que Gill había seguido hasta Clermont-Ferrand, conmovida pero agradecida. Esa noche intentó explicarle a Stephen por qué le había entrado tanto miedo, sólo para toparse con su habitual muro de escepticismo divertido e indulgente. «Me pareció algo de tan mal agüero...», le dijo, «tan raro...». «Tú y tus presentimientos», le había dicho Stephen riéndose, en un tono a caballo entre el más absoluto de los desprecios y una comprensión relativa, como era su maldita costumbre. Al día siguiente regresaron a casa, con su crisis matrimonial aún sin resolver y sin que se hubiera cumplido su presentimiento; sólo que, en esa ocasión, Gill se vio obligada a reconocer que su angustia no había tenido mucha razón de ser. No le dio más vueltas a aquel incidente, pero la dejó con una nueva sensación de disgusto: la comezón que le producía saber que (como casi siempre) se había dejado llevar por la manera de pensar de su marido, mucho más práctica que la suya.

En realidad aquella comezón nunca la había dejado en paz. Gill podía sentirla incluso ahora, años después, mientras conducía por aquella carretera de Shropshire que, en su infancia, había recorrido al menos dos veces al mes. La familia siempre hacía aquella ruta para ir a visitar a los abuelos, y aunque los recuerdos asociados a ella habían permanecido dormidos largo tiempo, ese día se dio cuenta de que aquellos campos, aquellas aldeas, aquellos setos, seguían grabados en su memoria y eran los auténticos cimientos de su conciencia. Miró a su alrededor y se preguntó cómo iba a tratar de describírselos a una persona ciega: a Imogen. El sol, tan deslumbrante por la mañana, se había ocultado hacía rato tras una espesa masa de nubes grises, que amenazaban nieve por lo abultadas. Ahora el mundo entero era monocromo: todo era negro, blanco o de algún tono gris. Árboles negros y quebradizos contra el cielo gris, como huesos carbonizados; muros de piedra borrosos por las capas de musgo grisáceo; campos que formaban pendientes en suaves ondulaciones, ingleses y anodinos, e igual de grises que aquel cielo cargado de nieve. Y entonces empezaron a

caer los primeros copos en espiral, pesados, grandes como hojas de otoño; y Gill, presa de escalofríos, se percató de que el frío de su coche era gélido (tan crudo como el de la casa de su tía, o incluso peor) y de que la calefacción no funcionaba bien; y de repente se preguntó, medio furiosa, por qué seguía apegada a aquel paisaje, por qué sería como una amputación alejarse de él, cuando en realidad nunca le había servido de sustento, nunca le había dado lo que quería. Aquel sentimiento surgió de la nada y la golpeó como un mazo, mientras reflexionaba amargamente sobre algunas de las conversaciones que había tenido con Stephen últimamente, conversaciones sobre todas las cosas que podían hacer ahora que sus hijas se habían ido de casa, sobre todos los países y lugares que podían visitar o hasta convertir en su nuevo domicilio. Y en ese momento comprendió que aquellas conversaciones no habían sido reales, que había estado hablando sola, que lo que le había dicho a su marido le había sonado como algo carente de significado, mientras ella continuaba parloteando igual que alguien que, en la mesa del desayuno, le describe el sueño que ha tenido esa noche a un interlocutor aburrido hasta la saciedad por los detalles de algo que nunca podrá experimentar por sí mismo.

Un miércoles por la mañana, en febrero, cuatro meses después de aquel viaje, Gill cogió un tren a Londres. Llevaba en su maleta la carta dirigida a Imogen, aún sin reclamar y sin abrir. De las cinco cartas que había mandado en un principio, no le habían contestado a tres, y a las otras respondieron dos personas que no eran la mujer que andaban buscando. Habían puesto anuncios repetidas veces en innumerables periódicos y revistas. Gill había contactado con la Organización Nacional de Ciegos, pero Imogen no constaba en sus archivos. La búsqueda en Internet arrojó miles de resultados, que resultaron ser totalmente irrelevantes y engañosos. A Gill se le estaban agotando las ideas, y empezaba a preguntarse si sería posible, incluso en estos tiempos, que alguien se desvaneciera en el aire sin dejar rastro. Al final había decidido (con la entusiasta complicidad de sus hijas) que lo más sensato sería escuchar las cintas de Imogen, aunque sólo fuera con la esperanza de que pudieran contener alguna pista de su paradero.

Reservó habitación en su hotel y luego cruzó andando Regents Park en dirección a Primrose Hill, donde Catharine había encontrado hacía poco un pequeño piso de alquiler. Cuando llegó, ligeramente aturdida como de costumbre por el ruido del tráfico y el ritmo al que ahora todos los habitantes de Londres se veían inclinados (u obligados) a vivir, las dos hermanas ya estaban esperándola.

—¿Lo has traído? —le preguntó Elizabeth, que salió a recibirla a la puerta sin decirle ni hola.

—Pues claro. Qué alegría verte...

Se dieron un beso, y Elizabeth subió con ella los cuatro pisos que las separaban del ático, donde reinaba el desorden habitual de Catharine. Gill echó un vistazo

general con gesto de aprobación, disfrutando de la sensación de familiaridad (o aún más, de inexplicable alivio) que le producía volver a ver aquellos libros, aquellos tiestos, la ropa desperdigada y las revistas, el atril y la flauta abandonados junto a la ventana, el viejo escritorio de pino con partituras y papeles manuscritos esparcidos por encima. Abarcándolo todo con una mirada rápida y experta, hasta se fijó en si había señales de la presencia de Daniel en el piso, el novio del que no acababa de fiarse por ninguna razón que pudiera explicarse a sí misma o a cualquier otro. Aunque no podía impedir que Catharine siguiese saliendo con él, estaba totalmente en contra de que Daniel se fuera a vivir con ella (cosa que ya habían discutido más de una vez). Pero no había calzoncillos tirados, ni afeitadoras eléctricas, ni libros de texto de teoría literaria; por lo menos que ella pudiese ver, claro.

—Hola, mamá —le dijo Catharine, acercándose con las manos jabonosas desde el fregadero que había en una esquina—. ¿Lo has traído?

—¿Es lo único que se os ocurre decir a las dos? —Gill buscó en su bolso y sacó el sobre de papel manila—. Aquí está, ¿vale? —Lo dejó sobre la mesita del café, y sus dos hijas se inclinaron para examinarlo, como si sospecharan que su madre pretendía engañarlas—. No me vendría mal un té —añadió.

Mientras Elizabeth se encargaba de preparárselo, Gill le preguntó a su hija mayor:

—¿Estás nerviosa por lo de esta noche?

—Más bien no —dijo Catharine—. Ya no me pongo nerviosa. Además sólo es para los amigos.

Pero Gill no la creyó del todo.

Pronto se fue yendo la luz del atardecer. A Catharine le llevó un buen rato preparar lo que parecía una comida bastante sencilla, y a las tres de la tarde seguían sentadas delante de las sobras, bajo el resplandor apagado y verdoso de la lámpara que tenían encima. Gill, que normalmente no bebía a esas horas, sintió que empezaban a atrofiársele los sentidos, y se puso a mirar fijamente, sin saber por qué, el cáliz reluciente de su copa de vino, hipnotizada por la característica palidez del líquido dorado mientras lo mecía suavemente sobre la palma de la mano. Fuera, un sol ocre arrojaba cansinamente sus últimos rayos sobre los tejados del norte de Londres, y el cielo se iba poniendo morado oscuro. Las ramas más altas del plátano del jardín delantero tamborileaban febrilmente contra el cristal de la ventana. Comenzó a brillar otra clase de luz: el destello del cuchillo de Elizabeth mientras pelaba una manzana y la partía hábilmente en cuatro trozos. Los repartió sin pronunciar palabra. Llevaban un rato sin decir nada. Londres parecía tranquilo aquella tarde; hasta las inevitables sirenas de la policía sonaban distantes, inofensivas, como rumores de guerra de un país al que sabes que nunca irás. Al final Gill se levantó y fue a buscar el sobre de papel manila a la otra punta de la habitación. Lo puso en medio de la mesa, sin más ceremonias.

—¿A qué hora tenemos que salir de aquí? —le preguntó a Catharine.

—El concierto empieza a las ocho. Así que supongo que sobre las siete, para no llegar tarde.

—Vale. Entonces vamos allá.

Gill cogió el cuchillo de postre, lo limpió con una servilleta de papel, y abrió el sobre. Luego sacó las cuatro cintas y las colocó formando un montón sobre la mesa, en orden numérico.

—Son de noventa minutos —dijo Elizabeth pensando en voz alta—. Si están todas llenas, nos van a llevar seis horas. No nos dará tiempo.

—Ya —dijo Catharine—. Pero por lo menos podemos empezar. —Se puso de pie y añadió—: Voy a hacer más café.

Gill cogió la primera cinta del montón y se agachó delante del equipo estéreo de Catharine. Titubeó un momento, desconcertada por la elegancia minimalista del aparato, hasta que Elizabeth se puso en cuclillas junto a ella, le cogió la cinta de los dedos vacilantes y lo puso rápidamente en funcionamiento.

Gill y Catharine se sentaron juntas en el viejo sofá bajo y hundido, y Elizabeth se sentó enfrente, en una silla giratoria roja, de respaldo alto, que Catharine se había agenciado por poco dinero en una subasta de muebles de oficina hacía unos meses. Estrecharon entre sus manos sus respectivos tazones de café, sintiendo cómo se transmitía el calor del líquido a sus dedos ateridos de frío. Catharine cogió el mando a distancia y subió el volumen al máximo; y lo primero que oyeron, al cabo de unos segundos, fue el inicio de un siseo, seguido del estruendo y el crepitar de un micrófono al ser encendido y ajustado, y luego arrastrado por una superficie dura sobre su soporte de plástico. Entonces oyeron una tos y un carraspeo; y después una voz, la voz que todas esperaban escuchar, aunque eso no la hacía menos fantasmal. Era la voz de Rosamond, sola en el cuarto de estar de su chalé de Shropshire, hablándole al micrófono sólo unos días antes de su muerte.

Y la voz dijo:

Espero que seas tú quien escuche esto, Imogen. Aunque no pueda estar segura del todo, porque por lo visto has desaparecido. Pero confío en que el destino (y aún más el ingenio de mi sobrina. Gill) se encargará de que estas cintas lleguen al final a tus manos.

Quizás no debería decir nada más sobre el tema..., pero estos últimos años me ha tenido preocupada el que no hubieras vuelto a aparecer en mi vida. Me parece un poco señal de mal agüero, pero está claro que en este momento tiendo más a pensar esas cosas, cuando mi propia muerte está..., bueno, está así de cerca. Seguro que hay una explicación lógica. Unas cuantas, ya puestos. Probablemente, cuando tu familia..., tu *nueva* familia, quiero decir (no consigo verlos como tu verdadera familia ni siquiera después de tanto tiempo; a lo mejor es que soy tonta), resumiendo, cuando ellos decidieron, hace más de veinte años, que ya no ibas a tener ningún contacto con nosotras (*conmigo* más bien, para ser más concretos, porque yo era la única con la que seguías teniendo contacto en esa época), se encontraron con una situación perfecta para asegurarse bien de eso. Eras muy pequeña. Y también estaba tu discapacidad. (¿Se puede seguir usando esa palabra en estos tiempos?). Resultaba muy fácil cortar todos los lazos y quemar todos los puentes. Así que seguramente fue lo que hicieron. Rompieron todas las cargas y todos los documentos, y tiraron todas las fotos. Total, nada de eso iba a dejarles en mal lugar. Al fin y al cabo nunca ibas a ser capaz de ver aquellas fotos, aunque siempre quedaba la posibilidad de que un día alguien intentara describírtelas, ¿no?

Y ahí es precisamente donde quería llegar Imogen. Por eso te estoy grabando esto. El final de mi vida se acerca, y por distintas razones que supongo que te parecerán muy evidentes cuando escuches estas cintas, me siento en deuda contigo, una deuda que aún no he pagado del todo. Me podría quitar de encima esta sensación de muchas maneras. Evidentemente, te voy a dejar algún dinero. Eso está clarísimo. Pero hay otras cosas que no son tan fáciles de hacer. Te debo algo más, algo mucho más valioso, algo que no tiene precio, supongo, en el sentido más literal de la palabra. Lo que quiero sobre todo, Imogen, es que puedas entender tu propia historia, que sepas de dónde has salido, y el entramado de fuerzas que te hicieron.

Porque me parece que, si no sabes nada de eso, estás en franca desventaja. Desventaja a la que encima habría que sumarle las que ya tienes. Una de las formas

que tiene la mayoría de la gente (la mayoría de la gente joven) de entender algo de sí misma es ver fotos, fotos de ellos mismos cuando eran pequeños, y fotos de sus padres y de sus abuelos y hasta de parientes más viejos. Pero tú nunca has podido.

No sé por qué digo «nunca». A lo mejor hubo un tiempo, antes de que perdieras la vista, en el que tu madre te enseñó un par de ellas. Pero, de todos modos, serías muy pequeña (como mucho tendrías tres años), y dudo mucho que hicieran mella en una cabecita tan joven y aún sin desarrollar. Y a partir de ahí, nada de nada. Así que, si no es demasiado tarde, voy a hacer todo lo posible por arreglarlo.

Podría haber elegido cientos de fotos, Imagen. Pero cientos y cientos de la guerra y de antes de la guerra. Hace unos años, cuando se murió mi amiga Ruth, hice una selección y tiré las que no me interesaba guardar. Y estos últimos días he estado mirando las que había guardado, tratando de decidir cuáles debía separar para intentar describírtelas. Al final, me he quedado con veinte. Veinte parece un número bastante apañado. Veinte escenas de mi propia vida, sobre todo, porque supongo que eso también es lo que me propongo contarte: la historia de mi propia vida (hasta el momento en que tú saliste de ella, poco después de haber hecho tu primera aparición). Espero que no te dé exactamente lo mismo. Seguro que de vez en cuando me iré por las ramas, pero todo lo que voy a contarte está relacionado, por lo menos en mi cabeza, y si no consigo hacértelo ver, será un fracaso.

De todas maneras, intentaré describirte lo que se vea en las fotos en la medida de lo posible. Quiero que sepas la pinta que tenía la gente que vivió antes que tú, las casas en las que vivían, los sitios a los que fueron. Si puedes hacerte una idea de todo eso, si puedes imaginártelas de alguna forma dentro de tu cabeza, eso te dará..., bueno, *algo* te dará, espero. Te dará un contexto para entender las cosas difíciles, las cosas dolorosas que oirás al final.

Porque hay una historia que no conoces, Imagen. Una historia sobre tu familia, sobre mí, y lo que es más importante, sobre ti. Puede que tus..., puede que la gente que te crió te haya contado algo. Deformándola, probablemente. Pero no te pueden haber contado la verdad, porque sólo la sé yo.

Pero pronto vas a saberla tú también. O eso espero.

Bueno, vamos a empezar. Foto número uno: una casa a las afueras de Hall Green, a unos kilómetros del centro de Birmingham.

Yo tenía seis años cuando estalló la guerra. Mi hermana, Sylvia, quince. Siempre ha sido un misterio por qué mis padres esperaron nueve años para tener otra hija. Nunca me lo explicaron. Pero la vida familiar está llena de misterios.

Es una foto bastante pequeña. No sé si voy a ser muy capaz de describértela. Está sacada en invierno, en el invierno de mil novecientos treinta y ocho o treinta y nueve, creo. Se ve toda la fachada de la casa. El camino de acceso queda a la izquierda; forma una pendiente desde la calzada hasta la verja lateral y es muy corto, lo justo para que quepa un coche. Pero en esa época no teníamos. Mi padre iba al trabajo en bicicleta, y mamá iba andando o cogía el tranvía.

Espera que me concentre. Una fina capa de nieve lo cubre todo. Hay una cancela de hierro forjado a un lado de la casa, pero no se ve la entrada que daba al terreno que recuerdo que había detrás. Mi padre solía dejar la bici en esa entrada; puede que se vea el manillar asomando en esta foto, pero igual me lo estoy imaginando. Esa parte está muy oscura.

En el extremo izquierdo de la foto, colgando un poco sobre la cancela de hierro, se ven unas cuantas ramas marchitas. Son del manzano de mi padre. Casi nunca daba manzanas; y supongo que ese año no sería ninguna excepción. Pero recuerdo que era estupendo para subirse a él. Cuando nos mudamos después, tuvimos cuatro o cinco manzanos en el jardín de atrás. Pero esa casa no tenía jardín detrás. Sólo ese trozo de terreno donde mi pobre padre hacía lo que podía por sacarle alguna fruta para nosotros.

Esas casas eran semiadosadas, y creo que las habían construido a finales del siglo pasado. Del siglo diecinueve, quiero decir. Eran unas casas pequeñas y sólidas de ladrillo rojo, donde no se podía vivir muy bien, la verdad. Al mirar con atención la foto, se distingue el número, el cuarenta y siete, justo encima del buzón de la puerta principal, que mi padre pintó de amarillo, me acuerdo. Pero aquí no se ven los colores, claro; es una foto en blanco y negro. Junto a la puerta hay una ventana pequeña llena de vaho, con un dibujo en cristales emplomados. Recuerdo ese dibujo perfectamente. Un círculo rojo (un rojo fuerte de rubí) con rayos verdes y amarillo limón que salían de él, y unos triangulitos verdes en cada esquina. Me acuerdo de

sentarme al pie de las escaleras en el hall y quedarme mirando aquella ventana, viendo cómo los rayos de sol brillaban o dejaban de brillar detrás de ella con el paso de las nubes: el juego de colores, como en un caleidoscopio. Es uno de mis primeros recuerdos, creo. A lo mejor lo hice muchas veces, o puede que sólo ésa. Ahora que intento acordarme, casi oigo el susurro de la escoba de mi madre cerca, detrás de mí, sobre el linóleo de la cocina. Esas dos cosas (la imagen y el ruido) van juntas en mi memoria. Y son como una caja de resonancia para mí, una resonancia enorme, casi sobrenatural, pero es muy difícil explicar estas cosas. A ti seguramente te parecerán tonterías.

Bueno, sigamos con la foto. Acabo de fijarme en un detalle que hace que pueda decirte mejor la fecha. A la derecha del camino de acceso (en el que cabe justo un coche) hay un trozo de hierba, más o menos del mismo tamaño, con un pequeño zumaque en medio. Eso era lo que llamábamos, qué gracia, el jardín delantero, y no era tan empinado como el camino, así que al principio, en la acera, había un desnivel bastante grande entre los dos. Después de que mi amiga Gracie se hiciera daño al caer en él, mi padre puso una pequeña valla de madera, y aquí se la ve bien, se ve la nieve formando una capa lisa en el travesaño más alto. La nieve está tan limpia, es tan blanca y algodonosa que dan ganas de comerla, que es lo que yo hacía veces, después de quitarla como si fuera espuma como mi mano enguantada, para luego pegarle un mordisco que me helaba y abrasaba la boca al mismo tiempo, mientras sentía cómo se deshacía y fundía en la lengua. No hay nada como ese sabor a nieve recién caída. El caso es que mi padre quitó esa valla poco después de que estallara la guerra y la usó de leña; pero estoy segura de que seguía allí cuando evacuaron a Gracie, porque me acuerdo de apoyarme en ella esa mañana para verla marchar. Y eso fue en el otoño de mil novecientos treinta y nueve. Así que la foto está hecha antes. En el invierno de mil novecientos treinta y ocho, seguramente.

¿Sabes lo de la evacuación de niños durante la Segunda Guerra Mundial, Imogen? (No tengo ni idea de lo que te habrán enseñado en esos colegios tuyos. Sé que abunda la ignorancia entre los niños de ahora. ¡Pero si ya no eres una niña! Siempre se me olvida, tengo que andar recordándomelo a cada paso. En mi cabeza estás como congelada, con la misma edad que cuando te vi por última vez, cuando tenías siete años). Se montó un jaleo muy gordo al principio de la guerra, cuando se apartó a miles de niños de sus padres (más de un millón, creo) metiéndolos en trenes en cuestión de unos pocos días. Yo no lo viví en mi propia carne porque resultó ser una falsa alarma, y la mayoría de los niños volvieron con su familia en navidades. Pero después, a finales del verano de mil novecientos cuarenta, cuando empezó el Blitz, se puso en marcha ese plan otra vez, aunque de una manera menos sistemática que antes. Esa vez mi padre sabía que la amenaza era real y que había que hacer algo. Pero yo tuve suerte, al tener familia en el campo. Las personas que me acogieron no eran unos cualquiera. En cambio, la pobre Gracie no tuvo tanta suerte.

Una foto no es mucha cosa, la verdad. Sólo puede capturar un momento entre

millones de momentos de la vida de una persona, o de la vida de una casa. Pero estas fotos que tengo delante, las que pretendo describirte..., tienen cierto valor, creo, aunque sólo sea porque me ayudan a recordar. Son la prueba de que las cosas de las que me acuerdo (o algunas de esas cosas, por lo menos) sucedieron de verdad y no son vagos recuerdos, ni fantasías, ni imaginaciones. ¿Pero qué pasa con los recuerdos de los que no hay fotos, ni prueba, ni confirmación posible? Estaba pensando, por ejemplo, en ese día en el que poco después los evacuados desfilaron por allí delante, el día en que Gracie se fue. Nuestra casa quedaba de camino entre la escuela y la estación de tren, así que pudimos contemplar toda aquella procesión tan triste. Pasaron a primera hora de la mañana, sobre las nueve, creo. ¿Cuántos serían? Puede que unos cincuenta (aunque lo digo muy a voleo), acompañados de sus profesores. Ninguno de ellos llevaba el uniforme del colegio, pero todos llevaban su máscara antigás en una mano y una maleta pequeña o una bolsa de viaje en la otra. También llevaban etiquetas colgando del cuello. Gracie iba de las primeras, al lado de un amigo suyo del que yo estaba terriblemente celosa, porque a veces lo prefería a mí en el recreo. No recuerdo cómo se llamaba. Venían riéndose y jugando a un juego muy tonto, viendo cuál de los dos podía andar hacia atrás más tiempo o algo así. Me dieron muchísima envidia, pero al mismo tiempo no acababa de entender por qué parecían tan contentos, porque mis padres me habían explicado lo de la evacuación, y de alguna forma (a pesar de que yo no era mayor que Gracie) había captado el significado de aquello, y sabía que estaba sucediendo algo terrible, que ella se estaba yendo realmente de su casa ese día y que nadie sabía cuándo iba a volver. Mi madre estaba de pie a mi lado, quizás con una mano en mi hombro, y entonces ocurrió algo, algo que tuvo que ver con la valla, y que es por lo que recuerdo tan bien todo esto. Donde estaba yo, la valla tenía un agujero, un pequeño nudo de la madera, y yo andaba hurgando con un dedo en él mientras pasaban los niños. Y de repente me di cuenta de que tenía el dedo atrapado. Me entró el pánico y en ese momento (porque no pudo ser más que un momento, aunque me pareciera una eternidad) sólo pude pensar en lo horrible que sería quedarme así para siempre, sin poder sacar jamás el dedo de allí. Me puse a tirar del dedo, desesperada, y me olvidé de mirar a los niños que iban pasando por delante, hasta que mi madre me sacudió el hombro para que me fijara en que Gracie estaba diciéndome adiós; así que al final levanté el brazo izquierdo (el brazo que tenía libre) para despedirme de ella, pero evidentemente demasiado tarde; Gracie ya había pasado, y ya no me miraba. Entonces no me lo pregunté, pero me lo pregunto ahora: si le sentaría mal que no le hiciera caso, si se sentiría rechazada porque no me despedí de ella al principio de aquella gran aventura. La verdad es que cuando volví a verla (tres o cuatro años después, debió de ser) me trató de distinta manera. Pero a lo mejor por otras razones.

¿Qué le esperaba a Gracie al otro extremo de su viaje en tren? Sólo puedo imaginármelo. Me parece que me dijo que se la llevaban a algún sitio de Gales. Me imagino una estancia grande y con muchas corrientes de aire (un templo protestante,

quizás) y una multitud de niños todos apiñados en el centro, agotados tras ese largo viaje en tren, un poco asustados, porque ya se les ha pasado hace rato la emoción de la mañana. Seguramente debieron de pedirles que se pusieran en fila, y entonces los mayores darían un paso adelante, y unas mujeres con una pinta muy seria examinarían la cara y la ropa de los niños antes de escogerlos uno a uno, como clientas de un mercado romano de esclavos. No creo que se hablase mucho. Pero poco a poco la multitud de niños debió de ir haciéndose cada vez más pequeña, y Gracie vería cómo iban desapareciendo todos sus amigos, saliendo por la puerta hacia el mundo desconocido y cada vez más oscuro de fuera, incluso el niño que me ponía a mí tan celosa y que no recuerdo cómo se llamaba, hasta que sólo quedaran ella y unos pocos más, y entonces le tocaría el turno, y en ese momento un rostro extraordinariamente amenazador debió de inclinarse sobre ella, sin conseguir borrar esa sensación de amenaza con un esbozo de sonrisa, y sentiría cómo la cogían por la muñeca y se la llevaban hacia aquel crepúsculo tan poco familiar.

Lo último que consigo imaginarme es a Gracie de pie en un vestíbulo. El vestíbulo está oscuro y ella ha dejado la maleta en el suelo. La mujer ha subido al primer piso a algún recado extraño, y se ha quedado sola. Piensa en esa mañana, que ya es un vago recuerdo lejano, y en cómo intentó despedirse de mí y no le hice caso. Incluso se remonta al momento en que les dijo adiós a sus padres: el último abrazo agobiante y desesperado de su madre. Y entonces se da cuenta, con absoluta certeza, de que no va a volver a ver su madre esa noche. Aunque todavía no es consciente de que no va a ver a sus padres durante semanas, meses, toda una vida para la mentalidad de un niño. Pero incluso la idea de una sola noche de separación basta para que se eche a llorar. Levanta la vista hacia el ruido de las pisadas de la mujer que baja la escalera, y espera que esa mujer rara y callada la consuele y le dé unos mimos.

Evidentemente, no tengo ni idea de si sería así o no. Lo único que sé es que Gracie había cambiado cuando la volví a ver, hacia el final de la guerra. No me contó nada del tiempo que había pasado fuera. Y, como ya te he dicho, me trató de distinta forma. Nunca volvimos a jugar juntas. Y además tartamudeaba mucho al hablar. Me pregunto si alguna vez se le pasaría.

Número dos: una excursión.

Un grupo familiar. La tía Ivy y el tío Owen al fondo. En primer término, tres niños, incluida yo. Pero luego te hablo de los niños. Déjame que primero te hable de Ivy y de Owen.

No recuerdo esta excursión, y no reconozco el paisaje donde está hecha la foto. Pero está claro que es Shropshire (*lo noto* sólo con mirarlo). Y probablemente se trata de algún sitio bastante cerca de Warden Farm, la casa en la que vivían..., mejor dicho, vivíamos todos en esa época. La verdad es que no recuerdo que me llevaran mucho de excursión al campo en esos meses. Lo más seguro es que esta fotografía esté sacada en algún sitio en el límite del terreno, y que los campos del fondo fueran del propio Owen. Está hecha a finales de otoño o ya en invierno, porque los árboles no tienen hojas; destacan negros y esqueléticos contra un cielo que el tiempo ha vuelto blanco. No sé por qué saldríamos de excursión en esa época del año; da la impresión de que toda la gente de la foto tiene frío. Supongo que era uno de esos días soleados de otoño, con un frío cortante, porque Ivy lleva gafas de sol y, en cambio, tiene el pelo despeinado por el viento.

¿Qué puedo recordar de ella, al mirar su cara en esta foto?

Lo primero que debería decirte es que Ivy era la madre de mi hermana. Tampoco es que se parecieran mucho, de todos modos. Aquí está sonriendo, una sonrisa amplia con la boca abierta; en realidad están todos sonriendo, así que supongo que la foto la sacaría Raymond, su hijo mayor, y que debía de andar por allí haciendo el payaso mientras la sacaba. Hasta parece que yo también sonrío un poco. Pero en lo que me hace pensar la sonrisa de Ivy es en su risa: una risa de fumadora empedernida, áspera y gutural. Y en cuanto pienso en su risa me acuerdo de su olor, como por asociación de ideas. Curioso que los recuerdos que tenemos más claros no suelen ser visuales; es una cosa de la que me gustaría hablar contigo, Imogen, una de las muchas... Porque estoy segura de que tienes que tener recuerdos tan claros como los míos, como los de cualquiera de los que somos «videntes», o como se diga; puede que incluso aún más claros.

Da igual... Bueno, eso: te estaba hablando del olor de Ivy. Lo que no quiere decir que oliera mal de ninguna manera ni nada parecido. Tenía un olor fuerte, pero más bien agradable. Creo que era una mezcla del perfume que usaba y de olor a perro.

Porque en Warden Farm siempre hubo como cinco o seis perros. Sobre todo spaniels. ¿Lo sabía antes de que me mandaran allí? Me parece que sí, que fue una de las cosas que me dijo mi padre para que lo llevara mejor. «Tienen un montón de perros», creo que me dijo. «Y a ti te encantan los perros». Cosa que es verdad. Siempre me han gustado los perros, aunque nunca he tenido uno. Y quería muchísimo a todos los perros de aquella granja, y me encantaba que aquella casa siempre oliese a ellos, y como olía Ivy también. En realidad era una de las cosas que me gustaban de ella. Los niños no suelen ser muy quisquillosos con esas cosas. Les gusta sentirse cómodos con una persona, más que nada.

El tío Owen tenía un Austin Ruby verde en esa época. Por alguna razón, mis padres no me llevaron a la granja ellos mismos; vino él a buscarme. Era un domingo por la tarde. Vino solo, y me acuerdo de ir sentada en el asiento de delante, con la altura justa para ver por las ventanillas. Ir en coche, fuera el coche que fuera, era bastante raro. Desde luego nunca había ido sentada delante. Te cuento esto porque aquel coche también olía a perro. Era un olor agradable. No me gustaba el tío Owen. Era un hombre que no hacía el menor esfuerzo por comunicarse con los niños o por conseguir que se sintieran a gusto. Gruñía mucho, pero no hablaba casi nada. Estoy casi segura de que no cruzó una palabra conmigo en aquel viaje. Estaba pensando que fue al atardecer y, mientras atravesábamos Birmingham y dejábamos atrás las afueras de Wolverhampton y nos íbamos metiendo en el campo, se iba poniendo el sol, mandando rayos anaranjados de una luz triste y oblicua, entre las copas de los árboles y los setos. Pero me parece que me lo estoy imaginando y no es un auténtico recuerdo.

Cuanto más miro la cara de Ivy en esta foto, más me sirve para recordar no la pinta que solía tener, sino aquel olor y el sonido de su voz. Y cuando pienso en cómo me recibió cuando nuestro coche se paró en el corral aquel domingo por la tarde, me doy cuenta de que así es como la recuerdo: aquella voz cálida y áspera, alargando la palabra «hola» hasta cinco veces su duración normal, con lo que al oírla te daba la impresión de que te estaban sacando del agua fría para envolvete en una manta muy gorda; y luego sus brazos rodeándome, envolviéndome en aquel olor tan rico a humo y a perro. Así me recibió en el umbral trasero, y si siempre se hubiese portado de esa manera, durante todo el tiempo que pasé allí, entonces puede que las cosas hubieran sido muy diferentes.

De todas formas, no sirve de nada darle vueltas a eso.

Ivy era más bien pelirroja. O, mejor dicho, tenía el pelo de un rubio pajizo. No era una mujer delicada en ningún sentido. En esta foto, por ejemplo, lleva las gafas de sol bien ajustadas a una nariz que, sin andarse con muchos rodeos, se podría decir que es grande. En esa rama de la familia solían tener la nariz grande; también habría que decir que Ivy tenía debilidad por la bebida. Dejaré caer esa observación, sin añadir nada más. Aquí lleva una chaqueta bastante elegante, bien cortada, y una falda larga con un estampado de flores. De hecho, una de las cosas que llamaba la atención de la

fotografía es lo bien vestidos que van los dos. Y lo formales. ¡Si el tío Owen hasta lleva corbata, por el amor de Dios! ¡En una excursión! Pero así eran las cosas en los años cuarenta. A lo mejor es que la corbata le favorece, pero aquí está hasta guapo. Siempre fue un hombre grande y corpulento (era inevitable que al hacerse viejo se pusiera gordo), pero no tiene unos rasgos nada bastos. Yo le recuerdo como un hombre bastante bruto, pero supongo que se debía más a su actitud que a su aspecto. Está en una postura un tanto rara, más agachado que sentado, y eso le da cierto aire de tensión, de concentración, como una trampa a punto de saltar. Y mira a la cámara con mucha intensidad. Lo único que puedo decir de esa pose es que no era nada típica de él.

Y hasta aquí los adultos. Aparte de mí, los niños que ocupan el primer plano de la foto son el hijo menor de Ivy y Owen, Digby, y su hija Beatrix. Eran primos carnales míos, claro. Y tengo que mencionar otra cosa sobre Beatrix, por si no la sabes: era tu abuela.

Cuando se hizo esta foto debía de tener once años. Está sentada muy derecha, casi como si estuviera sentada encima de algo incómodo. Tiene la espalda rígida. Bea siempre adoptaba la postura correcta; era estilosa. Lleva un cárdigan que, si la memoria no me falla, era verde claro. Por como le cuelga sobre el cuerpo, se nota que está empezando a desarrollársele el pecho. Es morena y lleva el pelo bastante corto, pero el viento se lo ha despeinado; le caen dos mechones sobre la frente, uno casi le llega a la boca. Un corte de pelo bastante moderno, incluso para lo que se lleva ahora, diría yo. Sonríe más abiertamente que todos los demás. Curiosamente, cuando pienso en ella nunca me la imagino riéndose, pero al mirar todas estas fotografías me doy cuenta de que, cuando era joven, se pasaba el tiempo sonriendo. Una sonrisa como la de su madre, además, casi al borde de la carcajada. A lo mejor es porque en la mayoría de las fotos más antiguas que he encontrado de ella la pillan con más gente. Beatrix revivía cuando tenía gente alrededor: con sus amigos, en las fiestas..., cualquier situación en la que corriese el alcohol y te pudieras olvidar de las preocupaciones diarias. Pero cuando se quedaba a solas conmigo, se convertía en otra persona; una persona insegura que nunca estaba a gusto y a la que el mundo le daba miedo. No creo que sea yo la que provoca esa reacción en la gente, sino que le salía su verdadero yo a relucir. Fundamentalmente, creo que no se gustaba a sí misma, y que quedarse sola, con ella misma por toda compañía, era lo que más miedo le daba. Pero, ahora que lo pienso, estoy proyectando un montón de cosas que supe más tarde de Beatrix sobre su personalidad de niña de once años, y no debo adelantarme a los acontecimientos de esta manera.

Sentado a su lado, está su hermano Digby. Tampoco importa demasiado que no tengas muchos datos de él. Igual que su hermano mayor, Raymond, me ignoraba bastante. Al principio eso me molestaba, pero después, cuando Beatrix y yo nos hicimos íntimas, casi nos vino mejor. Aquí parece que tiene menos años de los trece que tenía. Quizás porque lleva pantalones cortos. Más que sentado, está en cuclillas, y

los músculos de las pantorrillas parecen muy desarrollados. Era un niño fuerte y atlético. Hay una pista de tenis al fondo del terreno, y él y Raymond solían jugar allí. Los dos jugaban muy bien. Llevaban una vida fácil, de niños mimados seguramente. La guerra apenas les afectó. Al vivir en una granja, esa familia no tuvo que padecer el racionamiento; de hecho, le sacaron un buen partido, vendiendo lo que les sobraba en el mercado negro. Lo más cerca que estuvieron del frente fue cuando un bombardero alemán que volvía de Gales dejó caer sin querer su cargamento de bombas, y formó un cráter en uno de los campos de maíz, a kilómetro y medio de la granja. Eso pasó mientras yo estaba allí. Me acuerdo de oír la explosión y despertarme en plena noche, y acercarme corriendo a la ventana con Beatrix. Pudimos ver las llamas entre los árboles, y a la mañana siguiente nos dejaron ir con los niños a ver el cráter. Pero me estoy yendo por las ramas otra vez...

La única persona que me queda por describir soy yo misma. O, mejor dicho, cómo era yo a los ocho años. No me hace falta fijarme mucho en la ropa que llevo puesta; me acuerdo perfectamente. Creo que sólo tuve tres conjuntos en todo el tiempo que pasé en Warden Farm. Aquí llevo mi viejo jersey gordo de toda la vida, uno marrón que me había hecho mi madre. Le encantaba hacer calceta; era una cosa casi obsesiva. A veces la hacía a mano, como todo el mundo, pero también tenía una *máquina* de tricotar: un armatoste sencillamente gigantesco y pasmoso, lleno de dientes y palancas y pistones, que ocupaba casi toda la mesa del comedor de casa. (Lo raro es que nunca se hundiera con aquel peso). Ésa era la máquina que usaba dos o tres horas cada noche para tricotar prendas de lana para las tropas. Las llamaba «conforts». El jersey marrón que llevo yo era un producto sobrante de toda esa actividad, pero a mí me encantaba. Era casi exactamente del mismo color marrón de los gruesos pantalones de pana que también llevo en la foto. El conjunto lo completa una blusa de cuello tipo polo, que tenía un color dorado de otoño, muy bonito. Ese color de las hojas secas.

Shropshire también era dorado. Fue lo primero que me llamó la atención cuando me levanté la primera mañana de mi evacuación y descorrí las cortinas. Me quedé mirando a lo lejos del bonito césped delantero, tan verde y tan bien recortado que parecía el tapete verde de una mesa de billar, y lo único que se veía más allá eran campos de oro resplandecientes bajo un cielo muy azul. El azul de Shropshire, el oro de Shropshire. Puede que resulte curioso, pero el condado había cambiado totalmente de *color* en los últimos meses. Y eso tenía su explicación. (Todo tiene su explicación, por si no te ha dado tiempo a descubrirlo en tus pocos años de vida. De hecho, la historia que quiero contarte —si te la cuento bien— demostrará hasta qué punto es así). En este caso era que el gobierno les había dicho hacía poco a los granjeros que cultivasen todo el maíz posible. «La comida es munición de guerra», les decían, «y las granjas tienen que ser como fábricas de munición». Así que, donde una vez había habido verde, ahora había oro. Esa mañana me quedé mirando por la ventana, y por un momento, un momento muy corto, mi corazón se libró de aquel peso tan tremendo

que lo había atenazado en las últimas horas: el peso de saber que me habían echado de mi casa para mandarme a un exilio inmerecido e inexplicable. Me volví para compartir aquel momento con mi prima Beatriz, que dormía conmigo en el dormitorio del desván, pero su cama estaba vacía y las sábanas revueltas. Siempre se levantaba pronto, siempre bajaba antes que yo. Tanto le gustaba desayunar o, mejor dicho, tanto le gustaba vivir...

La verdad es que estoy volviendo a dejar volar mi imaginación. No sé muy bien si esa primera mañana me di la vuelta y vi vacía la cama de Bea. Pero era lo que pasaba la mayoría de las veces. Lo que ya no sé es si esa vez en concreto fue así. Por lo que veo esta foto ha cumplido su objetivo y me ha traído otros recuerdos (otros recuerdos más generales) de aquellos pocos meses. Vamos con la siguiente.

Número tres: la *roulotte*.

Todavía no te he descrito Warden Farm en detalle (me refiero a la propia casa), pero creo que antes voy a hablarte de la *roulotte*. Fue una de las cosas del jardín que Beatrix me enseñó primero, y rápidamente se convirtió en el sitio donde nos metíamos y nos escondíamos juntas. Se podría decir que todo empezó por ahí.

La propia tía Ivy me dio esta foto, me acuerdo, al final de la temporada que pasé en su casa, en una de sus pocas muestras de auténtica generosidad. A pesar de aquella apariencia cariñosa y acogedora, resultó ser una mujer bastante distante e inaccesible. Su marido y ella se habían construido una vida activa y cómoda, que giraba sobre todo en torno a la caza y a todas las actividades sociales que traía consigo. Se dedicaba a organizar muchas fiestas de cacería, cenas en el club de tenis y esas cosas. Aparte, adoraba a sus dos hijos, aquellos dos chicos tan fuertes y tan artéticos; y buenas personas también, pero sin mucha materia gris, ahora que lo pienso. Así que ninguna de esas cosas contribuía a que me dedicase mucha atención a mí (una huésped no deseada, una evacuada), o a su propia hija Beatriz. Ahí estaba la raíz del problema. Abandonada y resentida, Beatrix se agarró *a mí* en cuanto llegué, sabiendo que yo era una persona que se encontraba en una situación aún más vulnerable que la suya, una persona a la que sería fácil convertir en su devota seguidora. Me tenía cariño y me hacía caso, con eso le bastaba para ganarse mi lealtad; de hecho es algo que nunca he olvidado, tuviera los motivos que tuviera para portarse así en esa época.

La casa era grande y estaba llena de sitios que podríamos haber convertido en nuestro refugio; sitios a los que no iba nadie, sitios secretos. Pero para la manera de pensar de Beatrix (aunque eso no lo entendí hasta después) la casa era cosa «de ellos», pertenecía a aquella familia por la que se sentía tan rechazada; así que eligió otro sitio, un sitio aparte, para que pudiéramos cultivar nuestra amistad. Por eso pasamos la mayor parte del tiempo, durante los primeros días y las primeras semanas, en la *roulotte*.

Déjame mirar un momento. En esta foto, la *roulotte* está medio tapada por las ramas de los árboles que le cuelgan encima. Por alguna extraña razón, la habían puesto en uno de los rincones más alejados de la finca, y allí se quedó durante muchos años. En la fotografía está exactamente como yo la recuerdo: fantasmagórica, descuidada, con la madera empezando a pudrirse y las partes metálicas corroídas por

el óxido. Era diminuta, y esta imagen lo prueba. Creo que a esa forma se le llama «lágrima»; vamos, que la parte de atrás es redondeada y hace una curva suave y elegante, y en cambio la de delante parece cortada a pico y es totalmente lisa. Es una forma curiosa; la verdad es que parece que le falta la mitad. Los árboles de encima del techo y esas ramas que cuelgan por sus paredes creo que son una especie de abedules. La *roulotte* estaba colocada en el lindero de un bosque; de hecho era difícil decir dónde quedaba la línea divisoria entre el bosque (seguramente un terreno comunal) y los límites más lejanos de la propiedad del tío Owen. Probablemente una *roulotte* más moderna hubiera tenido una ventana panorámica en la parte de delante; pero, por lo que veo, ésta sólo tenía dos ventanillas muy altas y otra parecida en un costado. Así que no es de extrañar que dentro siempre hubiese poca luz. La puerta era maciza y oscura, y estaba hecha de madera, como toda la mitad inferior de la *roulotte* hasta la barra del remolque. No te digo que no sea un diseño muy antiguo, pero lo recuerdo perfectamente. Descansaba sobre cuatro patas de madera, y siempre estuvo más cerca del suelo de lo que debería haber estado, porque las dos ruedas estaban pinchadas. Además las ventanillas estaban muy sucias, y en general daba la sensación de estar abandonada y totalmente echada a perder. Pero para unas niñas, evidentemente, eso aún la hacía más apetecible. Me imagino que Ivy y Owen la habrían comprado hacía muchos años (en los años veinte quizás, cuando se casaron) y habrían dejado de usarla cuando tuvieron hijos. Dentro sólo había dos literas, así que no hubiera servido para unas vacaciones familiares.

¿Cuántas semanas pasarían? Quiero decir antes de que Beatrix y yo montáramos allí nuestro campamento. ¿O fue sólo cuestión de días? Dicen que un instante y la eternidad se confunden cuando experimentas una emoción intensa, y después de llegar a Warden Farm enseguida tuve una sensación de soledad y una nostalgia de casa que me es imposible describir. No me enteraba de nada porque no era nada feliz. Me ponía a lloriquear sin tapujos delante de Ivy y Owen (a la hora de cenar, por ejemplo), pero, que yo sepa, ni una sola vez se les ocurrió llamar a mis padres para decirles lo mal que estaba. Se dedicaban a ignorar mi angustia, igual que los dos niños; igual que todo el mundo, en realidad, menos la cocinera (que tenía un corazón de oro) y la propia Beatrix, claro. Aunque al principio fue bastante cruel conmigo. De todos modos, creo firmemente que, cuando decidió acogerme bajo su protección, fue porque realmente le daba pena, y no sólo porque yo era más débil que ella y fácil de manipular. Ella también estaba sola, me acuerdo, y necesitaba una amiga. Beatrix podía ser una persona egoísta a veces, de eso no hay duda; me lo demostró una y otra vez durante los años y las décadas siguientes. Pero al mismo tiempo era muy capaz de amar. Más que ser capaz, yo hasta diría que amar era su *punto débil*, por decirlo así; pero un punto muy, muy débil. Y desde luego pienso que, durante mi estancia en la granja, llegó a quererme de verdad. Aunque fuera a su manera.

En realidad su manera de quererme era intentar ayudarme. Y su primer intento de ayuda consistió en que elaboráramos un plan absurdo, a la desesperada, que íbamos a

llevar juntas a la práctica. Decidimos escaparnos de casa.

En aquellas tardes tan largas, el césped se extendía como una mesa de billar delante de la casa. Un acceso estrecho de gravilla lo cortaba en dos, pero ningún coche solía utilizar aquel acceso. Y casi nadie usaba tampoco la puerta principal; sólo los niños: Beatrix y yo sobre todo. Los hombres entraban por la puerta de atrás a hacer sus trabajos, así que esa puerta era la que estaba vigilada. La vigilaba la cocinera desde la cocina, y la vigilaba Ivy desde su dormitorio, y también el tío Owen desde su diminuto estudio en penumbra. Por allí no se podía escapar. Habría sido arriesgado incluso al anochecer; y era al anochecer cuando habíamos decidido escaparnos.

Esa tarde, sentada a solas en mi dormitorio bajo aquel techo inclinado que formaba unos ángulos tan curiosos, mientras Beatrix estaba abajo esperando que la cocinera se diese la vuelta para coger comida de la cocina, pensé una vez más en mis propios padres en su casa de Birmingham llevando una vida normal. Mi padre yendo al trabajo en bicicleta, con una máscara antigás colgada del hombro; mi madre tendiendo ropa en la cuerda del jardín trasero, a pocos metros de la entrada del refugio antiaéreo. Sabía que aquellas cosas tenían que ver con el peligro, con el peligro por el que me habían mandado allí para que escapara de él, el peligro que ahora corría su vida en todo momento. Y lo único que se me ocurría era que no era justo. Yo quería compartir aquel peligro. Me daba miedo, claro, pero no tanto como aquella ausencia; vamos, ni de lejos.

Esa noche esperamos a que la casa se quedara en silencio, a que Ivy y Owen se acomodasen en el sofá para tomarse una copa después de cenar, a que los niños hubieran subido a jugar, y luego nos pusimos nuestros abrigos, descorrimos el pesado pestillo de la puerta principal y salimos a escondidas.

Ella tenía once años. Yo ocho. La habría seguido a cualquier parte.

El aire estaba muy cargado de humedad, mitad niebla, mitad lluvia. La luna estaba casi llena, pero la tapaban las nubes. No se oía ni un pájaro. Hasta las ovejas habían enmudecido. No hicimos ningún ruido al pisar la hierba.

Con los zapatos del colegio todavía puestos, corrimos a toda prisa por la esponjosa humedad del césped, saltamos el foso divisorio y seguimos por el nivel más bajo del jardín, hasta que llegamos a un hueco muy abierto del seto, la abertura que llevaba al camino secreto; el camino secreto que llevaba al lugar secreto.

Ella iba delante; yo la seguía. Su impermeable gris del colegio aparecía y desaparecía entre las hojas.

Al final del camino había un claro, enmarañado e invadido de ramas y yedras colgantes, y en ese claro estaba la *roulotte*. El frío se apoderaba de ti cuando abrías la puerta y te metías dentro. Los visillos colgaban grises y sucios sobre las ventanillas, con agujeros de polillas y manchitas negras de mosquitos muertos. Tenía una mesa desplegable pegada a una pared y dos asientos corridos, uno a cada lado. No había más sitios donde sentarse. También había un hervidor de agua sobre la cocina, pero la

bombona de gas se había agotado hacía tiempo. Beatrix se había traído de la granja una botella marrón, con el corcho un poco flojo, llena de limonada espesa hasta arriba, y durante los últimos días había ido escondiendo más provisiones allí. Media barra de pan, dura como el cemento. Un trozo grande de queso azul de Shropshire, que se deshacía por los bordes. Dos manzanas del huerto. Y tres tortas preparadas por la cocinera, que le había birlado de la caja de lata de la despensa, a riesgo de sabe Dios qué terrible castigo.

—Vamos a comer algo de esto —dijo; y nos pusimos a ello tranquilamente con mucha calma. Yo no había sido capaz de cenar mucho y tenía hambre, aunque también tenía el estómago tan encogido por el miedo a la que nos podía caer que apenas pude meter algo en el cuerpo.

Seguía habiendo algún que otro cubierto en los cajones, y Beatrix usó un cuchillo de postre para cortar el pan y el queso. Cuando terminamos de comer, me cogió de la mano sin decir palabra, me puso la palma hacia arriba, y me pasó la hoja del cuchillo por la yema de aquel dedo índice mío tan pequeño. Yo pegué un grito, y se me saltaron unas lágrimas calientes y saladas. Pero ella no me hizo caso. Sin inmutarse, hizo lo mismo con el suyo y luego lo apretó contra el mío, para que las dos gotas de sangre se mezclaran y se fundieran en una.

—Ya está —me dijo—. Ahora somos hermanas. Unidas pase lo que pase, ¿vale?

Yo le dije que sí con la cabeza, pero sin soltar palabra. No sé si lo que sentí (lo que me dejó sin habla) fue terror o amor. O las dos cosas. Seguramente las dos, sí.

—Venga —dijo—. Aún nos queda mucho camino esta noche.

Ya habíamos cogido nuestra ropa y la habíamos llevado a la *roulotte* el día anterior. La mía iba toda apretujada en la pequeña maleta medio marrón, medio gris, que me había hecho mi propia madre hacía unas semanas. No era muy práctica, la verdad, para una huida por el campo. Mi pequeño peluche de lana, un perro negro llamado Shadow, no me cabía en ella. Iba a tener que cargar con él. Cuando lo cogí, él me echó una mirada inescrutable, sin expresión. Era la cosa que más quería en el mundo después de mi madre, mi padre y ahora Beatrix.

Aquella noche oscureció muy pronto. Cuando dejamos la *roulotte* y cerramos la puerta al salir, la oscuridad era total. Apartamos la vista de la granja y nos metimos en el bosque, abandonándola para siempre. Beatrix me llevaba cogida de la mano. Lo único que se oía era el ruido de nuestras pisadas y el de las ramitas partidas torpemente a nuestro paso.

Ahora sé (o al menos creo que lo sé, porque nunca se pueden saber muy bien estas cosas) que jamás tuvo intención de devolverme a mi casa. Era lo bastante mayor como para saber que dos niñas pequeñas nunca podrían llegar andando hasta casa de mis padres. Pero yo no lo sabía y confiaba en ella. Y, además, ahora ya éramos hermanas de sangre.

Salimos del bosque y cruzamos los últimos campos del tío Owen. Después anduvimos como una hora más, pero a mí me parecieron siglos. Beatrix conocía bien

el terreno y escogió astutamente la ruta, haciendo casi un redondel perfecto. Cuando llegamos al claro donde le pedí por favor que nos paráramos a descansar, ya debíamos de estar cerca de la granja otra vez, pero yo no tenía ni la menor idea.

Nos echamos y yo abracé a Shadow con todas mis fuerzas. El cielo se había despejado y la luna lo bañaba todo con su luz plateada. Yo no paraba de temblar. A esas alturas estaba más cansada que asustada, y era presa de la desesperación, pero aun así había una especie de belleza a nuestro alrededor. De eso era totalmente consciente, incluso en ese momento. Beatrix me pasó el brazo por detrás del cuello, y yo me apretujé contra ella, y así nos quedamos, boca arriba, mirando las estrellas.

—¿Tú crees que llegaremos? —le pregunté—. Esta noche, quieto decir. —Y como no me contestó, le formulé otra pregunta, la que me tenía más desconcertada: ¿Por qué has querido venir conmigo? ¿Por qué te quieres ir de casa?

—No me gustan mis padres —me respondió después de un buen rato—. Yo creo que no me quieren.

—¿Son malos contigo? —le pregunté.

Y, otra vez, no me contestó.

Aunque no quería, empecé a quedarme dormida. Una lechuza se puso a ulular y a chillar en plena noche, muy cerca de donde estábamos. Las hojas de los árboles susurraban, y la maleza no, dejaba de dar señales de una vida sutil y misteriosa. Yo sentía el calor del cuerpo de Beatrix, el latido de su sangre en el brazo que tenía detrás de la cabeza. Sus sensaciones eran las mías. La luna seguía elevándose y, sin armar mucho revuelo, la lechuza se echó a volar de repente y se alejó planeando entre las ramas de los árboles. Ya no había humedad en el ambiente. El objetivo que me había propuesto (llegar a la ciudad, llamar a la puerta de la casa de mis padres, que se quedarían muy sorprendidos) se desvaneció totalmente. A pesar del frío, era feliz.

Cuando me desperté, Beatrix ya no estaba. Me incorporé y miré a mi alrededor, con el corazón en un puño.

La vi en el borde del claro, contemplando el campo iluminado por la luna. Aquella silueta suya tan delicada... Y también oí voces. Voces humanas, aunque me sonaron tan tristes y tan sobrenaturales como el gemido de la lechuza. Voces humanas que gritaban nuestros nombres: el suyo y el mío.

Unas siluetas (toda una serie de diminutas siluetas negras) aparecieron a lo lejos; venían por el campo en nuestra dirección. Desafiando a la oscuridad, algunas llevaban antorchas; y aquellas agujas de luz trémula bailoteaban como luciérnagas tristes mientras seguían acercándose a Beatrix, que estaba allí de pie mirándolas, impasible, temblando un poco, pero solo de frío, no porque pensara volverse y echar a correr, como yo quería. ¿Y por qué iba ella a querer? Había provocado aquel momento. Intencionadamente.

Venían a buscarnos.

Foto número cuatro: Warden Farm, pero la propia granja.

Por los colores y la calidad de la imagen, supongo que esta foto se hizo en algún momento de los años cincuenta, más de diez años después de la historia que te estoy contando. Pero la casa no cambió en ese tiempo.

Es una buena fotografía en la que la casa está tal como la recuerdo: bonita, sólida, impresionante. Tiene una planta baja y dos pisos de ladrillo rojo, aunque la mayor parte de la pared del primero y de la planta baja apenas se entrevé bajo la espesa masa de zarcillos de hiedra enmarañados en torno a las ventanas de guillotina. La casa había sido construida en mil ochocientos treinta, y el diseño, como se ve en la foto, era simétrico y bastante sencillo. En la planta baja tenía un pórtico palatino flanqueado por dos ventanas en arco de la misma altura; encima, en el primer piso, hay tres ventanas rectangulares de guillotina, y sobre ellas, en el segundo piso, tres cuadradas más pequeñas. Ése es el cuerpo central del edificio. Luego, a cada lado, y siguiendo con la simetría, se añadieron dos estancias a ras de suelo, pero algunos años después. Las dos vuelven a tener ventanas en arco de celosía, rodeadas de espesa hiedra verde oscura. Ese verde es un poco más oscuro que el verde de la hierba, pero no tanto como la sombra que arroja sobre ella el roble viejo y enorme plantado delante de la casa. Las ramas de ese árbol cuelgan en el primer plano de la foto (quien la sacó debía de estar debajo del árbol) y tapan las ventanas del piso más alto.

Dos de esas ventanas eran las del cuarto de jugar. Era una habitación abuhardillada amplia y de techo bajo, llena de muñecas y soldados de plomo y juegos de mesa que ya entonces estaban bastante deteriorados. También había una mesa de ping-pong, y un tren de juguete bastante complicado encima de una mesa con un paisaje de cartón piedra, al que alguien debía de haberle dedicado muchos esfuerzos en determinado momento. Todas aquellas cosas producían cierta fascinación. En cambio nadie se había tomado la molestia de hacer acogedor el cuarto. No tenía estanterías, y el papel pintado estaba descolorido y despegado, y nunca se encendía fuego en la chimenea. Y por esa misma razón, era raro que alguien entrara en él. Los chicos no subían nunca, y Beatrix y yo pocas veces. Nuestro reino estaba en la puerta de al lado, en aquel dormitorio torcido, con aquella forma tan extraña, encajado entre las vigas. La tía Ivy y el tío Owen dormían en el primer piso, igual que sus hijos. Sus

habitaciones eran unas habitaciones normales, bien aireadas y muy espaciosas. Pero nuestro cuarto era oscuro y misterioso. El techo bajaba en pendiente formando unos ángulos muy exagerados y muy caprichosos, y mi cama estaba encajonada en un nicho diminuto que la hacía invisible desde casi todos los puntos de la habitación. Así que yo estaba completamente apartada de la ventana y del calor del sol matinal, y por la noche, de la luz de la luna que bañaba a Beatrix ya estuviera dormida o despierta. El mío era un reino aún más profundo y de sombras más oscuras.

Cualquiera pensaría que debería acordarme estupendamente de las consecuencias de nuestro intento de huida, pero no. Ahora pienso que Ivy y Owen ni siquiera se lo debieron de contar a mis padres. De hecho muchos años después, cuando le comenté a mi madre lo de la noche en que Beatrix y yo habíamos intentado escaparnos de Warden Farm y hacernos todo el camino andando hasta Birmingham, me dijo que era la primera vez que escuchaba semejante cosa. Ni siquiera sé si nos castigaron de alguna manera. Me pasé otros seis meses en la granja por lo menos, y no recuerdo que en ese tiempo la cosa tuviera ningún tipo de repercusión; ni nos encerraron en nuestro dormitorio, ni tuvimos que pasarnos una semana a pan y agua; únicamente, la tía Ivy nos echó un pequeño rapapolvo a la mañana siguiente, pero no fue tanto un reproche como una demostración de inquietud por nuestra seguridad y nuestra felicidad.

Y sin embargo no olvidó aquel incidente, ni tampoco nos lo perdonó. Evidentemente, todo el pueblo debió de dedicarse a hablar de él una buena temporada, y no creo que eso le hiciera mucha gracia. Pero me parece que, más que eso, a Ivy y a Owen lo que les cabreaba era la auténtica *molestia* que les habíamos causado esa noche. Como veras, el deber de Beatrix en aquella casa era resultar invisible, igual que el mío, en realidad, cuando me fui a vivir allí. El mundo de Ivy giraba en torno a sí misma, en torno a su posición en el pueblo, en torno a su vida social, su bridge y su tenis, y también, más que nada, en torno a sus queridos hijos y sus queridos perros. Beatrix ni siquiera aparecía en su radar. Supongo que eso es lo que Beatrix quería decir cuando me contó que su madre era «cruel con ella». La crueldad de Ivy era su indiferencia.

A lo mejor eso hace que lo que pasó tu madre de niña parezca un poco trivial. Desde luego, hay muchos niños en todo el mundo que pasan por cosas mucho peores por culpa de sus padres; eso ya lo sé, claro. Pero incluso así, me parece importante (tremendamente importante) no subestimar lo que debe de suponer saber que tu madre no te quiere. Precisamente tu madre, ¡la persona que te dio la vida! Esa sensación tiene que mermar mucho la autoestima y destruir la misma base de tu existencia. Es muy difícil salir indemne de algo así.

A veces hasta me parecía que Ivy no sólo ignoraba a Beatrix, sino que en realidad la odiaba. Tengo una cosa grabada, sobre todo. No tiene mucha importancia, pero se me quedó grabada y aún la recuerdo. Fue una cosa que pasó con un perro que se llamaba Bonaparte. Aquella familia tenía muchos perros, como ya te he dicho. Había

tres ya crecidos cuando yo estaba allí, tres Springer spaniels muy mimados. Enseguida les cogí cariño, especialmente a un Springer galés que se llamaba Ambrose, que también era el favorito de Beatrix. Era muy inteligente y muy leal; no se le puede pedir mucho más a un animal, ni siquiera a un ser humano... Pero, por alguna razón, Ivy le tenía mucho más cariño a Bonaparte, que era un caniche negro de pelo duro, una de las variedades más feas. Era muy tonto, y no te podías fiar de él, aunque derrochaba energía; eso hay que reconocerlo por lo menos. Si Ivy no estaba presente, siempre se ponía a corretear por aquí y por allá, en una especie de frenesí sin ninguna dirección fija, persiguiendo objetos imaginarios en un estado constante de excitación nerviosa. Resultaba agotador tratar de sujetarlo con una correa. Pero dentro de casa, si estaba Ivy, lo único que quería era sentarse a sus pies o, mejor aún, en su regazo. Se quedaba así horas, mirándola fijamente con un brillo de amor incondicional en sus ojitos redondos. Ivy le acariciaba el pelo y le daba algún bombón de una caja de Cadbury; parecía que tenía un suministro inagotable de cajas de bombones, a pesar de la guerra.

Sin embargo Beatrix solía guardar las distancias con aquel animal. No era que no quisiera tener nada que ver con él, sino que él no quería tener nada que ver con ella. Le habría encantado acariciarlo, me imagino, aunque sólo fuera porque la hubiera hecho sentirse más cerca de su madre y se hubiera ganado su aprobación. Pero Bonaparte, a lo mejor imitando a su adorada ama, trataba a Beatrix con el más absoluto de los desprecios. La única excepción a esa regla eran las horas de las comidas, cuando a veces se dignaba interesarse por algún bocado que ella le ofrecía de su plato. El incidente en el que estoy pensando tuvo lugar, creo, en la primavera de mil novecientos cuarenta y dos, hacia finales de mi estancia en Warden Farm. Toda la familia estaba cenando en la cocina. La cocinera había asado dos pollos grandes, y Beatrix arrancó un pedacito de un ala y se lo tiró a Bonaparte, que como siempre estaba metido debajo de la mesa, con la lengua colgándole de pura gula. Pues, después de masticar el ala un poco, empezó a hacer unos ruidos horribles: como una especie de toses de angustia salidas de lo más hondo de su cuerpo, acompañadas además por un gemido espantoso. Era evidente que se le había atragantado un huesito en la garganta y que se estaba ahogando. Por un momento todos nos quedamos mirándolo horrorizados. Entonces la tía Ivy soltó también un gemido, que se convirtió en un grito y luego en un chillido. Nunca la había oído chillar así antes, y tampoco la habría creído capaz; no le salían las palabras, así que no hacía nada práctico como pedirle a alguien que sí lo hiciese; de todas maneras, Beatrix pegó un salto hacia delante, se abalanzó sobre Bonaparte, que ahora estaba agachado en medio de la cocina, y lo cogió por la mandíbula, intentando abrirle la boca. Pero aquello aún fue peor. De hecho, las toses y los gemidos de Bonaparte todavía se volvieron más exagerados, hasta que Ivy recuperó el habla y le soltó un berrido a su hija, diciendo algo así como: «¡Para ya, idiota! ¡No ves que lo estás asfixiando!»; y en ese momento Raymond (no podía ser otro) se levantó de un salto, le arrancó a

Beatrix el pobre animal de los brazos, e hizo... *algo*. No sé qué fue exactamente: algo parecido a una palmada providencial en la espalda; el equivalente canino de la compresión abdominal, supongo. El caso es que el hueso salió *disparado* de la boca del perro y aterrizó al otro lado del suelo de la cocina.

La crisis había pasado. Por el momento. Bonaparte estaba perfectamente, desde luego. Fue a Ivy a la que hubo que subir al primer piso (no estoy exagerando; Raymond y Owen la cogieron cada uno por un extremo) y ya nadie la volvió a ver en dos días, a no ser Beatrix. Sí, la pobrecita recibió una reprimenda materna al día siguiente. Estábamos jugando juntas en la *roulotte*, y juntas desfilamos hasta la casa y subimos al dormitorio de Ivy, pero Beatrix entró sola, mientras yo esperaba a escondidas afuera, con la oreja pegada a la puerta. Y escuché cosas muy desagradables. No fueron tanto las palabras (la verdad es que apenas podía oírlas) como el tono de Ivy. Ni siquiera alzó la voz. Si lo hubiera hecho, habría sido menos ofensivo. Durante los cinco minutos o así que Beatrix estuvo allí dentro, se limitó a hablar en un tono bajo y monocorde, que sólo puedo describir (y trataré de escoger las palabras con cuidado, para no exagerar) como homicida. Nunca he olvidado aquel tono controlado y letal de su voz mientras acusaba prácticamente a Beatrix (eso fue lo que me contó luego) de haber intentado matar a su adorado caniche, que ni hace falta decir que ahora estaba echado a sus pies encima de la cama, jadeando y sudando de pura devoción. Al final del monólogo de Ivy se oyó un ruido extraño. No fue una bofetada exactamente, sino una especie de *silbido* seguido de un chasquido, como si a alguien le hubieran dislocado un hueso, y luego un grito de dolor de Beatrix. Y después vino un largo e intenso silencio. Cuando Beatrix salió por fin, lo hizo cogiéndose una muñeca con la otra mano, y tenía los ojos rojos y las mejillas sucias de lágrimas. Subimos juntas al cuarto de jugar, y al cabo de un rato le pregunté qué había pasado, pero nunca me lo contó. Se quedó allí sentada, frotándose la muñeca; pero a mí lo que siempre me ha parecido horrible de este episodio no es lo que Ivy podría haberle hecho, sino su manera de hablar. Era la primera vez que oía a una madre hablarle a su hija con una voz tan cortante y tan llena de odio. Desgraciadamente, no iba a ser la última.

La historia de Bonaparte no tuvo un final feliz. De hecho, tuvo un final bastante raro, por no decir desconcertante. Te explicaré enseguida lo que quiero decir. Pero ahora me doy cuenta de que me he alejado mucho de mi cometido de describirte esta foto. Déjame seguir un momento.

El murete de ladrillo que atravesaba toda la extensión de césped, de medio metro de altura, la dividía en dos niveles distintos; era lo que se llama un foso divisorio. Quienquiera que fuera el que sacó esta foto estaba en el nivel más bajo, como en posición de adoración con respecto a la casa, que por tanto se alza por encima del espectador, imponiendo respeto. Pero, por culpa del ángulo en el que está hecha, la vista que se tendría desde la casa sería oblicua; la casa miraría a lo lejos por encima de la cámara. Así que el espectador resulta insignificante, inapreciable, y en cambio

Warden Farm dirige su atención, orgullosa e impasible, hacia los campos y los pastos que yacen obedientemente a sus pies. Aunque no recuerdo que la casa tuviera un aspecto tan poco *amistoso* como en esta foto, supongo que eso concuerda, en sentido figurado, con lo que te he estado contando de la tía Ivy y el tío Owen y su actitud hacia Beatrix y hacia mí. Beatrix y yo nos convertimos en aliadas, en hermanas, y el lazo que nos unía no se cortó durante muchísimo tiempo. Hubo muchas interrupciones, claro, muchos periodos de separación, pero no supusieron ninguna diferencia. Siempre supe que sería así. Y por esa misma razón, tuve una sensación de tristeza, pero no de algo que se acababa, cuando llegó la hora de despedirme de ella, el día que sonó el teléfono en la entrada de losas de piedra, y poco después me reclamaron de casa de mis padres tan brusca y arbitrariamente, me pareció a mí, como me habían alejado de allí unos meses antes.

La quinta foto que he escogido para ti, Imogen. Una escena invernal. El parque de juegos de Row Heath, en Bournville, en algún momento de los primeros meses terriblemente fríos de mil novecientos cuarenta y cinco.

Es una foto que me cuesta mirar. La sacó mi padre, con su cámara de cajón, una tarde de domingo. El estanque del centro del parque se había congelado, y hay decenas de personas patinando sobre él. En primer plano, con gruesos abrigos de sport y gorros de lana, hay dos personas que miran directamente a la cámara: yo misma, cuando tenía once años, y Beatrix, cuando tenía catorce. Beatrix sujeta una correa de perro con la mano izquierda, y en el otro extremo, sentado impaciente a sus pies, está Bonaparte. Las dos niñas están sonriendo (una sonrisa amplia de felicidad), sin la menor idea del desastre que está a punto de suceder.

Mi padre hacía buenas fotografías; la composición de ésta está muy cuidada. La foto tiene cuatro «planos» diferentes, si se puede decir así, de modo que intentaré describírtelos uno por uno. Empecemos por el fondo de todo: bajo un cielo blanco cargado de nieve, se ven los contornos lejanos del pabellón. Ese edificio me parecía enorme en mi infancia; era allí donde se daban los bailes (en verano en la terraza, si hacía buen tiempo), y aquellos acontecimientos bastante horrorosos, pero aun así emocionantes, eran el eje de la poca vida social que yo podía tener. Era un edificio elegante, blanco y negro, con unos arcos muy altos enmarcando sus ventanales. En esta foto se ven tres de ellos; los demás los tapan los árboles, igual que la furgoneta donde servían tazones de chocolate caliente que estaba permanentemente aparcada junto al pabellón, y también los dos pequeños quioscos de música gemelos que había en el césped, debajo de la terraza. Es una pena que no salgan en la foto. Le habrían dado un toque alegre y excéntrico a la nieve.

Delante del pabellón, flanqueándolo a ambos lados, se ven un par de filas de unos castaños de Indias enormes e imponentes. Los cuatro árboles de cada fila se confunden, porque sus ramas forman una maraña densa y apretada, así que parece como si sólo hubiera dos: dos cúpulas macizas hechas como de una intersección de huesos, que miran al estanque como gigantescos centinelas silenciosos, siempre de guardia. Normalmente producían un reflejo inmenso, igual de impresionante, en la superficie plateada del estanque, pero ese día se había helado la superficie, y el hielo no refleja nada; es áspero y granuloso, de un blanco reluciente vetado de gris donde

le da la sombra, y tiene finos marojos de juncos que sobresalen de él en algunos sitios. Eso sería el tercer «plano» de la fotografía: las figuras de los patinadores. Algunos están capturados en movimiento, sólo un borrón que pasaba por delante de la cámara; y otros en momentos de una inmovilidad extraña y deforme: con los brazos extendidos, intentando conservar el equilibrio, o con las rodillas torpemente levantadas en el aire. Un hombre tiene la mano izquierda metida en el bolsillo, mientras con la otra parece que señala el hielo con un dedo estirado, como si acabara de distinguir alguna siniestra aparición bajo su superficie. Hay dos chicas juntas sobre el hielo, hablando allí de pie, mientras un adolescente parece que va a chocar con ellas. Lleva pantalones cortos, cosa curiosa. Tienen todos un aire bastante patético; será porque la foto los ha forzado a una inmovilidad antinatural, cuando precisamente están haciendo algo tan alegre y dinámico como patinar; un poco como esas figuras de Pompeya, embalsamadas en lava fundida, atrapadas justo en el último momento de su lucha contra la muerte. Últimamente tengo unos pensamientos cada vez más morbosos... La mayoría llevan gorra (una de las cosas que sirven para calcular la fecha en que está hecha la foto) y también ese estilo tan particular de pantalones que se usaban tanto, con la cinturilla increíblemente alta, yo diría que casi hasta el pecho. Bastante ridículos, supongo, para los gustos de ahora. Se les ve bien porque no todos llevan abrigo, lo que me hace recordar que, a pesar del estanque congelado, hacía una tarde muy soleada. Por lo visto, Beatrix y yo íbamos demasiado abrigadas. Seguramente, poco después fue cuando vino el deshielo. De todos modos, es muy sabido que el invierno del cuarenta y cuatro al cuarenta y cinco fue tremendo. Creo recordar que ya no se apagaban las luces completamente, y sólo las «atenuaban» un poco, como se decía entonces. Pero no sólo el tiempo era infecto (recuerdo días enteros de una niebla espesa y asquerosa, sobre todo al anochecer, que la luz turbia de las farolas apenas conseguía penetrar), las noticias que venían del extranjero también eran desalentadoras. Los alemanes habían lanzado un importante contraataque contra el Primer Ejército americano, y nuestras esperanzas de que la guerra se terminara antes de Navidad se desvanecieron rápidamente. Aunque yo no quería darme por enterada de todo lo que implicaba aquello (porque era una niña introvertida, capaz de entender los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor en el mundo exterior, pero a la que no le interesaban; y supongo que sigo igual), algo debieron de transmitirme mis padres de su desilusión y su pesimismo. Tengo un vago recuerdo de la conversación que escuché a la hora de la comida ese domingo; o, mejor dicho, no de la conversación, sino del estado de ánimo que provocó en mí y en mi familia. Ivy y Beatrix habían venido en coche desde Shropshire esa mañana. Eso era un auténtico regalo para mí, algo que llevaba esperando semanas. Beatrix y yo nos habíamos estado escribiendo cada pocos días, pero nos habíamos visto muy de cuando en cuando. Por desgracia, no conservo sus cartas, y no tengo ni idea de si ella conservaría las mías. Sabe Dios lo que pensaría de aquellas cartas, de todos modos. Supongo que las encontraría muy infantiles. Las suyas de esa época reflejaban

preocupaciones más adultas; empezaba a escribir sobre ropa, maquillaje, chicos, cosas que a mí no me interesaban nada de nada. (Y que siguen sin interesarme, por cierto). Sin embargo, guardaba esas cartas como oro en paño porque estaban escritas por *ella*, y cualquier cosa que le interesara a Beatrix (incluso cuando se trataba de temas tan increíblemente aburridos) tenía algo de mágico y apasionante. La verdad es que me hacía mucha ilusión que ella quisiera mantener cualquier tipo de comunicación conmigo; podría haberse limitado a copiar listas de nombres de la guía de teléfonos que yo habría devorado sus cartas con la misma ansiedad en cuanto cayeran sobre nuestro felpudo. Respecto a verla en persona, era todo un acontecimiento. Ni siquiera nos habíamos acercado a Warden Farm en navidades ese año por alguna extraña razón, pero ese día Ivy había decidido venir en coche hasta Birmingham (toda una aventura para ella) a ver a su hermana (mi madre), y pensaba traer a Beatrix, así que podríamos pasar unas horas juntas. Y el que el estanque de Row Heath estuviese helado convertía aquella ocasión en algo aún más apetecible. Las dos iríamos a patinar por la tarde, después de comer.

Conque Ivy y mi madre se quedaron en casa esa tarde, tomando el té y poniéndose al día en los cotilleos familiares, mientras mi padre nos llevaba hasta el parque de juegos. Fue un paseo de diez minutos desde nuestra casa, con las aceras relucientes de nieve y Bonaparte jadeando y tirando de la correa. Al principio Ivy no quería que fuera con nosotras. Estaba claro que habría preferido que se pasara toda la tarde repanchigado en su regazo. Sólo dio su brazo a torcer después de que Beatrix se pusiera muy pesada pidiéndoselo. Creo que incluso era la primera vez que le dejaba sacarlo de paseo sola.

Ah, todavía no he descrito el primer «estrato» de la fotografía, ¿no? Quiero decir, la figura de Beatrix y la mía que ocupan el primer plano. Pues estamos apoyadas la una en la otra, cogidas del brazo. Hay una diferencia considerable de estatura: yo ocupo la parte izquierda de la foto y sólo le llego a la altura de los hombros. Tengo la cabeza ligeramente inclinada, sin apoyarla del todo en su hombro. Casi se podría describir mi actitud como coqueta, porque mis ojos flirtean con la cámara en plan cómplice con mi padre, pero de la manera más infantil e ingenua posible, mientras que Beatrix, que mira directamente al objetivo, sonríe con una franqueza y una seriedad que son a la vez maduras y..., bueno, un poquito inquietantes, ahora que lo pienso. Está como *desafiando* a la cámara, tratando de obligarla a algún tipo de respuesta. O tal vez el desafío vaya dirigido a mi propio padre. Sea lo que sea, de todas maneras, la diferencia entre nosotras dos (en madurez y en carácter) es tan evidente como la diferencia de estatura. A pesar de que Beatrix seguía siendo una niña, y eso hay que tenerlo en cuenta. Lo que pasó al poco rato de que fuera hecha esta foto le pasó a una niña. A un adulto quizás le habría parecido absurdo, o por lo menos le habría encontrado su lado absurdo. Pero para Beatrix fue simplemente una tragedia.

Se la puede describir muy rápido: todo ocurrió en un instante. Beatrix decidió de

repente que ya era hora de que Bonaparte hiciera un poco de ejercicio. Soltó a aquel perro tan tonto de la correa, esperando que echara a correr en círculos sin propósito fijo, como siempre le gustaba hacer.

Pero esa vez Bonaparte hizo algo completamente distinto. Sin dudarle un momento, salió disparado hacia el perímetro del parque, recto como una flecha. Y subió corriendo la pendiente que daba a las dos filas de castaños. No tengo ni la menor idea de lo que se le pasaría por su diminuta mente perruna. Los tres nos quedamos mirándolo, sonriéndonos al principio, contentos de presenciar aquella liberación de energía reprimida. Levantaba pequeñas ráfagas de nieve con las patas al correr. Y entonces, en cuestión de segundos, nos dimos cuenta de una cosa. No se iba a parar ni a dar la vuelta. Siguió corriendo, y pasó entre los árboles, hasta que casi lo perdimos de vista. Incluso a aquella distancia parecía tan feliz y contento, tan lleno de vida, que nos llevó demasiado tiempo percatarnos de que algo iba mal. Algún impulso extraño le decía que no parara de correr a toda velocidad. No estaba persiguiendo nada. No estaba tratando de escapar. Ni tampoco de encontrar el camino de vuelta hasta su amada Ivy. Sus pensamientos (si se puede usar esa palabra para un perro, sobre todo para uno tan estúpido como Bonaparte) apuntaban, con total determinación, al horizonte lejano, y no iba a parar hasta que lo alcanzara.

Casi había desaparecido de nuestra vista cuando Beatrix entró en acción. Se puso a chillar: «¡Bony, Bony!» lo más alto que pudo y echó a correr en su busca. Resulta casi cómico, ahora que te lo cuento, pero te puedo asegurar que en aquel momento no nos lo pareció en absoluto. Mi padre (cargado con los patines, destinados a no ser usados jamás) salió corriendo detrás de Beatrix y la alcanzó enseguida, mientras yo iba de farolillo rojo, íbamos todos gritando el nombre de Bonaparte, llamando la atención del resto de la gente del parque. Pero habíamos sido demasiado lentos; él ya había llegado hasta el borde, cruzado la carretera y desaparecido por un hueco del seto de enfrente, y ahora corría como un descosido por el medio de los campos deportivos que pertenecían a la fábrica de Cadbury, sin parar de ladrar de alegría. Tuvimos que encontrar primero la puerta de aquellos campos (que estaba como a unos cincuenta metros de la carretera principal), y cuando conseguimos entrar por ella, ya no se veía al perro por ningún lado.

«¿Dónde está?», decía mi padre, con las manos en las caderas, jadeando como loco. «¿Dónde *demonios* está?». A esas alturas, Beatrix no paraba de *aullar*, un auténtico aullido de esos que te hielan la sangre, lo cual enseguida me contagió a mí también, unido a los rasguños que me había hecho en las piernas al caerme en la carretera. Así que mi pobre padre se encontró no con una, sino con dos niñas desconsoladas a su cargo, aparte de un perro que parecía haber sido poseído por algún espíritu maligno, para luego desvanecerse en el aire.

Bueno, ¿qué más puedo contarte de esa tarde? Debimos de andar buscando entre los árboles de por allí más de una hora, mientras iba haciendo cada vez más frío y se iba haciendo cada vez más de noche. Gritamos su nombre hasta que nos quedamos

roncos. Y durante todo ese tiempo no dejó de atormentarnos (o por lo menos de atormentarme) la pregunta: «¿*Por qué?*». ¿Por qué aquel perrito estúpido había salido corriendo de aquella forma, tan feliz y contento? No tenía sentido. Era desconcertante, además de descorazonador.

Al final, cuando ya nos quedó claro que no serviría de nada prolongar aquella búsqueda, emprendimos la larga y deprimente vuelta a casa y le dimos la noticia a Ivy, que tuvo una reacción que atravesó toda una serie de fases: primero el silencio, seguido de la incredulidad, las recriminaciones y los gritos histéricos, y por último una especie de ataque desesperado de pragmatismo; ella, Beatrix y mi padre se metieron en el coche de Ivy y se acercaron hasta la comisaría de policía más cercana para denunciar la desaparición de Bonaparte. Todo en vano, claro. Madre e hija se vieron obligadas a regresar en coche a Shropshire sin perro, totalmente abatidas e incapaces de asimilar aún lo que les había pasado. Sólo Dios sabe de qué hablarían en aquel viaje. Supongo que no cruzarían palabra. De todas formas, Beatrix no dejaba de llorar.

No la volví a ver en una temporada después de eso. También pasó bastante tiempo hasta que recibí su siguiente carta, en la que no se refería para nada a este episodio o a Bonaparte. Nunca encontraron al perro. Una vez, andando por Bournville cogida de la mano de mi madre, camino del dentista, nos cruzamos con un hombre que llevaba un perro igualito que Bony. Mi madre también pensó lo mismo; las dos nos paramos y nos volvimos, y el hombre también se dio la vuelta y se nos quedó mirando, desconcertado y un poco indignado. Pero no tuvimos el valor de enfrentarnos a él.

Esta fotografía evoca todo eso. Y, sin embargo, a veces las imágenes que recordamos, las que llevamos en la cabeza, pueden ser más vívidas que cualquier cosa que pueda registrar una cámara en un rollo de película. Si dejo esta foto y cierro los ojos, lo primero que veo no es la oscuridad sino mi recuerdo de Beatrix justo antes de que saliera corriendo detrás de aquel perro: su silueta recortada contra el cielo invernal, aquella figura pequeña y vulnerable, negro sobre blanco, de pie, inmóvil sobre la cresta entre aquellas dos filas de castaños, de espaldas a mí, mirando a lo lejos, la vista puesta en el horizonte, fija en el punto donde aquel animalito estúpido y latoso estaba a punto de desaparecer para siempre. Nada más que una silueta, el contorno de una figura humana, y en cambio a mí me dice tanto como si estuviera mirando a Beatrix a la cara; en la postura tensa y contraída de su cuerpo puedo ver toda su desesperación, su terrible sensación de pérdida, el horror ante lo que la esperaba cuando volviera a casa y se lo contara a su madre. Se había quedado allí clavada no sé cuánto tiempo, paralizada por todas esas cosas. Tan sólo unos segundos, supongo, pero con qué claridad puedo verla aún... Tengo esa imagen grabada: grabada en mi conciencia. Nunca la he olvidado, y ahora ya sé que nunca la olvidaré.

La boda de Beatrix fue una cosa bastante sosa, como creo que se puede ver en la siguiente foto.

Ya vamos por la sexta, ¿no? Y volvemos a Warden Farm.

Un grupo de ocho personas, fotografiadas una vez más en blanco y negro, de pie delante de la puerta principal. En el extremo izquierdo de la fotografía, hay un hombre bajo y rubio cuyo nombre no consigo recordar por más que me empeñe; era el padrino. Luego vienen los padres del novio, y también hace mucho tiempo que me olvidé de cómo se llamaban. Después está el novio, Roger, cogido del brazo de Beatrix. Al lado de ella, Ivy, claro, y el tío Owen. Y por último, en la otra punta de la foto, estoy yo, la orgullosa dama de honor. Ahí tenía quince años, y era mil novecientos cuarenta y ocho. Al final de la primavera o a principios de verano, no recuerdo exactamente.

Beatrix tenía dieciocho en ese momento. Demasiado joven para casarse, seguro que en eso estarás de acuerdo. No hace falta decir que estaba embarazada. Si no, ¿por qué iba a casarse a esa edad con alguien tan poco indicado como Roger?

Déjame verlo más de cerca, para poder describírtelo. Más que sonriendo a la cámara, está mirándola con el ceño fruncido; es lo primero en lo que te fijas. Por lo poco que lo conocí, yo diría que ésa era su expresión habitual. Era una persona que no sonreía. Si eso reflejaba la visión general que tenía de la vida, o simplemente lo que sentía al haberse casado con Beatrix y ser el padre de su hijo, ya no me atrevería a decirlo. Verte atado a un sitio que no te gusta cuando eres joven, o estar casado con alguien a quien no quieres, y creer que el resto de tu vida va a consistir en un perpetuo esfuerzo por mantener a esa persona y a los hijos que no deseas, bastaría para hacerle fruncir el ceño a cualquiera, o eso diría yo. Sea lo que sea, en esta foto lo tiene fruncido. Lleva el pelo muy corto, muy cepillado y engominado, así que parece muy tieso, un poco como el de Stan Laurel. El chaqué está bien cortado y le queda perfectamente; era un hombre bien hecho y atlético, bastante guapo, la verdad, eso no se le puede negar.

Se habían conocido pocos meses antes, en un baile que habían dado en el Ayuntamiento de Wellington los Jóvenes Conservadores. Si Beatrix fue alguna vez conservadora, propiamente hablando, es algo que no te puedo decir. Que yo sepa, no le interesaba la política. Desde luego, en los treinta años o más que la conocí, no la

recuerdo expresando nunca una opinión política. De todos modos, estaba afiliada a los Jóvenes Conservadores, y esa noche del baile causó sensación en todos los sentidos. La nombraron «Miss Conservadora» o algo así, y si se hubiese conservado alguna fotografía que testimoniase aquella ocasión, ten por seguro que te la habría descrito. Debió de llamar la atención de muchos chicos esa noche, y yo diría que el más guapo de todos era Roger. Se consumió cierta cantidad de vino y de cerveza (ella, al ser tan joven, no debía de estar nada acostumbrada), le ofrecieron llevarla hasta casa en coche y..., bueno, el resto ya te lo puedes imaginar. Recuerda que Beatrix había dejado el colegio unos meses antes y estaba desesperada (y cuando digo desesperada, digo *desesperada*) por encontrar alguna manera de escapar de la casa de sus padres. Si la concibió esa misma noche (a tu madre, quiero decir) eso ya no te lo puedo jurar. Lo único que sé es que, tres meses después, ella y Roger se comprometieron oficialmente. Para horror, supongo, de las dos familias. Pero en aquellos tiempos no había muchas más opciones.

Beatrix sólo me contó una cosa de su noviazgo (si ésa es la palabra). Te la contaré yo a ti también, aunque sólo sea porque deja entrever que, durante el poco tiempo que estuvieron juntos, no siempre fueron tan serios y formalitos, y que hasta se divirtieron un poco. Me contó que en esa época Roger solía ir en moto (no me pidas que te diga el modelo, no soy la persona más indicada) y que hacían excursiones juntos por el campo de Shropshire. Bueno, pues, por lo visto, más de una vez la llevó hasta la cima del Wrekin (que, como seguramente sabrás, es la cota más alta de la región: está en el corazón de Shropshire, y se le ve tan alto como una campana enorme desde casi todas partes). Cuando alcanzas la cima, a casi mil metros de altura, te encuentras con una extraña formación rocosa con una grieta gigantesca entre dos rocas. A esa grieta se la conoce como el Ojo de la Aguja, y no llega a un metro de anchura; si le echas mucho valor, puedes intentar pasar a través de ella, cosa que puede resultar bastante peligrosa, supongo, porque cae a pico por los dos lados. La historia que recuerdo que me contó Beatrix, de todas formas, es que una noche, en pleno crepúsculo, Roger la subió al Wrekin en moto, y hasta consiguieron llegar al mismísimo Ojo de la Aguja. Siempre me ha parecido una imagen tan romántica... El sendero es muy empinado, muy pedregoso, y sinceramente dudo que alguien más lo haya hecho, antes o después. Digo yo que cualquier hombre que lleve a su novia (o a su prometida, más bien, que es lo que debía de ser en ese momento) a hacer una excursión como ésa no podía ser tan mal partido. Pero, bueno..., el matrimonio no funcionó. Supongo que ya lo habrás adivinado. Uno se lo puede imaginar perfectamente (cómo se irían desarrollando los acontecimientos) a partir de esta foto; pero a lo mejor le estoy echando mucha imaginación y aprovechándome de la ventaja que me da verlo desde ahora. De todas maneras, Beatrix parece bastante contenta. Naturalmente, lleva el típico traje de novia, todo blanco, a pesar de que, en sentido estricto, aquélla no podía ser considerada una boda blanca. Tiene mucha más cara de adulta que en la foto del estanque helado. Y llama la atención lo pegada que está a Roger, lo juntos que están

los dos, mientras que debe de haber como treinta centímetros de distancia entre Beatrix y su madre. Ivy lleva algo alrededor del cuello, por cierto, que hoy en día estaría prácticamente prohibido. No es tanto una estola de piel como un zorro entero muerto. Se le ven los ojos de cristal mirándote desde su hombro izquierdo, casi como si supiera que la cámara está allí y se empeñara en salir en la foto como cualquier otra persona. Ahora nos parece increíble, pero llevar esas monstruosidades estaba muy de moda en esa época. No me sorprendería nada que Ivy hubiese perseguido ella misma al pobre animal y se lo hubiese cargado sólo un par de semanas antes.

Las caras de Ivy y de Owen son como máscaras. Los dos han conseguido esbozar una sonrisa forzada que no resulta nada convincente. Y en cuanto a mí..., bueno, no estoy sonriendo, pero creo que estoy disfrutando de la ocasión más que nadie. Todavía era lo bastante joven, y lo bastante tonta, como para albergar ciertos ideales románticos. Recuerdo que me parecía maravilloso que Beatrix hubiera encontrado a alguien con quien casarse. Sin embargo mis ojos también reflejan cierta tristeza, que el fotógrafo ha captado sin querer. Al fin y al cabo, Beatrix y yo éramos hermanas de sangre. Tal vez no supiera muy bien qué significaba eso en realidad, pero eso no me impedía tener fundamentalmente la sensación inamovible de que existía un lazo especial entre nosotras, un lazo que *nadie* podía deshacer ni cortar; y menos un *hombre* (aunque nunca me lo habría contado así a mí misma). Así que la felicidad que sentía por ella (que, desde luego, era más profunda y más auténtica que la que pudieran sentir sus padres o sus hermanos ese día) estaba empañada por una emoción misteriosa y borrosa a la que no le podía poner nombre. A lo mejor aún sigo sin poder; remordimiento es demasiado fuerte. Conque serían celos.

Es una de esas veces en las que la foto, la propia foto, dice muchas más cosas que las palabras que se me ocurren para describirla. Haría falta que vieras realmente esta fotografía, Imogen, para que supieras lo que sentía ese día. Está todo ahí, en la foto.

Número siete. En ésta no salgo yo. Ni tampoco en las dos siguientes.

De todos modos, es una foto trascendental para ti, Imogen. Es la primera en la que aparece tu madre. Tu madre, ¡Thea!

¿Sabías que se llamaba así? Puede que no. Esa gente no te contó nada, ¿verdad?

La cocina de la casa de Much Wenlock. La casa de Roger y Beatrix. Su hogar matrimonial. Es una diapositiva en color. La mayoría de las fotos que voy a describirte a partir de ahora son en color, creo. Ésta la saqué yo misma con la cámara de mi padre; debía de habérmela prestado unos días. Y es muy evidente que no sabía bien cómo se usaba. Se supone que mi objetivo era obtener un recuerdo de Thea niña, pero al no tener ni pizca de experiencia toda la composición está mal, así que lo que tenemos en realidad es una foto de la cocina de Beatrix, con Thea ahí metida como una cosita cualquiera. Pero resulta que es una fotografía mucho más interesante de lo que cabría esperar. Los bebés se parecen todos mucho, por lo que se ve, pero no hay dos cocinas iguales, ¿a que no?

Para empezar, ésta resulta increíblemente pequeña. La verdad es que recuerdo que era estrecha, pero además, mirando esta foto, todo en ella parece dispuesto para dar aún una mayor impresión de pequeñez y de encierro. El linóleo tiene un dibujo de cuadros blancos y negros, así que el suelo parece un tablero de ajedrez. Un aparador enorme y pesado, de caoba, ocupa gran parte de una pared, y la ventana de al lado es diminuta. Esa ventana daba a un pequeño patio lateral de la casa, y más allá, al jardín de la casa contigua. Para que entrara la luz del propio jardín de Beatrix, la puerta de atrás tenía una ventanita, pero cuando se sacó esta foto estaba cubierta por una cortina de *chintz* con un estampado de flores rojas, amarillas y verdes. Que yo recuerde, esa cortina casi nunca se descorría, así que la cocina siempre estaba en penumbra. De por qué a Beatrix le gustaba así, no tengo ni idea. A lo mejor no quería mirar al jardín, que era un jardín yermo y descuidado, del que no se ocuparon ni Beatrix ni su marido durante la breve temporada que pasaron en esa casa.

En parte, la cocina parece tan pequeña porque la domina el enorme cochecito de tu madre: un armatoste absurdamente aparatoso y poco manejable, casi tan grande como un pequeño utilitario, viéndolo con ojos de ahora. Tiene una estructura de hierro y toda la pinta de pesar una tonelada; sinceramente, no sé de dónde sacaría Beatrix las fuerzas para empujarlo. Está en el medio de la cocina, y literalmente no

deja espacio para pasar a los lados. Thea está echada boca arriba en él, envuelta en algo así como una colcha de muselina, los ojos cerrados y muy apretados, con una especie de concentración enfurruñada, como si dormir fuera una de las difíciles tareas de los adultos que debe ponerse a aprender. No se me ocurren muchas más cosas que decir de ella. Todavía no tiene pelo en la cabeza, pero sí dos ojos, dos orejas y una nariz como todo el mundo. Déjame que me centre en algo más interesante. A la derecha del coche hay una mesa pintada de verde claro. Me pregunto de quién sería la idea. Es horrorosa. A lo mejor ya era de ese color cuando la compraron. Roger y Beatrix no tenían mucho dinero. Él trabajaba en el ayuntamiento, en algo relacionado con visitar a los granjeros de la zona para comprobar que cumplían las cuotas de producción impuestas por el gobierno. (De hecho, su trabajo lo llevaba muy a menudo a Warden Farm, aunque ya te he dicho que no fue así como se conocieron). Gracias a este trabajo, la gente que quería estar a bien con él le hacía muchos regalitos (no es que fueran sobornos exactamente, sino más bien que siempre tenían algún «detalle»; seguro que Roger lo habría dicho así). En la práctica eso se traducía en que él y Beatrix no necesitaban ceñirse exclusivamente a su cartilla de racionamiento, y nunca les faltaban buenos productos de granja. Hay una docena o más de huevos morenos en un cuenco sobre la mesa verde, y un buen trozo de mantequilla en una mantequera. Esos artículos seguían siendo escasos incluso entonces, y debía de haber amas de casa en Much Wenlock a las que no les habría importado nada echarles mano. Una pena que Beatrix no tuviese ni idea de cocina. En su caso, la frase «no sabe ni freír un huevo» era absolutamente cierta. Ten en cuenta que aún era una niña, y en su casa jamás se le había pedido tal cosa. Ver que de repente tenía que llevar una casa debió de ser todo un trauma para ella. Fui varias veces a pasar unos días con ellos, y siempre me chocó lo que Beatrix nos preparaba de comer. Patatas duras como piedras, pollo de un color blanco violáceo que soltaba sangre en el plato, judías verdes sin limpiar... Roger apartaba el plato sin más comentarios tras unos cuantos bocados (como si eso fuera exactamente lo que había acabado esperando), se ponía el abrigo y se iba al pub.

Desde luego, a los dieciséis años, para mí era toda una aventura ir sola de visita a la casa de aquella pareja de recién casados. Ahora que lo pienso, me sorprende que a mis padres les hiciera gracia. Es evidente que no les habría hecho tanta si hubieran sabido que una vez Roger intentó propasarse conmigo cuando Beatrix estaba en otra habitación. (Aunque estaba justo al lado, en la cocina, fregando los platos). A mí me daba mucha vergüenza comentarle aquel episodio a nadie, incluso a Beatrix. Roger encajó mi rechazo sin inmutarse; más bien, con aquel aire de indiferencia en el que era un consumado maestro. Parecía que no le preocupaba nada (a lo mejor ni era consciente de ello) que eso pudiera alterar mis sentimientos hacia él, o que provocase una situación, incómoda cuando volviésemos a estar los tres juntos. Era práctico y grosero (desde un punto de vista moral, quiero decir), y esa grosería contaminaba el ambiente, aunque a Beatrix le diera lo mismo o incluso le gustase (viéndolo desde

ahora, creo que sí, que le gustaba). Por eso, sobre todo, es por lo que me parecía un hogar tan poco acogedor y tan falto de amor, y por lo que me resulta tan evocadora esta fotografía de la cocina en penumbra.

Aparte de lo que hay sobre la mesa verde, no se ve mucha comida en la foto. Los tarros de los estantes del aparador parecen vacíos. Son esa clase de tarros en los que se guardan las mermeladas caseras, pero me quedaría pasmada si Beatrix hubiera hecho alguna en toda su vida. También me choca mucho que en una lata ponga muy claramente «HARINA» y que la panera luzca una inscripción que dice «PAN»; supongo que se refieren a lo que deberían haber tenido dentro, más que a lo que realmente tenían. Hay una tabla de cocina, una balanza con un juego de pesas muy ordenadas a su lado, una picadora de mano sujeta con una abrazadera a un lado de la mesa, y una gran tetera con rayas horizontales verdes y de color crema. Todo parece frío e intacto. Me pregunto dónde andaría Beatrix cuando saqué esta foto. Debía de haber salido de compras (una excursión interminable en esa época, con aquellas colas en la carnicería y en la frutería que daban la vuelta a la manzana), o puede que estuviera al lado, en el cuarto de estar, donde tenían su radio negra de baquelita, sintonizada siempre en el Light Programme. Beatrix nunca escuchaba las noticias ni los programas educativos, ni siquiera los de entretenimiento; sólo quería escuchar música, un torrente de música saliendo de la radio a todas horas. Música ligera de orquesta, sobre todo; como la que la BBC había empezado a encargarles a los compositores con el claro propósito de elevar la moral: piezas alegres, rápidas, llenas de ritmo, pensadas para hacerte esbozar una sonrisa y que se podían meter en una sola cara de un disco de setenta y ocho revoluciones. Había una canción que le gustaba mucho; se titulaba «Retrato de un flirteo». (Y no sacaré conclusiones...). Supongo que aquellas melodías les servían como de Prozac musical a las deprimidas amas de casa de la posguerra. No sé si funcionaba en el caso de Beatrix, pero desde luego la necesitaba.

Las paredes y la puerta de la cocina están pintadas de ese color blanco tirando a beige, tan popular en aquellos tiempos. Era como si la gente tuviera miedo de darle luz y color de verdad a su vida; o a lo mejor es que ni se les ocurría que podían hacerlo. En la parte izquierda de la foto (la opuesta a la mesa verde y al aparador de caoba) hay un gran fregadero de porcelana muy hondo, con un trapo de cuadritos azules en el borde, puesto a secar. Al lado hay un escurridor de madera, parece que lleno de ropa recién lavada también puesta a secar. Es difícil decirlo, porque la foto no coge todo el montón. Me doy cuenta de que no hay nevera; en esa época la mayoría de las casas no la tenían, y además no habría cabido.

Es posible que yo misma hubiera lavado esa ropa. Era el tipo de cosa que Beatrix me pedía que hiciera cuando iba a visitarlos. No había lavadora, claro; sólo un barreño de agua caliente, jabón en polvo, un rodillo y una cuerda para tender. Luego se me quedaban las manos agrietadas y arrugadas varias horas. También cuidaba muchas veces de la niña cuando Beatrix salía de noche; quiero decir ella sola, nunca

con Roger. Se había metido en una serie de asociaciones del pueblo, dedicándose con especial interés al teatro de aficionados. Pertenece, si no recuerdo mal, al conjunto de actrices del Instituto Femenino de Much Wenlock, e hizo un papel protagonista en la representación de *Misterio en Greenfingers*, de Priestley. En cuanto al resto de actividades (el club de bridge, el círculo de costura y demás), me sospecho que eran simplemente el pretexto de aquellas mujeres aburridas para juntarse, tomar una copa y reírse un poco. Visto desde ahora, es muy evidente que Beatrix y Roger no tenían ningún futuro juntos, ya desde los comienzos de su matrimonio. En aquel momento supongo que debí de dar por sentado que así era la vida matrimonial. Aunque tampoco se puede decir que me entraran muchas ganas de casarme. Pero yo era muy joven, demasiado joven en realidad, para soñar con criticar a Beatrix por aceptar aquello. Seguía queriéndola mucho, y me sentía atada y en deuda con ella, y lo único que me daba era pena, la verdad, una especie de pena secreta (que tampoco me cuestionaba) al pensar que su alegría de vivir se había esfumado casi por completo. No podía evitar ver que no estaba nada contenta y que se sentía desesperadamente frustrada. Era una vida pobre y mezquina la que se estaban construyendo. Al haber crecido donde lo había hecho, Beatrix había desarrollado una naturaleza romántica y aventurera, a la que ya no podía darle salida de ningún modo. Los momentos más felices que recuerdo haber pasado con ellos fueron cuando salimos en coche de excursión (un par de veces, creo) hasta Long Mynd. Roger había decidido hacer tiempo canjear su moto y reunir poco a poco el dinero restante para comprarse un Mini Morris de segunda mano. Conseguimos meternos todos en él (me parece que yo iba sentada en el asiento del copiloto, y Beatrix detrás de mí con la niña en el regazo) y nos fuimos a pasar la tarde a esas maravillosas colinas de Shropshire. Me pregunto si alguna vez te habrás paseado por allí, Imogen. Son parte de tu historia, ¿sabes? Han cambiado tantas cosas (hasta resultar casi irreconocibles) en los casi sesenta años que han pasado desde la época que estoy recordando..., pero el Long Mynd se ha librado. Estos últimos meses he estado demasiado enferma como para andar por allí, pero conseguí ir al final de la primavera, para darle mi último adiós, o eso pensé. Ese tipo de sitios son importantes para mí (para todos, en realidad) porque existen al margen de la esfera temporal habitual. Te puedes plantar en la cresta del Long Mynd y no saber si estás en los años cuarenta, en el dos mil, o en el siglo diez u once... Es algo inmaterial, totalmente irrelevante. El tojo y el brezo morado no cambian, y lo mismo les pasa a los senderos de las ovejas que los atraviesan y los entrelazan, las retorcidas floraciones rocosas que te sorprenden en cada curva, los cálidos marrones de los helechos, los grises distantes de las plantaciones de coníferas, escondidas allá lejos en valles secretos. No tiene precio la sensación de libertad y de atemporalidad que te proporciona ese sitio, mientras estás en lo alto de la cresta bajo un cielo impecablemente azul de abril, y te quedas mirando la mansa belleza del paisaje inglés al este, y al oeste un apunte de algo más raro: el arranque de las montañas galesas, que ya se insinúan en uno de los rasgos más salvajes y fantasmagóricos del propio

Long Mynd. Me refiero a las Stiperstones, claro, a esa larga y oscura cresta de enormes rocas dentadas, moldeadas por las inclemencias del tiempo y por el paso de los siglos en extrañas formaciones; la más extraña de todas la Silla del Diablo, que ha dado lugar a toda clase de leyendas extravagantes y macabras. De todos modos, seguramente no es el momento de extenderme sobre esas historias. Tengo mi propia historia que contar, y en cualquier caso Beatrix y Roger nunca me llevaron a esas regiones más remotas. (Las exploré por primera vez unos años después, con Rebecca; pero aún no te he contado quién era Rebecca, y eso también tendrá que ser a su debido tiempo). No solíamos pasar de Church Stretton con el coche, pero luego subíamos hasta Cardingmill Valley. Hay un famoso y precioso paseo que se puede hacer desde allí, hasta la cascada de Light Spout, para al final acabar (aunque los tres juntos nunca llegamos tan lejos) en la cima del propio Long Mynd. Pese que a mí aquel paisaje me parecía una visión irreal (hay que recordar que yo era una adolescente de dieciséis años muy impresionable), la reacción que provocaba en Beatrix y Roger era..., ¿cómo lo diría yo?, más terrenal. Por lo visto tenía un efecto casi sexual en ellos, por decirlo claramente. Me acuerdo perfectamente de verlos desaparecer en algún hueco sombrío, dejándome sola con Thea y las cosas de la excursión, las dos echadas muy juntas sobre la gruesa alfombra escocesa de lana mientras sus padres se entregaban a sus placeres secretos, con su latente atracción animal reavivada sin duda por la luz del sol y la sensación que siempre te daba aquel sitio de proximidad a la naturaleza, de encontrarte cerca de una fuerza primitiva y vivificadora. En cierto modo es asombroso que Beatrix no volviera a quedarse embarazada. Me pregunto si habría supuesto alguna diferencia en todo lo que pasó después. Creo que, en conjunto, es mejor que no fuese así.

Querría tener una foto de una de aquellas excursiones. Me gustaría volver a ver nuestras caras juntas, la mía y la de Beatrix, en alguna parte de aquellas colinas. Pero esta foto de la cocina, aun siendo bastante tétrica, dice muchas más cosas. Y también está bien para recrearse en la figura infantil de Thea, tu madre, ahí acostada en su cochecito, sin saber el giro que está a punto de dar su historia, sin saber que la frágil sensación de seguridad de la que ha disfrutado en su corta vida hasta ese momento enseguida va a estallar en pedazos. ¡Qué tranquila parece, en su ignorancia infantil!

La octava foto es bastante distinta de las que he elegido hasta ahora. No la saqué yo, ni Beatrix, ni nadie de la familia. En realidad me la dieron después de una cena en Londres cuando ya tenía cincuenta y tantos años. En ella se ve una *roulotte*. ¡Otra *roulotte*! Empiezo a darme cuenta del papel tan importante que juegan las *roulottes* en esta historia. Aún saldrán más antes de que acabe. Pero esta *roulotte* en concreto es bastante especial, como la pareja que está delante. Los dos son actores. Ella se llama Jennifer Jones, y él David Farrar. A lo mejor te suenan sus nombres.

¿Por dónde empiezo? Ruth, la amiga con la que compartí muchos años de mi vida, era una persona sociable a la que le gustaba invitar a la gente a comer muy a menudo. Era pintora, una pintora bastante considerada en esa época (te estoy hablando de los años ochenta), y la gente que venía a comer solía ser gente de tendencias y temperamentos parecidos: colegas artistas, escritores, músicos, críticos y esas cosas. Una noche tuvimos entre nuestros invitados a un hombre que escribía lo que siempre me parecieron libros espantosamente intelectuales sobre cine. No era una compañía nada agradable, debo decir, aunque no venga mucho a cuento.

En un determinado momento nos pusimos a hablar de películas, y nuestro invitado cinéfilo mencionó al director Michael Powell y su película *Corazón salvaje*.

Lo hizo porque había oído que estaba a punto de reponerse en un cine de Londres. Era la primera vez que la conversación me llamaba un poco la atención, porque hasta entonces, me temo (como la mayoría de conversaciones sobre cine), me había aburrido, así que había empezado a entrarme sueño. Tuvo que salir aquel título a relucir para que yo me volviera de repente y le comentara: «Pero si seguro que nadie se acuerda de esa película. No he oído hablar de ella en años». Él me dijo que al contrario, que la reputación de Michael Powell no hacía más que aumentar últimamente, y que ahora había algunos (y subrayó la palabra «algunos» con mucho énfasis) que consideraban aquel film una obra maestra. «Tú la has visto, ¿no?», me preguntó. «Sí», le contesté. «La vi en Birmingham (varias veces, de hecho) en el invierno del cincuenta. Pero no la he vuelto a ver». «No me sorprende», dijo nuestro amigo escritor, y entonces se embarcó en un breve resumen del desastroso destino del film; por lo visto al productor no le había gustado nada, y había dado orden de que la volvieran a rodar y a montar, aparte de cambiarle el título y meterle unos cuantos cortes, para su distribución en América. En los años siguientes, se creyó que se había

perdido cualquier rastro del original. Me quedé pasmada cuando me enteré de que ahora la habían restaurado según la versión inicial y se la podía ver tranquilamente por el módico precio de una entrada de cine y un viaje en metro a Oxford Street. «Pero, Ruth, tenemos que ir...», insistí, volviéndome hacia ella. «Tenemos que ir a verla en cuanto podamos». «Pues claro. Si te apetece...», me contestó sin mucho entusiasmo. «¿Pero por qué es tan importante? ¿Qué tiene de especial?». «Me imagino», dijo nuestro amigo, «que Rosamond sería muy impresionante cuando la vio, y la marcaría para toda la vida». A lo que respondí: «No exactamente. Sí que era impresionante, pero no cuando la vi precisamente. Si no cuando *participé* en ella».

Dos días después de esa conversación, me mandó una foto: un afiche de la película, que había sacado de su propia colección. Es la foto que ahora tengo delante. Enseguida te la describo. Pero antes debo ponerte un poco en antecedentes.

Fue en una carta escrita en junio de mil novecientos cuarenta y nueve donde Beatrix me dio aquella noticia tan sorprendente: un equipo cinematográfico iba a venir a Much Wenlock. Un equipo de verdad, que iba a hacer una película de verdad para el cine, con estrellas inglesas y americanas de verdad. Sí, ¡americanas! Porque la estrella de la película (y eso era lo que me parecía totalmente increíble) iba a ser Jennifer Jones, que hacía sólo un par de años me había dejado con la boca abierta con su interpretación en un western (a ver si me acuerdo del título) en el que tenía como pareja a Gregory Peck, y donde hacía gala de una energía sexual atrevida y descarada como yo no había visto ni imaginado en mi vida. Ah, sí, ya me acuerdo; se titulaba *Duelo al sol*, y creo que mis padres se arrepintieron de llevarme a verla desde que empezaron a pasar los títulos de crédito. La vimos en el viejo cine Gaumont de Birmingham, y supongo que yo tendría trece o catorce años. Se podría decir que la primera vez que me enamoré fue de Jennifer Jones. Gregory Peck me dejó completamente fría. Más tarde usé parte de mi paga para comprarme un ejemplar de la revista *Picturegoer*, que traía un reportaje sobre la película. Hacía mucho hincapié en el hecho de que la señorita Jones (o la señora de David O. Selznick, que ahora ya era) hubiera alcanzado la fama interpretando a una monja o algún papel virginal de ese tipo, y en cambio aquí hiciese un papel de sórdida fulana del Oeste; y el titular decía: «¡De santa a pecadora en menos de dos años!». Qué gracia cómo se te graban en la memoria ciertas cosas... El reportaje traía una serie de fotos de Jennifer Jones con su provocativa ropa de encaje, el espeso pelo negro peinado con la raya al medio, los labios hinchados poniendo morritos y aquellos ojos como de zorra mirando siempre un poco sesgadamente, apartados de la cámara. Evidentemente recorté las fotos, y hasta dormía con ellas escondidas debajo de la almohada, pero nunca le conté a nadie mi obsesión; ni siquiera a Beatrix cuando le escribí una de aquellas cartas semanales tan apasionadas y llenas de confesiones. En cierta forma me daba vergüenza y me incomodaba la intensidad de aquella obsesión. Y seguro que, en el fondo, me hacía sentirme culpable la sospecha de que debería haber sido Gregory Peck el que me excitara tanto.

Dos años después (con las fotos aún en mi poder, arrugadas y descoloridas, aunque ya no guardadas debajo de mi almohada) llegó la carta de Beatrix, y tuve que releerla muchas veces hasta que conseguí entenderla. Hay que tener en cuenta mi situación, Imogen: una chica solitaria que vivía en un barrio de las afueras de Birmingham, con pocas amigas de verdad en el colegio, y prácticamente hija única (porque, a pesar de que Sylvia aún vivía con nosotras, tenía ahora veinticinco años y era como si no fuéramos hermanas); es difícil imaginarse algo más lejos de ese mundo que esas fotos que te cuento. Sensualidad, glamour, las vidas inimaginables que llevarían aquellas figuras divinas a miles de kilómetros en Hollywood. La idea de que aquel mundo pudiera de repente estar *a mi alcance*, y que su loca órbita impredecible le hiciera pasar, increíblemente, unos días por *Much Wenlock* entre todos los sitios posibles, era más de lo que mi mente infantil podía asimilar en un principio. Recuerdo que bajé corriendo las escaleras después de leer la carta por tercera o cuarta vez y le grité algo a mi madre, en un intento histérico y balbuceante de comunicarle las nuevas de Beatrix, pero ella reaccionó con incredulidad: «No seas tonta, cariño» (o algo así), «Bea no debe de haberse enterado muy bien». Pero sí que se había enterado; eso era lo asombroso. Que todo se iba a hacer realidad.

Lo siguiente fue suplicar, implorar y convencer a mis padres de que me dejaran ir a ver a Beatrix mientras rodaban la película. Tuve la grandísima suerte de que estaba previsto que el rodaje empezara en agosto, durante las vacaciones de verano. Mis padres habían planeado llevarme una semana a un campamento cerca de Rhyl, al norte de Gales, pero a mí me espantaba la idea. (Ya te imaginarás lo mucho que podía apetecerle a una chica de dieciséis años). De todas formas, no me costó mucho convencerles de lo contrario. Y se decidió que, en vez de eso, iría a pasar unos días con Beatrix y Roger; así que tenía por delante la apetecible perspectiva de una semana entera en *Much Wenlock* cuando la película estuviera en pleno rodaje.

Mientras tanto, me dediqué a averiguar todo lo posible sobre aquella producción inminente; o sea, casi nada. Fui a la biblioteca del pueblo y no encontré ninguna referencia en los periódicos y las revistas de actualidad. Lo más que pude hacer fue pedir prestado un ejemplar de la novela en la que, supuestamente, se basaba la película. La devoré en un par de sentadas, y luego la releí y la volví a releer. Aunque debo admitir que no la he releído desde entonces; mi pasión por esa clase de melodrama rural pasado de vueltas ya no es tanta. Pero en aquella época me encantaba. Es la historia de una campesina ignorante que se casa con un capellán, pero entretanto se ve envuelta en una tórrida aventura con el señorito del pueblo, a pesar de que acaba prefiriendo muy sensatamente a su zorrilla domesticada antes que a cualquiera de los dos. En el punto culminante se ve en una situación muy difícil al caerse en el pozo de una mina. Supongo que hoy en día a muchos les parecería una estupidez, pero en esa época a mí me encantaba por estar ambientada en el paisaje de Shropshire, y repleta de los colores y los contornos de sus colinas; aunque el amor del autor por la naturaleza es lo que sigo recordando mejor. Tenía algunos pasajes muy

bonitos.

De todas maneras, todo eso (como muchas otras cosas) tiene poca importancia. En julio recibí una carta de Beatrix llena de novedades emocionantes. Ya estaban empezando a llegar algunos miembros del equipo, incluido el actor que iba a hacer de capellán. Se llamaba David Farrar, y Beatrix no sabía muy bien quién era, pero una amiga suya lo había visto una vez en una película sobre unas monjas (otra más..., las monjas eran muy populares en aquellos tiempos, cinematográficamente hablando) y decía que le parecía un auténtico «bombón» (creo que usó esa palabra), y encima, hacía sólo una semana, cuando su amiga iba en bicicleta por la carretera hacia Wellington, se lo había topado en dirección contraria, ¡pero a caballo! Casi se había caído de la bicicleta del susto. Otra cosa que me contaba Beatrix era que habían puesto un aviso en el mercado de Much Wenlock, diciendo que necesitaban todo tipo de ayuda para rodar la película; les hacían falta artesanos y carpinteros para construir los decorados, y también buenos jinetes para las escenas de caza, y que se presentaran montones de extras para las escenas de calle; cualquiera podría tomar parte en ellas, siempre que aportara sus propios trajes, que debían ser de hacía cincuenta o sesenta años por lo menos. Y Beatrix me decía que arriba de todo en Warden Farm, en uno de los desvanes, había un montón de baúles y de cómodas llenas de ropa que había pertenecido a Agatha, la madre de Ivy, y que, si podía, iba a subir a echar un vistazo para encontrar algo adecuado para las dos.

En cuanto a Roger, no le interesaban lo más mínimo todos estos manejos. Nos daba a entender que, según él, no eran más que frivolidades de mujeres. Al principio me resultaba curioso (al fin y al cabo él también estaba lejos de ser inmune al glamour), hasta que Beatrix me informó de que ya andaba bastante ocupado, porque se pasaba el tiempo con una vecina que vivía a dos o tres portales de su casa. Era una mujer muy guapa, medio italiana, llamada Annamaria, que había hecho que Beatrix se enfadase mucho hacía unas semanas al ser elegida «Reina del Carnaval» de Much Wenlock, arrebatándole el puesto por sólo un puñado de votos. Beatrix la odiaba con toda el alma, de eso no había duda, y también odiaba a Roger por su traición, pero no creo que hiciera lo que hizo en represalia. Lo que pasó ese verano se podía haber previsto desde el principio. Tenía mucho de inevitable.

Puedo describir exactamente la ropa que Beatrix encontró para nuestra breve aparición en la película. No es que tenga una memoria milagrosa, sino que ahora tengo la película en vídeo; la grabé de la televisión hace unos años, y a nosotras dos se nos ve claramente en una de las primeras secuencias. ¡Qué emoción entreverme (aunque sólo fuera unos segundos) en la gran pantalla, cuando vi la película con mis padres en el estreno! Fuimos a verla como cuatro o cinco veces en una sola semana, sólo por eso. (Y la mayoría de las veces estábamos casi solas en el cine, porque no tuvo mucho éxito; en realidad, ninguno). Y luego la conmoción de vislumbrarme otra vez (de vislumbrarnos a *las dos*), cuando se repuso la película casi cuarenta años más tarde, y la vi con Ruth en ese cine que queda cerca de Oxford Street después de

nuestra fiesta. Debo decir que a *ella* no le hizo ninguna gracia. Unos años antes (ya te lo explicaré en su momento) me había hecho prometerle que me olvidaría de Beatrix, que no le escribiría, que no hablaría de ella. Así que fue toda una concesión por parte de Ruth ir a ver la película conmigo, pero apenas la comentamos después; y cuando la pusieron en televisión al cabo de un tiempo, no le dije que la había grabado, y nunca me puse a ver la cinta hasta que se murió. Desde entonces la he visto muchas veces, muchísimas... Es el único recuerdo que guardo de Beatrix *en movimiento*, el único en el que no está congelada en el tiempo. Por eso le tengo tanto cariño, aunque también hay otras razones.

Nuestra breve aparición tiene lugar en lo que me parece que los cineastas llaman un plano general de ambientación. Se ve a un escultor grabando una fecha (20 de junio de 1897) en una lápida, contra un cielo muy azul. Y ya de fondo se oye el ruido de unos cascos de caballo resonando en la calle. Entonces se pasa a un plano de la propia calle (el final de High Street, en el cruce con Wilmore Street, con que también salen el viejo edificio Tudor del ayuntamiento y el mercado de la mantequilla) y luego, inmediatamente, se nos ve a Beatrix y a mí, paradas en el extremo izquierdo del encuadre, riéndonos y charlando. Ella lleva un vestido marinero con mangas de tres cuartos. La blusa del vestido es azul Cambridge, pero la falda es más oscura, y plisada. Tiene un lazo en el pecho, y el cuello está rematado con un galón blanco. En la cabeza Beatrix lleva un canotier de paja, supongo que para completar el tema náutico. No sé por qué razón, tiene una cuerda de saltar a la comba enroscada en las manos. Imagino que se pretendía que pareciera más joven, aunque ya tenía diecinueve años. El pelo es del mismo color rubio pajizo que el de su madre, y lo lleva recogido en una cola. Su piel pálida parece un poco roja; nunca se ponía morena, siempre colorada, y aquel verano tan caluroso se había pasado mucho tiempo al sol. Yo también llevo un sombrero de paja (un sombrero rosa, grande y redondo, de ala ancha, con una sola cinta de adorno) y un pichi rojo de cuadros, encima de un vestido blanco de cuello alto. Los volantes del vestido me asoman por debajo del pichi a la altura de las piernas. Llevo el pelo mucho más largo que Beatrix; casi me llega hasta la cintura en dos coletas finas y tiesas. Me había olvidado de que solía llevar el pelo tan largo en aquellos tiempos. Ya son más de cincuenta años con él corto... También llevo un par de guantes blancos de algodón, lo cual resulta bastante curioso en una escena que se supone que se desarrolla en un día soleado de verano. Se les ve enseguida, cuando me retiro el pelo hacia atrás con un gesto bastante torpe. (Parezco mucho más cortada ante la cámara que Beatrix, que está en su salsa). Unos metros detrás de nosotras, un pony con una calesa atraviesa la pantalla de derecha a izquierda, y hay un policía con patillas dirigiendo el tráfico. Después del pony con la calesa, un hombre y una mujer cruzan en la misma dirección; él con un bombín gris y un traje gris marengo, y ella con un vestido largo castaño y una sombrilla de encaje sin abrir. Hay dos colegiales de pie en primer plano (aunque sólo se les ve la cabeza y los hombros) con sombreros de paja y cuellos Eton. Detrás de ellos, la calle está llena

de más extras disfrazados, echando un vistazo en los puestos, paseándose de un lado a otro. La impresión que tendría un espectador cualquiera, a partir de esos pocos segundos, sería de ajetreo y bullicio; las dos chicas del extremo izquierdo no le llamarían especialmente la atención, supongo. Pero he mirado y remirado esa secuencia en vídeo, hasta que la cinta se gastó y empezó a temblar, buscando algún significado en esos gestos inconscientes, en las sonrisas que intercambiamos, en cómo levanto la mano y Beatrix vuelve la cabeza mientras aparta la mirada y le sonrío a la lejanía, inquieta, independiente. Puede que no esté muy bien buscarles un significado a esas cosas. Seguramente el significado que les encontramos es falso y engañoso, como el viento que parece azotar mi pelo, que no era un viento real para nada, sino que provenía de una máquina enorme colocada a unos cincuenta metros de allí, alimentada por cables que se enroscaban y arrastraban por la calle como un nido de serpientes.

Por lo menos es verdad que las dos parecemos totalmente eufóricas. La pequeña Thea se había quedado en Warden Farm, al cuidado de sus abuelos (o quizás de alguien del servicio), y por lo visto su ausencia siempre ponía a Bea de buen humor. Resulta bastante chocante, ¿no? Pero es muy cierto. Además, nos pagaron por ese día de trabajo: una libra y diez chelines a cada una, una cantidad absolutamente desorbitada para aquella época. Con ese dinero pude comprarme todos los libros nuevos que me apetecieron durante un año... Una especie de ambiente de carnaval invadía toda la ciudad. Había focos, cables y reflectores por todas partes. La vida normal era imposible, y de hecho casi nadie la llevaba ya. Sólo un par de comerciantes y de tenderos a los que no les impresionaba todo aquello se negaron a cooperar, y no se quedaban callados cuando rodaban las cámaras. Hubo que repetir varias tomas por su culpa, y se produjo algún encontronazo verbal. Recuerdo que todo el proceso era muy lento. Nos llevó casi todo el día conseguir aquella toma en concreto, y nos pasamos muchas horas allí parados esperando que saliera el sol. Parecía que al equipo le aburrían mucho aquellas esperas, pero a mí no me hubiera importado que durasen una eternidad. Evidentemente, no tuve el suficiente valor como para intentar hablar con la propia Jennifer Jones; de hecho, la primera vez que la entreví en carne y hueso, casi me desmayo. Estaba sólo a unos metros de mí, ya vestida para el rodaje, charlando tranquilamente y sin dársele de nada, no con un compañero o un miembro del equipo, ¡sino con una persona del pueblo! De repente me sentí culpable y, en cierto modo..., *sucia* (es un poco excesivo, ya sé, pero no deja de ser verdad) por haber guardado aquellas fotos bajo mi almohada, por haberlas convertido en una especie de fetiche. Era como si eso no me diera derecho a tener una conversación normal con ella. Llevaba una falda hasta el tobillo, de color verde hierba con dos pliegues en el borde, una blusa con las mangas abombadas, y un sombrero de paja un poco maltrecho que hacía juego con el azul del cielo y estaba adornado todo alrededor con rosas naranjas gastadas y descoloridas. Supongo que lo que se pretendía con aquella indumentaria era subrayar el contraste entre el vestido

del personaje, que parecía recién comprado, y el sombrero, que en cambio no. Aquel vestido le hacía un tipo impresionante, pero más tarde me enteré de que eso se debía en parte a que se había pasado horas intentando embutirse en un corsé increíblemente ceñido. Aquello debía de ser una tortura. El caso es que, a pesar de ser demasiado tímida para decirle algo, estaba encantada de pasar el tiempo entre toma y toma deleitándome con su presencia, con su cercanía. Era tan guapa en la vida real como en la pantalla; yo diría que incluso más, porque en reposo tenía una expresión un poco triste, como si cierta melancolía empezara a hacer presa en ella, y eso le daba más personalidad a su cara que la que tenía en las fotos. No podía apartar la vista de ella.

Beatrix, en cambio, había encontrado otra manera de entretenerse. Dentro del mercado de la mantequilla, aún se estaban haciendo arreglos de última hora en algunos accesorios y decorados. Sobre todo andaban ocupados en darle los últimos toques al puesto del mercado donde el personaje de Jennifer Jones mantendría enseguida una conversación con su prima en una de las secuencias finales, y Beatrix se las había ingeniado para hacer amistad con uno de los carpinteros. No era un hombre del pueblo; se llamaba Jack, y había venido con el equipo de Londres, donde llevaba varios meses trabajando en los estudios Shepperton. Beatrix le llevaba jarras de cerveza del George and Dragón, y se las repartían apoyándose juntos sobre el mostrador del puesto del mercado y charlando de tonterías en plan coqueto.

Será mejor que resuma lo que se está convirtiendo en una historia muy larga. En cuestión de días, la producción se desplazó de Much Wenlock a Church Stretton, para empezar a rodar en el auténtico paisaje montañoso de Shropshire. Mis vacaciones en casa de Beatrix se terminaron, y cogí un tren de vuelta a casa. Había disfrutado de la experiencia (la había disfrutado más que cualquier otra cosa que me hubiera pasado en los últimos años), pero estaba claro que el mundo del cine era un mundo muy distinto al mío, un mundo al que yo no pertenecía y en el que tampoco me sentía cómoda. Seguía siendo una chica muy reservada y difícil. Haber estado cerca de Jennifer Jones en aquella calle era, evidentemente, algo que ni siquiera habría podido imaginar en mis fantasías más descabelladas, y sabía que nunca lo olvidaría (como así ha sido al final), pero, a pesar de eso, la vida que por lo visto llevaba aquella gente me parecía frágil e irreal. Y aunque todas las personas relacionadas con la película habían sido cariñosas y simpáticas, yo no confundía esas cosas con otras; sabía que cuando se acabara el rodaje, los dos mundos se separarían: la vida (la rutina, la vida de todos los días) regresaría a aquel rincón de Shropshire, y los dioses se irían a otro lugar elegido, dondequiera que su órbita los llevase con ellos, sin arrepentirse en absoluto y sin volver la vista atrás. Ése era el orden natural de las cosas.

Pero para Beatrix era muy distinto. Aquellos acontecimientos la habían trastornado completamente, sin posibilidad de retorno. Las semanas siguientes fue siguiendo al equipo de rodaje a todas partes; primero a las colinas y luego a Shrewsbury, donde montaron un estudio improvisado en un aeródromo que no se

usaba. Si no podía dejar a Thea con su marido, la dejaba con alguna otra persona, o en último caso, se la llevaba con ella. Se convirtió en una mirona y una merodeadora habitual (y apareció en un par de escenas multitudinarias más, creo, aunque nunca he sido capaz de distinguirla). Y pasaba todo el tiempo que podía hablando con Jack.

Supongo que debió de ocurrir algo así. Él le preguntaría algún día si se imaginaba cuánto le pagaban por su trabajo en la película. Ella le diría alguna cifra desorbitada, y él menearía la cabeza, mirándola medio en broma. Luego la llevaría hasta el set de rodaje y le enseñaría su *roulotte*.

Era una vieja caravana de gitanos de verdad, sólida y bien acabada. Él la había estado restaurando y pintando, para convertirla en una alegre orgía de rayas amarillas y azules. La iban a utilizar de fondo en una de las escenas clave del film, después de que se hubiera hecho de noche en la feria de Shropshire County. Y en eso consistía, nada menos, el pago que había conseguido por su trabajo. Cuando se terminara la película, iba a quedarse con la caravana, comprarse un caballo y marcharse por ahí de viaje de exploración. Era un espíritu libre y ya llevaba mucho tiempo trabajando para los demás. Ya era hora de hacer algo por sí mismo.

«¿Dónde te vas a ir?», le preguntaría Beatrix, profundamente impresionada. Y él le contestaría: «A Irlanda». Sí, iba a recorrer Irlanda en una caravana de gitanos. ¿Puede haber algo más absurdamente romántico? Lo único que necesitaba para completar su escapada, si te paras a pensarlo, era algún acompañante, una compañía femenina, claro, alguna chica lo bastante guapa como para que hiciera bonito sentada a su lado en el asiento delantero de aquella caravana y compartiese su sentido de la aventura, su deseo de romper con las trabas del convencionalismo. Hasta ese momento, no había tenido la suerte de encontrar a esa persona. Pero ahora, de repente, sí. Se había acabado la búsqueda.

Déjame que mire el afiche que me mandó mi amiga. Es una buena foto de Jennifer Jones. En esta escena, a su personaje le cuesta mucho resistirse a un intento de seducción especialmente osado por parte del malvado hacendado. El hacendado, interpretado por David Farrar, está de espaldas a la cámara. La única pista sobre su personaje en esta foto nos la dan sus hombros, que son anchos y poderosos. Su posición con respecto a ella es dominante. Ella tiene una cara delicada y vulnerable, y le está suplicando (sin palabras) que no interponga la tentación en su camino de esa manera. Se siente atraída por él, pero a la vez lo rechaza. ¿Por qué? En la película no se acaba de explicar nunca, como no sea dejando claro que él es un malvado. Jack no era un malvado; ni lo más mínimo, que yo sepa. De todas formas, no fue una buena decisión por parte de Beatrix compartir su destino con él y su caravana gitana. Puede que fuera solamente un peso que tenía que quitarse de encima. Aquí se ve casi toda la caravana, detrás de los dos futuros amantes. Me confundí en lo de las rayas azules y amarillas; también las tiene verdes. Tampoco es que importe mucho. Hay dos abrazaderas a cada lado de la puerta de entrada, con unas antorchas que arden muy bien. ¿Te ayuda a entender algo de todo esto, Imogen, que te describa con tanto

detalle cosas que nunca podrás ver? ¿Te ayuda a entender por qué tu abuela dejó a tu abuelo en el otoño de mil novecientos cuarenta y nueve, y se llevó a tu madre con ella, cuando sólo era un bebé, y la paseó por Irlanda en una caravana de gitanos durante más de tres años?

No sé si te ayudará o no. Al fin y al cabo únicamente te puedo contar lo que pasó. Lo que pasó delante de mí, lo que pasó tal como yo lo recuerdo o creo que lo recuerdo. Recuerdo la marcha de Beatrix, de todos modos. Recuerdo que mi madre se enteró porque se lo contó su hermana Ivy por teléfono, y luego me lo contó a mí. Recuerdo que me hizo mucho daño que Beatrix no se molestara en contármelo a mí personalmente. Pero fue una cosa hecha a todo correr. La primera noticia que tuvo Roger, por lo visto, fue cuando un día llegó a casa del trabajo y se encontró con que su mujer y su hija habían desaparecido. Sólo Dios sabe lo que sentiría cuando se dio cuenta de lo que había pasado. A lo mejor, alivio. Desde luego nunca hizo intención de seguirlas. Era libre otra vez, y antes de lo que nunca se habría imaginado. Para un hombre como él, aquello sólo pudo ser una bendición.

Ahora viene una postal, que es la foto número nueve. La única postal que Beatrix me mandó en todos esos años que pasó fuera, en Irlanda.

«Brandon Bay», dice la leyenda con letras mayúsculas escritas a mano, en la esquina inferior izquierda de la tarjeta. Nunca he estado en Brandon Bay, ni siquiera en Irlanda. Está en algún sitio de la península de Dingle, creo. Pero, aun así, conozco bien este paisaje. De hecho ni siquiera me hace falta mirar la postal para describírtelo. En el dormitorio de la casa de mis padres en Bournville, trabajaba en un pequeño pupitre. Era donde me sentaba todas las noches, en los primeros meses de mil novecientos cincuenta, a hacer los deberes y estudiar para sacarme el certificado de estudios. Pinché esta foto en la pared, delante de mí, en una pared que por lo demás estaba llena de horarios de repaso, listas de fechas históricas y citas de Shakespeare y otros autores. Era la única evasión que podía permitirme. A mi madre no le gustaba, porque la postal era de Beatrix, y Beatrix había arruinado su vida y la de su familia (sí, la gente aún pensaba así en aquellos tiempos) abandonando a su marido y fugándose con otro hombre. Pero, de todas maneras, no intentó impedirme que pinchara la postal en la pared. Sabía que, en lo que se refería a Beatrix, mi lealtad era inquebrantable.

Los colores han aguantado estupendamente el último medio siglo. Los verdes y los dorados de las montañas siguen siendo intensos y vividos. El mar es claro (más gris que azul), pero creo que siempre fue así. La fotografía se tomó desde lo alto de un monte desde el que se ve la bahía, en un día de cielo nublado, con una masa de cúmulos. En primer término hay un grupo de rocas que sobresalen de la hierba espesa, y luego esas rocas van menguando y transformándose en un archipiélago de rocas partidas más pequeñas, diseminadas por la ladera de la montaña, como si las hubiera tirado allí un gigante. La pendiente de la montaña hasta la bahía es bastante suave, y se extiende como kilómetro y medio en una mezcla de verdes, marrones y amarillos (todos sin cultivar y bastante inhóspitos, y con algo que parecen las ruinas de un casa de campo en una zona del medio), y después desciende rápidamente hasta el borde del agua. El mar parece tranquilo e inmóvil, y detrás de él asoma como otro hombro de tierra que acaba en punta, en una franja de playa. Una ventana de cielo azul claro, el azul más claro que te puedas imaginar, empieza a abrirse o a cerrarse entre las nubes. En el horizonte se insinúa apenas otra bahía, y más allá, más tierra,

una isla quizás, sólo un tenue esbozo de un bulto oscuro que sale del agua para volver a meterse en ella, como el cuerpo de una ballena o de un enorme monstruo marino.

En el dorso de la postal había unas pocas palabras que también voy a fiar a mi memoria. Eran:

Querida Ros, ¡viva la libertad! ¡El camino abierto y el cielo despejado! Al final he aprendido a vivir. Te quiere, Bea.

Fue el único mensaje que me mandó, y el único contacto que tuve con ella en casi cuatro años. La siguiente vez que la vi yo ya estaba en la universidad.

Ésta me trae muchos recuerdos, la verdad. Foto número diez: una barca en el Serpentine de Hyde Park, y una cara que llevo sin ver muchos, muchos años: la de mi prometido, Maurice. Y sentada a su lado, la mujer a la que se supone que debería describir como el primer y el gran amor de mi vida: Rebecca. Una fotografía única, debo decir, que retrata una tarde muy desagradable y de muy mal agüero.

Yo estudiaba en esa época. Rebecca y yo estudiábamos las dos, aunque ella ya estaba en tercero y yo acababa de empezar la carrera. Estudiábamos en el King's College de Londres, y yo vivía en una residencia de South Kensington, cerca del Albert Hall. Todo muy emocionante para mí, como ya te puedes imaginar, después de casi veinte años en las afueras de Birmingham.

En cuanto a mi compromiso, era algo que había dejado que pasara (no había tomado un papel más activo que ése) justo antes de irme a vivir a Londres. Se llamaba Maurice, como ya he dicho, y nos habíamos conocido en el club de tenis de Bournville y llevábamos «hablándonos» (seguro que esa expresión te parecerá muy curiosa) sólo unas semanas antes de que se me declarara. Fue mi primer novio. Me imagino que en esa época, como no me interesaban mucho los hombres, había supuesto que yo tampoco les interesaría a ellos. Me chocó tanto que alguien si mostrara interés que me sentí absurdamente agradecida. Y esa gratitud era muy fácil de confundir con otra cosa, y durante una temporada creí realmente que me sentía atraída por Maurice. Incluso debí de pensar que estaba enamorada de él. Sin embargo, me alegro de decir que aquella ilusión no duró mucho. Y eso tengo que agradeceréselo a Rebecca.

Era dos años mayor que yo, así que en teoría no había muchos motivos para que coincidiéramos. La primera vez fue en una fiesta que dieron unos amigos comunes. Pero no recuerdo prácticamente nada de esa vez. Sólo una habitación llena de gente joven muy seria (un auténtico mar de jerséis y chaquetas de punto, un mar de lana), y en el medio (o para ser exactos, en los márgenes) alguien que no pegaba ni con cola, alguien que iba demasiado vestida para la ocasión, que se había hecho una idea totalmente equivocada de ella y andaba por allí con un vestido largo sin mangas, arrimándose a algunos grupos, pero demasiado reservada, por lo visto, para integrarse en ninguno. Yo estaba maravillada con lo guapa y atractiva que parecía comparada con aquellos otros amigos míos un tanto sosos. Tenía unos hombros preciosos. Pero

al mismo tiempo, aunque me dé vergüenza decirlo, casi la desprecié por su timidez y decidí no acercarme a ella, a pesar de que estaba convencida de que intentaba llamar mi atención. Así que seguimos en aquella situación bastante ridícula las dos horas siguientes, mirándonos mutuamente de reojo, pero sin que ninguna de las dos fuésemos lo suficientemente valientes o generosas para entablar conversación.

Visto desde ahora, es el tipo de comportamiento que se esperaría de dos posibles amantes. Ni que decir tiene que esa reflexión no me la hice en aquel momento.

Volví a ver muchas veces a Rebecca durante las semanas siguientes, pero normalmente de lejos, o en una sala de conferencias abarrotada o un comedor muy concurrido. Si hubiera tenido la oportunidad de hablar con ella en la primera de aquellas ocasiones y de decirle alguna tontería en plan amistoso, como por ejemplo: «Un poco aburrida la fiesta de la otra noche, ¿no?», nos habiéramos liado mucho antes. Pero era como si algo siempre me lo impidiera, aunque (como me di cuenta poco después) nada me impedía pensar en ella o buscarla en todas partes. Enseguida tuve claro que, en cierto sentido que no podía o no quería describir, estaba obsesionada con ella.

Como se puede ver en esta foto, Rebecca tenía el pelo rubio, y casi le llegaba a los hombros. Era muy alta, y de cutis pálido, un poco pecoso. Normalmente tenía una expresión triste (si la cogías desprevenida, en un momento de intimidad, hasta podías pensar que estaba deprimida), pero también tenía un sentido del humor muy chispeante, casi infantil, y no costaba nada hacerla reír. Cuando se reía, aquellos ojos medio verdes medio azules se le reducían a dos ranuritas y se le abría mucho la boca, dejando ver dos filas perfectas de grandes dientes blancos. No hace falta decir que me parecía increíblemente guapa y que no le encontraba ni un defecto.

Cuando por fin hablé con ella fue un viernes por la tarde. Maurice venía a pasar el fin de semana, y yo salía corriendo de la residencia para encontrarme con él en la estación de Euston. Rebecca estaba de pie, cerca de la entrada, mirando uno de los tablones de anuncios. Yo llegaba tarde y tenía muchísima prisa. Aun así, empujada por una especie de fuerza magnética, me paré, cambié de dirección y me acerqué para ponerme a su lado. Ella estaba leyendo el anuncio de un futuro concierto, y yo fingí que también me interesaba el tema. Me pegué tanto a ella que casi la tocaba con el hombro, lo que hizo que se volviera y me mirara. Puede que fueran imaginaciones mías, pero estoy convencida de que, cuando vio a quién tenía al lado, se le iluminaron los ojos sin querer y esbozó una sonrisa fugaz. Ahora ya era imposible no decirle nada, así que balbuceé algunas palabras. «Parece interesante, ¿no?». Me refería al concierto, a pesar de que apenas me había fijado en el anuncio, y no tenía ni idea del repertorio que iban a tocar. «Sí, creo que me pasaré por allí». Me preguntó si ya tenía la entrada, y cuando le contesté que no, dijo que sacaría dos. Y eso fue todo. Nos había llevado unos diez segundos. Pero cuando me alejé andando y me metí en la calle llena de gente, ya tenía la sensación de que mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados y tomado un rumbo totalmente distinto.

Fue un fin de semana raro, un fin de semana de sentimientos encontrados. La emoción (una emoción completamente irracional, que nunca me permití analizar) ante la idea de pasar una noche con Rebecca, mezclada con la irritación (no se puede decir de otra manera) que me provocaban Maurice y su forma de actuar. En ese momento llevábamos saliendo unos tres meses; y comprometidos, casi la mitad. Evidentemente, cuando se acercaba a verme un fin de semana, se quedaba solo en un hotel y nunca en la habitación de mi residencia. Las visitas nocturnas estaban estrictamente prohibidas por las autoridades universitarias. Una vez le sugerí medio en broma que podía colarlo después de la hora de cierre, a las once de la noche, pero se quedó totalmente pasmado; y después, al reflexionar, me di cuenta de lo que me alegraba de que no me hubiera tomado en serio. Me da vergüenza decirlo, pero era todo un placer (después de haberle dado un beso de despedida en la escalinata de entrada) sentir cómo se cerraba la puerta principal entre nosotros, y subir la escalera sola hasta mi cuarto. Libre, independiente. De todas formas, pasábamos mucho tiempo juntos esos fines de semana, y llegamos a conocer perfectamente las costumbres del otro. Demasiado bien, en realidad. Recuerdo perfectamente una discusión estúpida que tuvimos sobre los modales en la mesa. Yo le reproché hacer demasiado ruido rascando el plato con el cuchillo mientras comía. Me daba muchísimo repelús. Aunque no hace falta decir que lo que me daba auténtico repelús era el hecho de estar sentada cenando con Maurice, cuando tenía la mente puesta en Rebecca. Era una sensación literalmente insoportable. No sé qué me impidió dejarlo allí mismo y en aquel momento. Pero es asombroso lo mucho que se puede negar la evidencia respecto a ciertas cosas.

El concierto era un martes por la noche, y lo daban en la Grosvenor Chapel de South Audley Street. Rebecca y yo quedamos en la entrada del Saint George's Hospital en Hyde Park Corner. Lo primero que me dijo fue que las entradas estaban agotadas y que no había sido capaz de conseguir ninguna. Pero, por lo visto, tampoco tenía que preocuparme, porque conocía a la chica que cortaba las entradas en la puerta (una compañera de estudios), y le había dicho que podíamos pasar las dos sin pagar y escuchar el concierto de pie al fondo.

Era una noche de invierno (creo que te estoy hablando de principios de diciembre de mil novecientos cincuenta y dos), una noche de invierno muy aparatosa y terriblemente fría. Yo llevaba cinco años sin pisar Londres, y la última vez que había ido, me había parecido un sitio muy ruidoso, estresante y desagradable; no tengo ni idea de si lo conocerás bien, claro. Aunque te puedo jurar que era una ciudad muy distinta a principios de los cincuenta. Para empezar, miraras para donde miraras, veías señales del daño producido por la guerra y de los posteriores intentos de reconstrucción. Suena un poco raro, pero para alguien como yo (que siempre he tenido una vena *romántica*) aquello hacía que la ciudad resultara un tanto pintoresca y, bueno..., que pareciera como *encantada* de una extraña manera. Caía una nieve fina que se posaba brevemente en la superficie de las cosas como si espolvorearas

azúcar glas sobre un bizcocho, y eso, claro, aún hacía aquel escenario más mágico. A lo mejor sólo era por mi estado de ánimo. Además todo estaba extraordinariamente tranquilo para aquellas horas de la noche y aquella parte de Mayfair; recuerdo el eco de nuestros pasos en la calle mucho más claramente que lo que nos dijimos. ¿De qué hablaríamos, de todos modos? Supongo que se nos escaparían algunos datos personales: dónde habíamos nacido, qué estudiábamos, cómo eran nuestras familias; cosas bastante banales, pero pronunciadas todas con ese tono trémulo y confidencial típico de los amantes que hablan por primera vez.

Naturalmente, aún no éramos amantes, ni tampoco nos hicimos esa noche. Por lo menos en sentido físico. Sin embargo (aunque no puedo hablar por Rebecca, sobre todo después de tantos años), no me cabe la menor duda de que yo ya estaba profundamente enamorada cuando nos dimos las buenas noches. Me pasé despierta casi toda la noche pensando en el concierto, en cómo nos habíamos quedado juntas al fondo de la iglesia, medio escondidas en plan cómplice, disfrutando de la música, pero al mismo tiempo ausentes (creo que se trataba de una cantata de Bach), rodeadas por el parpadeo de las llamas de las velas, que se reflejaba en sus ojos haciéndolos bailotear, mientras aquel pelo dorado suyo rozaba la incandescencia (o eso me parecía a mí al menos, en aquel estado de éxtasis juvenil). Había pensado que su voz sería un poco melosa, de niña pija, como la de una locutora del BBC Home Service. En cambio tenía un acento del West Country, que alargaba las vocales con un deje irónico. Era práctica y graciosa. Nos habíamos susurrado tonterías, con la boca pegada a la oreja de la otra, mientras el resto del público escuchaba la música en un silencio frío y solemne. Me encogí aún más en el calor de mi cama, las manos entre las rodillas, abrazándome a aquel recuerdo. Y al mismo tiempo no dejaba de rondarme la cabeza una especie de miedo, la conciencia de que me estaban ofreciendo algo peligroso y sin explorar. Pero aparté ese miedo, me negué a asumirlo.

El fin de semana siguiente, había quedado en ir a Birmingham a ver a mis padres y, por supuesto, a pasar un poco más de tiempo con Maurice. No me apetecía nada la idea. Pero fui de todas formas. Una noche (seguramente la del sábado) vino a cenar a casa. En el silencio de la cocina, el chirrido de su cuchillo contra el plato se oía más que nunca. Después nos quedamos de sobremesa con mi madre, y él sacó un folleto satinado y una serie de planos arquitectónicos. Al principio no caí, hasta que me di cuenta de que eran los planos de una casa, de una entre veinte o treinta casas iguales de una urbanización que todavía no había sido edificada. Aquella casa sólo estaba en la primera fase de construcción, ¡pero él ya la había comprado sin consultarme! Recuerdo que me quedé sin habla, y que lloré lágrimas de rabia en la cama esa noche. Pero, aun así, no dije nada. No veía alternativa a Maurice, aunque se me pasaron espontáneamente imágenes de Rebecca por delante toda esa larga noche en vela.

No tengo ni idea de por qué decidí que sería buena idea que Maurice y Rebecca se conocieran. Tenía que saber que se produciría una situación bastante incómoda, y sólo me cabe suponer que debía de haber algún demonio operando en mi

inconsciente, con el propósito oculto de forzar una crisis en una situación que se estaba volviendo intolerable rápidamente. Fue a primeras horas de la tarde de un domingo, hacia finales del trimestre de Navidad, creo. Quedamos para tomar un café en Daquise, un restaurante polaco de South Kensington, y después fuimos paseando hasta Hyde Park.

Fue idea de Maurice, recuerdo, alquilar una barca y remar en el Serpentine. Estaba claro que quería enseñarnos su destreza como remero, no sólo a una, sino a las dos jovencitas. Sin embargo, al final no resultó ser una idea tan caballerosa, porque las que no íbamos remando por poco nos morimos congeladas. Pero su intención era buena, como siempre.

Déjame que mire de cerca la foto. Ya hace cincuenta y tres años, ¡cielo santo! Me pregunto qué habrá sido de Maurice. Era ocho o nueve años mayor que yo, así que en esta foto debía de tener casi treinta. Lleva un abrigo grueso de espiga, y debajo lo que parece un traje de tweed con la chaqueta sin cruzar. Y también la inevitable corbata, y unas gafas redondas de concha, que enmarcan un par de ojos pequeños y brillantes. Tiene el mentón redondeado y un poco saliente. En la cabeza lleva un sombrero tirolés, echado hacia atrás en un ángulo que seguro que le parecía muy estiloso, y que deja ver una «V» de pelo engominado muy negro, con un asomo de entradas. Tengo que intentar no ser injusta con Maurice, porque era una buena persona, y físicamente no estaba mal. Probablemente acabaría siendo un buen marido. De todas formas, poca gente se fijaría en él cuando mirase esta foto. Es Rebecca la que domina la escena, la que llama la atención. En parte se debe a su estatura (como mínimo le saca a él quince centímetros), y en parte al extraordinario rubio de su pelo; esta fotografía está sobreexpuesta, yo creo, o quizás la dejaron al sol; en cualquier caso, se ve que los colores debieron de ser bastante crudos y chillones en su día, como los de las fotos de esa época, pero desde entonces se han desvaído, y ahora el pelo de Rebecca es casi blanco, y casi fosforescente, y desprende luz como esa aureola que rodea las cabezas de los serafines en los cuadros del Renacimiento. Ella lleva un abrigo azul marino. Me acuerdo de ese abrigo; siempre lo llevaba. En esta foto sólo se la ve de cintura para arriba, pero era un abrigo largo, que le llegaba por debajo de la rodilla, y solía ponerse pantalones flojos con él. En general, prefería los pantalones a las faldas. Aquel vestido sin mangas que llevaba la primera vez que la vi en la fiesta no era muy típico de ella. Tenía un talento especial para vestirse como un hombre pero conservando toda su feminidad.

Viendo ese cielo sin nubes, y la manera en que los dos miran a la cámara guiñando un poco los ojos, se nota que era un bonito día de invierno, fresco y soleado. A un espectador neutral que se topara con esta fotografía sin saber nada de las personas retratadas, o de la situación en la que se encontraban, probablemente no le diría nada su forma de sonreír. Los dos dan la impresión de estar pasándose bien. ¡Pero no sabes la tensión y la sensación de incertidumbre que flotaban en el ambiente esa tarde! Visto desde ahora, fue muy cruel por mi parte juntarnos los tres.

Seguramente Maurice fue el que se lo pasó mejor, porque no tenía ni idea, claro, de lo que Rebecca y yo empezábamos a sentir la una por la otra. Iba mucho más allá de lo que alcanzaban su experiencia o su imaginación. Mientras que para la propia Rebecca (me lo contó mucho después) fue una tortura. Sus sentimientos hacia mí estaban en su fase más temprana, tierna y vulnerable, y verse obligada a reprimirlos durante horas de aquella manera, y observar impotente cómo Maurice reclamaba como de costumbre sus derechos sobre mí (cogiéndome del brazo, besándome, y demás), tuvo que ser horrible. Cuando nos despedimos un poco después, cerca del Albert Memorial, se alejó furiosa por Queensgate sin mirar atrás. Recuerdo que me apeteció salir corriendo detrás de ella, y también la mano de Maurice en mi brazo, deteniéndome. Puede que ya se hubiera dado cuenta entonces de que se estaba viendo envuelto en una lucha de poder, aunque no creo que pensara que era una cosa muy seria. Debía de estar convencido de tener todas las probabilidades de ganar, y contar ya con la victoria; o lo que es más, creer de corazón que era suya por derecho divino.

Pero, desgraciadamente, Maurice estaba equivocado.

Dos días después de ese domingo, rompí el compromiso. Me temo que lo hice de una manera bastante cobarde. Por carta. De todos modos, si esperaba evitar un enfrentamiento de esa forma, fui muy ingenua. Maurice vino en tren otra vez dos días después, y se plantó en mi cuarto de la residencia. Debía de haber cogido un tren que salía muy temprano de Birmingham, porque sus golpes en la puerta me despertaron de un sueño profundo. Al principio no le dejé pasar. Al final, en cambio, no me quedó más remedio, porque la humillación de ver los detalles de nuestra relación aireados al otro lado de la puerta, para que los escuchase la residencia entera, era mucho pedir. Cuando la abrí entró en tromba, pálido y febril, con el pelo muy revuelto, como un loco. Pero no se quedó mucho tiempo. Era evidente que tenía muchas cosas que decirme, pero cuando vio que Rebecca estaba echada en mi cama, desnuda, se quedó mirándola un momento sin dar crédito, y luego giró sobre sus talones y se fue. Nunca volvió a dirigirme la palabra después de eso. En realidad fue una manera bastante desagradable de terminar nuestra relación.

En general no me gustan las fotos de ocasiones señaladas. Son aún más engañosas de lo normal. La foto siguiente (la número once de la serie, creo) es un buen ejemplo de eso, porque a pesar de que parece captar una situación con total fidelidad, la verdad es que no da ni una pista sobre lo que se les pasaba por la cabeza a las personas que estaban allí. Se podría decir que hay una interpretación «oficial» de la foto, y escondida detrás, la auténtica versión no oficial. Por un lado, es la fotografía de la ceremonia de licenciatura de Rebecca; y por el otro, es una foto de Rebecca y yo pocas horas después de nuestra primera pelea seria.

Está hecha en el exterior del Albert Hall, donde tuvo lugar la ceremonia, así que no estamos lejos del decorado de la anterior; al revés, nos encontramos muy cerca. Rebecca está de pie entre sus padres, y yo estoy en el lado derecho, junto a su madre, pero un poco apartada del grupo. No recuerdo quién la sacó exactamente (es de suponer que alguna de las compañeras de licenciatura de Rebecca). A mí me habían presentado a los padres de Rebecca como «amiga» suya, y pareció que ellos aceptaban esa definición al pie de la letra. Ella acababa de licenciarse en Historia y estaba a punto de empezar a trabajar como archivera en la oficina del Registro General de Somerset House; habíamos encontrado un piso para las dos en la primera planta de un edificio Victoriano reformado en Putney, mientras yo terminaba de licenciarme; todo aquel apaño debía de resultar totalmente normal y muy apetecible. En aquellos tiempos éramos tan ingenuos (o esa impresión da ahora), y la visión del mundo de los padres de Rebecca era tan perfectamente burguesa, que ni siquiera se les habría ocurrido buscarle otro significado. En cambio, si se hubiesen fijado mejor en la manera que tuvimos de portarnos la una con la otra ese día, seguro que habría surgido alguna sombra de sospecha. Si «solamente» éramos amigas, se habrían preguntado, ¿por qué demonios estábamos las dos tan enfadadas?

Estoy mirando atentamente la foto, para ver si se refleja en nuestras caras algún rastro de ese enfado. Primero Rebecca. Tiene una pinta muy tonta, como todo el mundo el día de su licenciatura, con uno de esos birretes ridículos de los que cuelga una borla, y un gran rollo de pergamino en la mano que no sabe dónde poner. Sonríe muy tímidamente, pero estoy segura de que, más que por culpa del enfado, porque sabía la pinta tan ridícula que tenía. Sus padres están excesivamente radiantes. ¿Será ése el adverbio adecuado? Se dice exceso de luz al hablar de los faros de algunos

coches, ¿no? Bueno, pues en esta foto están «excesivamente» radiantes... Ese día las cosas no podían irles mejor en el mejor de los mundos posibles. Él es anchote, bajo y moreno; ella es alta, rubia y delgada; afortunadamente, Rebecca salió a su madre. Era una pareja que no pegaba nada; la clase de pareja de la que siempre pienso que se van a separar en cuanto los hijos se vayan de casa. Pero no tengo ni idea de si llegaron a separarse o no. Al principio les caí bien, me acogieron como a una amiga de su hija; pero luego, cuando la peculiaridad de nuestra convivencia se fue haciendo más evidente (enseguida entenderás lo que quiero decir con eso), se volvieron cada vez más hostiles conmigo. En realidad el que se volvió cada vez más hostil fue él; no creo que a ella le importara un pimiento lo que pasara mientras su hija fuera feliz. Un punto de vista mucho más maduro, a mi entender. Pero bueno...

En esta fotografía aún llevo el pelo largo. A Rebecca le gustaba así; se había puesto toda furiosa cuando me lo había cortado casi del todo unos meses antes. Está despeinado y revuelto; debimos de salir del piso a todo correr y no me daría tiempo a hacerle nada más que ponerle un par de horquillas. De la chaqueta me acuerdo muy bien; me la había comprado mi madre en el Rackhams de Birmingham antes de que me fuese a Londres, y a las dos nos parecía el último grito. Era verde clara y tenía unas mangas tres-cuartos fruncidas en los hombros. En esta foto la llevo con una falda muy bonita: una falda plisada con bastante vuelo, con el frente liso y un estampado de rosas rojas sobre fondo blanco. El dobladillo me llega justo por debajo de la rodilla. Ah, ¡pero mira lo que se ve debajo de la falda, sobre mi tobillo izquierdo! Tengo una carrera espantosa en la media. Seguramente me la hice con las prisas de aquella mañana. Nunca me habría permitido aparecer en público con semejante carrera si las dos no hubiéramos salido de casa en un tremendo estado de confusión y de nervios.

Bueno, venga, voy a contarte un poco esa pelea. Para ser sincera, hacía un par de días que el ambiente de nuestra casa era bastante tenso (por decirlo suavemente). Quizás debería describirte primero aquel piso. Estaba más o menos amueblado, con unos muebles sencillos, baratos e incómodos. Tenía un dormitorio con una cama de matrimonio, y también una cama plegable de una sola plaza en el cuarto de estar. La dueña del piso suponía, evidentemente, que dormíamos separadas, y nunca vimos la necesidad de desengañarla. Pegada al cuarto de estar había una cocina diminuta, en la que apenas cabíamos las dos juntas. Y a ese cuarto de estar se entraba por un pasillo común; el piso tenía otros dos apartamentos, y todos compartíamos el mismo cuarto de baño y el mismo váter. Era la forma de convivencia perfecta para dos «señoras» que vivían juntas. Si Rebecca y yo hubiésemos podido vivir así (nosotras dos solas, quiero decir), seguro que habríamos estado bastante a gusto. Pero no nos salió bien. De hecho, sólo llegamos a pasar unas tres semanas las dos solas, antes de que se nos uniera alguien más.

No teníamos teléfono. La primera señal que tuve de lo que iba a ocurrir fue cuando sonó el timbre de nuestro piso a altas horas de una noche de verano, dos días

antes de que Rebecca se licenciara. Estábamos en julio del cincuenta y tres, y empezaba a anochecer, así que supongo que serían sobre las nueve. Rebecca bajó a ver quién había en el portal y, cuando volvió arriba, traía a dos personas con ella, dos personas a las que yo no esperaba ver: Beatrix y Thea.

Thea ni siquiera había cumplido cinco años. Una de las cosas que nos quedaron claras enseguida fue que estaba muy cansada, así que hervimos algo de leche y le preparamos una taza de cacao caliente y luego la acostamos en nuestra cama de matrimonio. Mientras hacíamos todas estas cosas, recuerdo que Beatrix se quedó sentada en el sofá con pinta de preocupada, retorciéndose las manos bastante nerviosa.

Por supuesto, yo estaba muy sorprendida de verla, y parecía que a ella le sorprendía que a mí me sorprendiera. Me preguntó si no había recibido su telegrama, y le contesté que no. Entonces se dio cuenta de que se había olvidado de ponerlo. Fue en ese momento cuando pensé que estaba muy alterada. No teníamos alcohol en casa, pero Rebecca bajó y le pidió prestada una botella de coñac a la dueña del piso, con la que a esas alturas todavía nos llevábamos bien. Le servimos a Beatrix una copa bien llena, y creo recordar que, ya puestas, también nosotras nos tomamos una copita. Era una situación inquietante, y teníamos los nervios de punta.

Esa noche no salió a relucir la historia completa; sólo nos enteramos del principio. En cualquier caso, Beatrix y Jack se habían separado; eso no era muy difícil de adivinar. Se había terminado la aventura, las llamas de la pasión se habían consumido, y la caravana gitana (que ahora era una sombra podrida y destartada de lo que había sido) se la habían vendido a un chatarrero de Dublín. La verdad es que le sacaron bastante partido: una escapada romántica que consiguieron prolongar tres años, durante la que Beatrix me escribió tan sólo una vez (la postal que ya te he descrito antes). Dada esta falta de contacto, los sentimientos que tuve al volver a verla así tan de repente eran bastante confusos, como mínimo. Ella y Thea llevaban en Londres unos días, dijo, pero se habían quedado en un hotel. Ese mismo día había llamado antes por teléfono a mis padres, y ellos le habían dado mi nueva dirección. Desde que había vuelto de Irlanda, no se había pasado por Warden Farm ni había intentado ponerse en contacto con los suyos.

Les dejamos mi cama a Beatrix y a su hija, y nos las apañamos como pudimos para dormir las dos en el cuarto de estar. Creo que yo dormí en el suelo, si mal no recuerdo. Ninguna durmió muy bien esa noche, eso seguro.

Rebecca salió a la mañana siguiente. Sus padres venían a Londres en tren; fue a buscarlos a la estación y luego pasó el día con ellos, llevándolos a Lyons Corner House, la National Gallery, y esa clase de sitios. De noche la invitaron a cenar fuera, así que pude pasar el día entero a solas con Beatrix y con Thea. En un determinado momento fuimos a pasear a Bishop's Park, cruzando Putney Bridge. Cogimos el camino del río que lleva al parque infantil, y fue allí donde (mientras Thea se distraía un rato con los columpios y los toboganes). Beatrix me habló de su último dilema.

Había un hombre nuevo, claro. «Rosamond», me confesó, «estoy enamorada». «Enhorabuena», le contesté. Pensé contarle que yo también, pero decidí que no. «Se llama Charles», me dijo. «Es de Canadá. Vive en Vancouver». Enseguida me di cuenta de que aquella situación traería cola. No me sorprendió nada cuando me contó su intención de irse con él a Vancouver en cuanto pudiera. «Me voy mañana por la noche», dijo. «He sacado un billete de avión a Toronto». Aquello era bastante increíble. Date cuenta de que en esa época casi nadie viajaba en avión; los vuelos transatlánticos no eran tan corrientes como ahora, y además salían tremendamente caros. Nunca supe (ni pregunté) de dónde había sacado el dinero para pagarse aquel viaje. De todas maneras, me llamaba más la atención que hubiera hablado en primera persona del singular. «*Me voy mañana por la noche*», había dicho. No «*nos vamos*». «¿Y qué vas a hacer con Thea?», le pregunté. Y ella me contestó: «Ya. Es un problema».

Afortunadamente, sin embargo, había pensado en un modo de resolver aquella dificultad; y ahí, como es de suponer, era donde entraba yo. Se había metido en un lío más gordo de lo que yo esperaba, porque tras conocer a aquel hombre en Dublín, enamorarse de él, irse con él a la cama y Dios sabe qué más..., bueno, pues a pesar de todo eso se había *olvidado* de informarle de que tenía una hija de cuatro años. «¿Pero quién ha cuidado de ella mientras pasaban todas esas cosas?», le pregunté. Me contó que Jack se había estado ocupando de Thea; cosa que, tengo que decir, era todo un detalle por su parte, dadas las circunstancias. Jack, me insistió, adoraba a Thea; era como un padre para ella. Por lo visto, durante las últimas semanas, se había pasado las tardes cuidando de Thea en la pequeña pensión que había sido su hogar provisional, felizmente convencido de que Beatrix estaba trabajando mucho, sirviendo mesas en el Castle Hotel, cuando en realidad estaba de juerga, besuqueándose con aquel hombre de negocios canadiense que había conocido durante su segunda noche allí. Ya te puedes imaginar que, cuando se descubrió el pastel, tuvieron una bronca monumental y ahí se acabó la cosa. Fin de la historia. Se habían separado con tanto resentimiento de por medio que no tenía sentido seguir manteniendo ningún contacto; y Thea, de paso, había perdido una valiosa figura paterna, aunque parecía que eso no le importaba a nadie. Mientras tanto, Charles había vuelto a Vancouver, y ahora seguirlo y asegurarse un lugar en su corazón se había convertido para Beatrix en la misión de su vida.

«*Tengo que estar con ese hombre*», insistía. «Lo es todo para mí. Ahora que nos hemos conocido, no puedo imaginarme la vida sin él». Parecía muy convencida de que podía hacer que él sintiera lo mismo por ella, sólo con que se dieran las circunstancias adecuadas para que pasaran un poco más de tiempo juntos. «Nos separamos de mala manera», me confesó. «Se dio cuenta de que no era sincera con él, de que me estaba reservando algo. Pero ya he tenido tiempo de darle vueltas a la situación, y veo que la he llevado muy mal, y ahora sé perfectamente qué hacer. Si me acerco hasta allí y le cuento lo de Thea, estoy segura de que todo irá bien. No me

queda más remedio que ser sincera». Abrí la boca para hablar, pero no me dejó. «Ya sé lo que vas a decirme», exclamó. «Que habría sido mucho más fácil hacerlo en Dublín». Aunque eso no era lo que yo iba a decirle precisamente. Había estado a punto de sugerirle que, llegados a ese punto, ahora que ya lo tenía en el bote, por decirlo así, llamarle por teléfono podía ser una manera más rápida y más barata de resolver el problema. Pero era evidente que sería gastar saliva en balde. Beatrix estaba plenamente convencida de que debía hacer todo un trabajo de persuasión, y de que se vería obligada a emplear (entre otros métodos) algunos que no eran puramente verbales. Estaba muy claro lo que tenía en mente. Tan claro como que Thea tendría que quedarse en Inglaterra de momento, y que alguien, alguna amiga de confianza, tendría que cuidar de ella.

«A lo mejor Thea podría quedarse con su padre», me atreví a decir, pero rechazó mi sugerencia tajantemente. A Roger no le apetecía nada, por lo visto, emprender una nueva vida (y formar una nueva familia) con la reina del carnaval de Much Wenlock de mil novecientos cuarenta y nueve. Así que sólo había una solución. «¿Quieres que Thea se quede con nosotras?», le pregunté. «¿Aquí, en esta casa?». «Ay, Ros, eso sería *maravilloso*», suspiró Beatrix. «Eso sería lo más maravilloso que haya hecho nunca nadie por mí». Respiré hondo antes de hacer la pregunta crucial: «¿Por cuánto tiempo?». Beatrix ladeó un poco la cabeza y puso morritos; dudó un buen rato antes de responder, y mientras lo hacía me miró con cierta timidez (o más bien astucia) por el rabillo del ojo, como si supiera perfectamente que lo que estaba a punto de contestarme era realmente escandaloso. «Rosamond, cielo», dijo al final, «ya sé que es un favor tremendo, un favor enorme, pero...» (me quedé esperando, como hipnotizada), «¿podríais quedaros con ella dos semanas? ¿O quizás tres?».

De hecho, conociendo a Beatrix como la conocía, aquella petición no me pareció demasiado escandalosa. Me esperaba algo mucho peor. Supongo que eso precisamente era parte de su talento. De todos modos, cuando me volví para mirar a Thea, tirándose por un tobogán diminuto y luego corriendo hasta la escalera para volver a tirarse, con un ritmo como de robot y con aquella cara de concentración, se me encogió el corazón. Cualquiera habría dicho que era imposible no querer a aquella niña. Claro que podría cuidarla esas semanas, o incluso más tiempo. Le agarré fuerte una mano a Beatrix, y le prometí que, si Rebecca estaba de acuerdo conmigo, podía contar con nosotras para cuidar de su hija.

De si Rebecca *iba* a estar de acuerdo, no tenía ni idea.

Desde luego, no tuve que esperar mucho para averiguarlo. Esa noche volvió de cenar relativamente temprano, sobre las diez. Beatrix y Thea ya se habían acostado. Le puse a Rebecca uno de aquellos coñacs que cada vez nos gustaban más, y le conté lo que me había pedido Beatrix.

Se quedó mirándome en silencio un momento, y luego me preguntó: «No le habrás dicho que sí, ¿verdad?». «Pues claro que no», le contesté. «Le he dicho que sí, pero si tú estabas de acuerdo». «Pues no lo estoy», me dijo en plan tajante, y después

se terminó su coñac y se metió en el cuarto de baño, toda enfadada.

Cuando volvió, intenté razonar con ella. Le recalqué que sólo serían unas semanas, y que Beatrix no sólo era mi prima, sino mi amiga más antigua. Pero no sirvió de nada. «Olvídate», me dijo, «las quiero a las dos fuera de este piso mañana por la mañana». Aún nos dijimos unas cuantas cosas más (cosas bastante duras), y el resultado fue que Rebecca acabó pasando aquella noche sola en el cuarto de estar, mientras que yo me retiré al dormitorio, que tenía la luz apagada, y me senté en la cama de matrimonio, llorando. Beatrix alargó una mano a oscuras y la posó en mi pierna. Thea seguía dormida.

«Pobrecita», murmuró Beatrix, tratando de consolarme. «Te he metido en problemas con tu amiga, ¿verdad?». Asentí y me desnudé, quedándome en ropa interior, y luego me metí en la cama por el otro lado, de modo que Thea quedó en medio, durmiendo. Beatrix alargó el brazo, y nos cogimos de la mano por encima del cuerpecito de la niña. Recuerdo que suspiraba y se revolvía un poco en sueños. Al cabo de un rato Beatrix se sorbió los mocos (creo que también había estado llorando) y dijo: «Soy una auténtica lata, ¿verdad? Debes de estar furiosa conmigo, por haberme presentado así de golpe». «No me importa», le dije; y era verdad.

Bueno, tampoco es que pretenda recordar perfectamente toda nuestra conversación. De todas formas, me imagino que pasamos la mayor parte de las horas siguientes en silencio, totalmente despiertas pero sin dirigirnos la palabra. Me acuerdo de que Beatrix me dijo una cosa en un determinado momento, sobre lo amigas que parecíamos Rebecca y yo; «casi», añadió en plan indirecta, «casi como si fuerais *más* que amigas». No le contesté, pero se me aceleró un poco el corazón cuando siguió hablando, en un tono aún más exagerado de falsa inocencia: «Seguro que tus padres estarían *tremendamente* encantados de saber que tienes a alguien así en tu vida. Alguien con quien puedes compartirlo absolutamente todo». Me pregunté cómo debía interpretar aquellas palabras, además del brillo que pude ver en los ojos de Beatrix cuando miré hacia ella en la penumbra. Ella me devolvió la mirada y volvió a cogerme de la mano y a apretármela; y entonces, mirando al techo, donde las sombras del olmo del jardín bailoteaban formando dibujos borrosos a la luz de la luna, me dijo: «¿Te acuerdas de...?». No hizo falta que siguiese. Lo hice yo por ella. «¿De aquella noche en Shropshire?», le respondí medio en sueños. «Cuando intentamos escaparnos las dos». «Ya hace tanto tiempo», añadió ella, musitando las palabras más que nada. «Han pasado tantas cosas desde entonces. Y sin embargo...». De nuevo sabía lo que iba a decir. «Sí», le contesté. «A veces parece que fue ayer». Es más, de repente me daba la sensación de que aquella noche, aquella aventura terrorífica y maravillosa, no pertenecía en absoluto al pasado; me parecía estar reviviéndola en ese mismo momento. Beatrix y yo no estábamos acostadas juntas en la cama, sino bajo las ramas de los árboles que sobresalían al borde de los campos del tío Owen; la figura inmóvil que estaba entre nosotras no era Thea, sino mi perrito Shadow, acurrucado contra mi pecho. Beatrix me pasó el brazo por detrás del cuello,

y yo me apreté contra ella, y así nos quedamos, boca arriba, mirando las estrellas. Una lechuza ululaba, chillando en plena noche, muy cerca de nosotras. Los árboles susurraban, la maleza bullía de indicios de una vida sutil y misteriosa. Podía sentir el calor del cuerpo de Beatrix, el latido de su sangre en el brazo que tenía detrás de mi cabeza. Sus sensaciones eran las mías. La luna siguió elevándose y, agitándose un poco, la lechuza alzó de repente un vuelo rasante por debajo de las ramas de los árboles... A pesar del frío, era feliz.

Cuando me desperté, Beatrix ya no estaba conmigo. Me incorporé y miré alrededor, con el corazón latiéndome a toda velocidad. Luego la oí al lado, en el cuarto de estar, hablando con Rebecca. Ya era de mañana. Salí rápidamente de la cama y me enfundé en la bata.

—Ya sé que es tu gran día —le dije a Rebecca— y tenemos que arreglarnos y todo eso. Pero sólo quería decirte que he decidido una cosa. Thea se queda con nosotras unas semanas.

Rebecca se quedó mirándome con los labios muy apretados. Beatrix me rodeó con los brazos y me dio un beso de agradecimiento. Thea, que estaba echada en el suelo, en pijama, coloreando las casillas de un crucigrama del periódico con un lapicero rojo, no levantó la vista. No se habló más del tema.

Al final, a Rebecca se le pasó rápido el enfado. En aquella época me quería demasiado para seguir enfadada conmigo mucho tiempo. «Seguro que todo irá bien», me reconoció aquella noche, mientras Thea estaba sentada ella sola a la mesita del cuarto de estar, metiendo palitos de pan en el huevo que le habíamos pasado por agua. Beatrix ya se había despedido y había salido para el aeropuerto de Londres. «Hasta será divertido tenerla con nosotras dos o tres semanas. La podemos llevar a la playa y todas esas cosas». Yo me sonreí, feliz. Todo iba a ir bien.

Sin embargo, a Beatrix le llevó más de lo esperado conseguir su objetivo en Vancouver. No regresó hasta que pasaron más de dos años.

—Vaya —dijo Gill, mirando su reloj—. Será mejor que lo dejemos aquí.

Ya eran las seis y media. Fuera era de noche desde hacía un par de horas. Había empezado el tráfico de la hora punta, que ya había alcanzado el máximo de saturación, para comenzar de nuevo a remitir (todo esto sin que las tres mujeres se dieran cuenta, allí arriba en el piso de Catharine). Gill y Catharine seguían sentadas en el viejo sofá desfondado; Elizabeth había renunciado a la silla giratoria y estaba sentada en el suelo, entre las dos, con la espalda contra el sofá y la cabeza apoyada en las rodillas de su hermana. Catharine apuntó al equipo estéreo con el mando a distancia y la cinta saltó. Durante un rato no dijeron nada, sumidas las tres en una meditación silenciosa, mientras los ruidos del mundo exterior iban penetrando de nuevo en su conciencia y se quedaban allí, apartando las imágenes espectrales que la narración de Rosamond había conjurado.

—¿Tú sabías todas estas cosas, mamá? —preguntó Catharine por fin—. ¿Te había contado algo antes la tía Rosamond?

—No —respondió Gill—. No, no sabía nada de nada.

—Pero estas fotos sí las habías visto, ¿no?

—Algunas. —Gill estaba pensando que, en cuanto volviera a casa, iba a tener que sacar todos los álbumes de fotos de Rosamond del desván, donde Stephen ya los había guardado, y mirar más atentamente las fotos que contenían.

—Me encantaría ir a Warden Farm —dijo Elizabeth, en plan soñador—. ¿Cómo era?

—Exactamente como lo describe —dijo Gill, poniéndose de pie y estirándose—. Siempre pasábamos la Nochebuena allí cuando era pequeña. Creo que una vez hasta fue la tía Rosamond, y Thea con ella. —Frunció el ceño, esforzándose por recuperar aquel recuerdo tan lejano—. No estoy segura, pero un año *había* una niña mayor allí, aunque no sabíamos muy bien quién era. Debía de tener diecisiete o dieciocho años. Sí, supongo que *sería* Thea.

—¿Podemos ir hasta allí? —preguntó Elizabeth—. La próxima vez que vayamos a verte, ¿podemos ir juntas en coche?

Gill cogió su bolso y hurgó en su interior, buscando la barra de labios.

—No tendría mucho sentido. Ivy y Owen se la cedieron a uno de sus hijos (a Raymond, creo) y la granja no fue bien. Así que la vendió, y la última vez que estuve

allí estaba toda vacía y con los postigos atrancados. Me parece que al final alguien la compró, y le puso una piscina y todas esas cosas. O sea que nunca volverá a ser igual.

Cogieron un taxi de Primrose a Marylebone. Las dos hermanas se sentaron en los asientos abatibles, de espaldas al conductor y con Gill enfrente, encajonada en el otro lado entre estuches de instrumentos, un pequeño amplificador, una bolsa de lona del tamaño de una cesta de gato llena de cordones y cables, y otra bolsa de viaje más pequeña que contenía un aparato eléctrico que, hasta el momento, no había sido capaz de identificar. La luz brillante y fugaz de color ámbar de las farolas destellaba intermitentemente en su cara mientras intentaba ponerse cómoda.

—¿De verdad te hace falta todo esto? —le preguntó a Catharine—. Creía que sólo ibas a tocar la flauta.

—Ah, pero es que todavía no has oído lo que hace con su chisme mágico —dijo Elizabeth, inflada de orgullo fraterno—. Ya verás. Te va a parecer que son doce en vez de una.

Sin acabar de entender aquel comentario, Gill se recostó en el asiento y se puso a mirar por la ventanilla, envolviéndose en su gabardina porque empezaba a sentir escalofríos; si de expectación o de frío, no lo sabía muy bien. Estaba nerviosa por Catharine, a pesar de que ya la había visto actuar en público muchas otras veces; pero al mismo tiempo aquel pequeño concierto, que podía haberle parecido una ocasión señalada unas horas antes, había comenzado a perder importancia desde que habían puesto aquellas cintas. Estaba segura de que Elizabeth, e incluso Catharine, tenían la misma sensación: que aquel recital (en un principio la razón fundamental por la que se había acercado hasta Londres) se había convertido en poco más que un interludio, una interrupción frustrante en el progreso del relato de la tía Rosamond, una incursión no deseada en el presente, cuando de repente estaban todas tan interesadas en el pasado, en la revelación gradual de la historia oculta e insospechada de su familia.

Mientras seguían en aquel taxi camino de Cavendish Square, empezó a formarse una niebla heladora, que le daba a Londres (o por lo menos a aquella esquina de Londres tan próspera y tranquila) un aire fantasmagórico y poco familiar. Los grandiosos perfiles de los bonitos edificios antiguos se disolvían en sombras moradas e inescrutables. Retazos de niebla se desenrollaban a la luz de las farolas, situadas a intervalos plateados a lo largo de toda Wimpole Street. A pesar de que, cuando se bajaron del taxi, vieron que ya se había formado un reguero de gente a la entrada de la iglesia, no había apenas coches delante; parecía que la mayor parte del público acudiría a pie. Venían en grupos de cuatro o cinco, ciñéndose los abrigos para protegerse del frío. Catharine reconoció algunas de las caras; intercambió saludos y abrazos mientras su madre y su hermana descargaban sus trastos y pagaban al taxista.

Gill esperó fuera mientras sus hijas los llevaban entre bastidores; luego ella y Elizabeth entraron juntas en la iglesia y recorrieron el pasillo hasta un banco vacío. Se daba cuenta de que cada vez estaba más desorientada, se sentía como apartada de

su entorno. Las sombras del pasado y los recuerdos continuaban cerniéndose sobre ella. Aquella iglesia... Una iglesia en una noche de invierno, en el West End de Londres, que le servía de decorado a un concierto... Probablemente no sería la misma, se imaginaba, en la que Rosamond y Rebecca habían asistido a su primer concierto juntas (ésta estaba en Mayfair, ¿no?); sin embargo, la coincidencia (si se podía llamarla así) hacía que se le pusiera el vello de punta. Miró a su alrededor, contemplando los colores cálidos y apagados, la luz de las velas que relucía en la barandilla dorada del presbiterio y aportaba incluso a las figuras de las vidrieras una especie de vida ilusoria y parpadeante, y sintió que el ambiente estaba cargado en parte con la misma magia y el mismo encanto de aquella noche de hacía más de medio siglo, en la que aquellas dos mujeres se habían atrevido a intuir por primera vez los sentimientos que albergaban la una hacia la otra.

Cuando Catharine comenzó a tocar, esa sensación aún fue mayor. Era la tercera de un programa en el que figuraban cinco músicos de su academia, enfrentados todos a un público de amigos, colegas y familiares. Primero vino la pianista, que había elegido una pieza larga, soñadora e inesperadamente melódica de John Cage. Le siguió un solo tremendamente modernista de violonchelo. Luego hicieron falta unos minutos, y la ayuda de dos ingenieros de sonido (que subieron la potencia de los amplificadores y ajustaron la altura del micrófono), antes de que Catharine estuviera preparada. El público, que había rebullido un poco en señal de descontento mientras se ajustaba todo el equipo, se quedó callado. En el silencio casi absoluto que siguió, se podía oír perfectamente el siseo del amplificador de Catharine.

Tras una pausa, y frunciendo el ceño de pura concentración, Catharine hizo sonar una sola nota larga y lenta en su flauta. Luego la dejó flotar en el aire hasta que se desvaneció del todo.

Después tocó otra nota larga (una tercera menor por encima de la tónica) y prosiguió, tras una pausa de unos segundos, con una sencilla frase de tres notas en una clave aparentemente inconexa.

Acto seguido, pisó el pedal y, de repente, como por arte de magia, las dos notas y la frase que ya había tocado se repitieron varias veces. Volvió a pisar y las notas comenzaron a florecer y a multiplicarse. Empezaron a formarse acordes, y se crearon bucles de sonido, ahora en sintonía, ahora desfasados entre ellos, hasta que pareció que el aire se llenaba de todo un conjunto de flautas, sobre cuya misteriosa armonía Catharine se puso a improvisar tenues líneas melódicas provisionales y fragmentarias. La música resultaba infinitamente triste y espeluznante, como si estuviera colándose en la iglesia no sólo desde un lugar remoto y desconocido, sino desde un pasado lejano. Como ya le había sucedido más veces esa noche, a Gill se le puso la carne de gallina y sintió que se estremecía. Había oído tocar a Catharine la obra de otros compositores con relativa frecuencia. Pero era el doble de emocionante, y diez veces más raro, saber que los sonidos que podía escuchar ahora provenían de la imaginación de su propia hija, de alguien a quien ella había traído al mundo en su día.

Y en ese momento supo que nunca habían estado más cerca la una de la otra: Gill sabía exactamente lo que Catharine estaba pensando, las imágenes que se le estaban pasando por la cabeza, con cada una de aquellas notas tan alargadas y elocuentes. La música que estaba tocando no era nada abstracta. Era una banda sonora, la banda sonora de una historia que habían escuchado juntas, tan sólo unas horas antes, sobre dos niñas que se habían escapado de su casa de Shropshire una noche de invierno en tiempos de guerra. Catharine estaba pensando en el sendero oculto que llevaba hasta la *roulotte*, en el susurro de las hojas mientras Beatrix se llevaba a su confiada prima al bosque, en la escuálida y lúgubre silueta de Warden Farm recortándose en negro contra el claro de luna. Aquellas imágenes, aquellas viejas imágenes deshilvanadas, se iban entretejiendo de alguna manera en la trama de su música. Gill no podría haber estado más convencida, ni siquiera si su hija hubiese intentado describir la escena con palabras.

Le echó una mirada a Elizabeth, y comprobó que estaba sintiendo lo mismo. Y cuando terminó la improvisación, tras siete u ocho minutos de embrujo, al principio no se unieron a los fuertes aplausos del público, sino que se miraron la una a la otra; y Elizabeth vio que, a pesar de que su madre estaba sonriendo, orgullosa y contenta, casi embriagada de admiración, sus ojos también brillaban empañados.

Luego, junto con muchos de los amigos de Catharine, se acercaron a un pub de Wigmore Place y esperaron a que llegara. Había más de doce personas apretujadas en torno a la mesa, incluyendo a Daniel, aquel novio que por algún extraño motivo parecía de poca confianza (y que había llegado tarde al concierto), y la pianista pelirroja, pálida, bastante guapa y con cierto aire de desamparo, que había tocado la pieza de John Cage.

—Ha sido *increíble* —le dijo Gill a su hija, levantándose de golpe y abrazándola, en cuanto entró en el pub. Daniel fue a buscarle una copa rápidamente, y Catharine se hizo un hueco en la esquina de la mesa, mientras todos a coro la saludaban y la felicitaban.

—Ese aparatejo tuyo... —dijo Daniel, cuando regresó con una jarra de Guinness —, estuve tratando de imaginarme cómo funciona. ¿Tiene un pequeño disco duro o algo así?

—Secreto profesional —dijo Catharine, echándole una sonrisa coqueta.

—Ya, pero supongo que todo lo que tocas ahí (dentro de ciertos parámetros) se graba instantáneamente, y luego te lo repite, ¿no?

El funcionamiento del aparato no era lo que le interesaba a Gill, así que dejó que la conversación prosiguiera sin escuchar demasiado atentamente. Enseguida degeneró en detalles técnicos insignificantes e incomprensibles. Elizabeth estaba mirando su reloj.

—¿Estás cansada? —preguntó Gill.

—No. Pero me preguntaba cuándo podríamos escaparnos... Me muero por escuchar el resto de esas cintas.

—Ah. —Gill se quedó sorprendida—. Creía que íbamos a escucharlas mañana por la mañana.

—¿Qué? —dijo Elizabeth volviéndose hacia ella—. Estás de broma, ¿no? Nos volvemos a casa de Catharine ahora mismo.

Gill miró en dirección a su otra hija, que seguía inmersa en una conversación aún más especializada con Daniel.

—¿Estás segura de que estamos invitadas? —preguntó, señalándolos con la cabeza en plan cómplice.

—Buena pregunta... —Elizabeth dudó, pero sólo un poco—. Voy a hablar un momento con ella. No te preocupes.

De todas formas, resultó que Daniel debía levantarse temprano para un seminario a la mañana siguiente, y no tenía previsto acompañar a Catharine a su casa. Así que parecía que no había impedimentos para que regresaran a Primrose Hill esa noche y continuaran con la historia de Rosamond hasta el final. A Gill le preocupaba que eso significase que no se acostaría hasta muy tarde, y se preguntaba si se encontraría con las puertas del hotel cerradas; pero sus hijas le dijeron que no se apurara.

—Tienen un portero de guardia las veinticuatro horas para esas cosas —dijo Elizabeth muy convencida.

Se fueron justo antes de que se anunciara el cierre del pub. Daniel se levantó para darle un beso de despedida a Catharine: un beso tan ostentoso y reverente que Gill (reprochándose al mismo tiempo su escepticismo) se preguntó si no trataría de compensarla por algo. También le chocaba que no hubiera felicitado a Catharine por el concierto, y sólo se hubiera interesado por el funcionamiento de su aparato de resonancia o lo que fuera aquello. Pensamiento que habría desechado por irrelevante, seguramente, si no llega a ser porque (cuando seguía a sus hijas hacia la puerta) se fijó en que Daniel se colocaba al lado de la pianista pelirroja, y oyó sin querer las primeras palabras que le dirigió. Que fueron algo así como: «Ha sido una de las cosas más bonitas que he escuchado en mi vida».

Las once y media. Están de vuelta en el piso de Catharine, en lo más alto de ese edificio austero y elevado; los ruidos del Londres nocturno olvidados de nuevo, muy por debajo de ellas. Esta vez con una botella de vino tinto abierta, para afrontar con más fuerzas los sustos que les puedan dar las últimas cintas. Algo de pan, queso y uvas, dispuestos sobre una tabla de cocina en el suelo, con cuchillos y platos; pero parece que a ninguna le apetece nada. El sonido del plátano otra vez, cuando roza contra el cristal de la ventana. La lámpara de arriba apagada, de forma que la única luz del cuarto proviene de la estufa de gas con carbones de imitación, cuyo fuego está bastante bajo pero bailoteando alegremente en la chimenea. Y además, el resplandor azul turquesa de la ventanita fosforescente del equipo estéreo de Catharine. Arrodillada ante él, saca la última cinta a ver si hace falta darle la vuelta y comprueba

que aún le queda la mitad de esa cara, así que la vuelve a meter en el aparato. Se acerca gateando hasta el fuego y se sienta delante con las piernas cruzadas; comprueba si su madre y su hermana están listas para empezar a escucharla, y aprieta el botón del mando a distancia.

Una vez más, oyen el comienzo del siseo y el ruido de ambiente que les indican que se encuentran de nuevo en Shropshire, de nuevo en el chalé de Rosamond, de nuevo en ese cuarto de estar con ella ahí sentada, rodeada de fantasmas y fotografías. Una tos preliminar, el carraspeo de una mujer anciana y delicada, y la narración vuelve a fluir.

Número doce. Ah, esta foto, Imogen, seguramente es mi favorita de todas. Los recuerdos que me trae son especialmente felices. Casi dolorosos por eso mismo. Espero poder describírtela con calma, con cierta objetividad. No me había parado a mirar esta fotografía (o más bien no me había atrevido a mirarla) en muchos años. Déjame que la examine un momento a fondo, y que organice mis pensamientos y mis sensaciones.

Vale. Para empezar, un lago. Un cielo azul claro, sin una sola nube. De un intenso azul cerúleo en la parte superior de la foto, que se va haciendo más claro hasta que se vuelve casi blanco donde roza la cima de las montañas. Porque hay montañas en el horizonte; dos picos gemelos, uno a cada lado de la foto, con una larga cresta que los une y que se curva suavemente en el medio. Ese día no había nieve en los picos, aunque seguro que sí en invierno. Al pie de las montañas empieza una tierra de pastos, que desciende formando pliegues verdes y ondulados hacia la orilla más lejana del lago, salpicados en algunos sitios de manchas de bosquecillos de pinos; y casi escondido en un valle se ve un pueblecito, con la aguja de la iglesia sobresaliendo orgullosa de un amasijo de casitas blancas y tejados rojos. Ese pueblo, a no ser que esté muy equivocada, debe de ser Murol. Porque estamos en la región de la Auvernia de Francia, en pleno verano: un día largo, tranquilo y perfecto del verano de mil novecientos cincuenta y cinco.

Contemplamos el lago Chambón, que se encuentra al sur de esa región. El lago está totalmente en calma, y refleja el perfil de las montañas con una simetría exacta y estática; así que si te quedas mirando mucho tiempo la foto, casi empieza a parecerte un estudio abstracto de geometría. Los árboles bordean la orilla lejana del lago, y en el primer plano de la foto, ocupando la mayor parte de la esquina superior derecha, se ven las ramas retorcidas y entrelazadas de un castaño. Ese árbol se cierne sobre una pequeña playa de guijarros, al fondo de la cual, de pie en el agua, hay dos siluetas de espaldas a la cámara: una niña de unos seis o siete años, con el pelo rubio, un poco acastañado, recogido en dos coletas, que lleva un bañador de rayas verticales rosas y blancas; y a su lado, una chica de unos veinticinco, que lleva otro liso azul marino, y una faldita blanca plisada sobre él (una falda de tenis, muy probablemente). La chica tiene el pelo rubio (un rubio muy claro, casi blanco), y la melena le llega casi hasta los hombros. También tiene los hombros anchos y un aspecto atlético, pero a la vez es

delgada y elegante, y los brazos y las piernas son largos y estilizados. Está un poco inclinada, ayudando a la niña en algo; no se ve muy bien qué, pero imagino que intenta enseñarle a hacer rebotar piedras en el agua. Las dos se encuentran a pocos metros del lago. La chica es Rebecca, claro, y la niña Thea. Yo fui la que saqué la foto, y cuando la saqué estaba echada en un prado que quedaba sobre la playa, rodeada de hierbas altas y flores silvestres. Se ven unos cuantos tallos de hierba y los pétalos de lo que me parece una saxífraga amarilla en el primer plano de la foto, borrosos y desenfocados.

Debería contarte por qué estábamos pasando nuestras vacaciones en la Auvernia. A lo mejor la explicación te parecerá bastante frívola; espero que no. La cosa empezó así. Una noche en el piso de Putney, después de que Thea se hubiera quedado dormida (habíamos comprado un pequeño catre para que pudiera dormir en nuestro dormitorio), Rebecca y yo estábamos en el cuarto de al lado, oyendo la radio. Teníamos puesto el Tercer Programa, y estaban radiando un concierto que incluía entre otras obras una selección de los famosos arreglos de Canteloube de los *Cantos de la Auvernia*. Recuerdo, Imogen (y espero que no te choque), que durante la emisión nos pusimos muy cariñosas... De hecho, creo que nunca hicimos el amor con tanta ternura y tanta... pasión como esa noche. Fue... Bueno, seguro que los detalles no te interesan nada. A partir de ahí, para las dos, esas canciones quedaron asociadas para siempre con aquella situación, y no sólo eso: de alguna manera se convirtieron en..., ¿cuál sería la palabra?, ¿símbolos?, ¿o más bien *tótems*?, sí, en *tótems*, creo, de nuestro amor. Había una canción en especial, una de las más famosas («Bailero» se titula, una canción de amor muy bonita, muy lenta y muy triste), que empieza con la madera de la orquesta esbozando unas frases muy lastimeras, mientras los violines tocan unos preciosos acordes largos y esplendorosos, y entonces la voz de la soprano entra de una forma totalmente inesperada, muy dramática, entonando esa melodía extraordinariamente *melancólica*... Pero, bueno, da igual, no se puede describir la música con palabras; quizás lo mejor sería poner sencillamente esa canción en el tocadiscos cuando haya terminado de describirte esta foto, para que tú puedas escucharla también. Ya lo haré, si me acuerdo.

Los elepés eran un invento bastante reciente en aquellos tiempos. Ni siquiera recuerdo si nuestro gramófono podía reproducirlos. La mayoría de la música se vendía aún en discos de setenta y ocho revoluciones, y estoy segura de que Rebecca compró un disco de «Bailero» en ese formato unos días después. Debimos de sacar de quicio a todos los vecinos poniéndolo día y noche. Y desde entonces se convirtió en uno de nuestros pasatiempos favoritos imaginarnos cómo sería un viaje a la Auvernia, sin más razón que empaparnos del espíritu del paisaje que había dado origen a aquella música gloriosa. Al principio nos pareció un plan inverosímil y poco viable. Todavía estábamos acostumbrándonos a la responsabilidad de cuidar de Thea, y la idea de llevárnosla a un país extranjero con nosotras nos echaba un poco para atrás y nos parecía un poco caprichosa. Como ya se veía que Beatrix no tenía ninguna prisa

en volver, teníamos que adaptarnos a las circunstancias y hacer algún sacrificio. Yo descubrí que cuidar a una niña pequeña no era compatible con estudiar una carrera, así que dejé la universidad a mediados del primer trimestre de segundo curso. Rebecca siguió trabajando, y gracias a sus esfuerzos conseguimos mantenernos a flote económicamente y fuimos más o menos capaces de funcionar como unidad familiar. Uno de nuestros problemas más gordos fue la actitud de la dueña del piso, que pensaba que todo aquel montaje era muy raro (y tenía razón) y se dedicaba a atormentarnos con amenazas (a veces veladas, otras no) de denunciar aquella situación a las autoridades, o incluso a nuestros padres, que no supieron nada de ella en una buena temporada. Gracias a Dios, normalmente se la podía aplacar pagándole el alquiler puntualmente o incluso por adelantado, así que en realidad lo peor que tuvimos que soportar fueron sus continuos gestos de desaprobación.

Teníamos poco contacto con Beatrix, y poca idea de por dónde andaba. Muy de cuando en cuando, llamaba por teléfono. Y más raramente aún, nos escribía. Le mandó regalos a su hija por Navidad dos veces, y se acordó de su cumpleaños otra. Desde luego Rebecca y yo podríamos habernos empeñado más en presionarla para que volviera a casa y pusiese fin a aquella situación tan extraña y poco satisfactoria en muchos aspectos. Pero no lo hicimos. Adorábamos a Thea, y nos encantaba tenerla con nosotras; así de simple. Por supuesto, las dos sabíamos que Beatrix podía volver a casa en cualquier momento y llevársela. Esa perspectiva tan desagradable nos rondaba constantemente. Pero supongo que, a nuestra manera, nos fuimos acostumbrando a ella, hasta que se convirtió sencillamente en una condición de vida más.

En la primavera de mil novecientos cincuenta y cinco, Rebecca vio que había ahorrado suficiente dinero para comprarse un coche pequeño, y de repente la fantasía de nuestro viaje a Francia se hizo realidad. En ese momento Thea ya se había adaptado bastante bien a la escuela primaria del pueblo; parecía que las relaciones entre nosotras, como familia de tres personas, eran muy sólidas, y estábamos bastante seguras de poder embarcarnos en nuestra aventura veraniega. Salimos a finales de julio, con idea de pasar fuera tres semanas.

El coche iba cargado de cosas para acampar. Aquí no se la ve, pero nuestra tienda era blanca y muy sencilla, y sin embargo lo suficientemente grande para dormir las tres cómodamente. Fuimos quedándonos sobre todo en campings autorizados, pero al final del viaje, recuerdo, acampamos sólo por una noche justo al lado de esta playa de guijarros a orillas del lago Chambón, y allí nos quedamos nosotras solitas. No sé de quién serían aquellas tierras (si es que eran de alguien), pero nadie nos molestó en el tiempo que pasamos allí.

Esas tres semanas en Francia fueron sin duda las más felices de mi vida, y todo lo que tuvieron de bueno está condensado en esta foto y en la canción «Bailero», que siempre me recuerda la imagen de ese lago y ese prado, donde nos pasamos la tarde echadas en medio de aquella hierba tan alta y aquellas flores silvestres, mientras Thea

jugaba a la orilla del agua. No se puede decir nada, supongo, de una felicidad perfecta, sin manchas ni defectos; nada que no sea la certeza de que tendrá que acabarse. A medida que se iba consumiendo la tarde, el aire no se volvió más frío, sino más denso y más húmedo. Habíamos estado bebiendo vino, y yo tenía la cabeza pesada y un poco de sueño. Debí de quedarme dormida un rato, porque cuando desperté vi que Rebecca seguía echada junto a mí, pero tenía los ojos muy abiertos, y algo se movía rápidamente al fondo de ellos, como siguiendo una rápida cadena de pensamientos íntimos. Cuando le pregunté si todo iba bien, se volvió y me sonrió, y su mirada se hizo más dulce, y me susurró unas palabras tranquilizadoras. Me besó y se puso de pie y se acercó despacio hasta la playa, donde Thea estaba cogiendo guijarros y separándolos en distintos montones según algún extraño criterio suyo.

Me uní a ellas, pero Rebecca no se volvió cuando oyó pasos en el guijarral. Hizo visera con la mano, miró hacia las montañas y dijo: «Mira qué nubes. Va a haber tormenta si vienen hacia aquí». Thea escuchó el comentario (siempre se daba cuenta enseguida de los cambios de humor, y a mí nunca dejaba de sorprenderme lo sensible que era, lo pendiente que estaba de los sentimientos de los adultos), y eso la llevó a preguntar: «¿Por eso estás triste?». «¿Triste?», dijo Rebecca volviéndose. «¿Yo? No. No me importa que llueva en verano. Hasta me gusta. Es mi lluvia favorita». «¿Tu lluvia favorita?», dijo Thea. Recuerdo que frunció el ceño sopesando aquellas palabras, y luego exclamó: «Pues la mía es la lluvia *antes* de caer». Rebecca se sonrió al oír aquello, pero yo dije (en plan pedante, supongo): «Pero, cielo, antes de caer, en realidad no es lluvia». Y Thea me dijo: «¿Y entonces qué es?». Y yo le expliqué: «Pues es sólo humedad. Humedad en las nubes». Thea bajó la vista y se concentró una vez más en escoger los guijarros de la playa; cogió dos y se puso a golpearlos uno contra otro. Parecía que el ruido y la sensación le gustaban. Yo seguí: «¿Entiendes entonces que no existe la lluvia antes de caer? Tiene que caer para que sea lluvia». Era una tontería explicarle aquello a una niña pequeña; casi me arrepentía de haber empezado. Pero por lo visto Thea no tenía ningún problema en captar la idea; más bien al revés, porque al poco rato se quedó mirándome y meneó la cabeza con gesto de pena, como si discutir aquellas cosas con una idiota estuviera poniendo a prueba su paciencia. «Ya sé que no existe», dijo. «Por eso es mi favorita. Porque no hace falta que algo sea de verdad para hacerte feliz, ¿no?». Luego echó a correr hacia el agua sonriendo abiertamente, encantada de haberse salido con la suya gracias a su propia lógica.

La tormenta nunca nos alcanzó. La vimos estallar sobre las montañas lejanas, y después alejarse hacia el este, pero las orillas del lago se libraron de ella. Nos preparamos la cena y acostamos a Thea. Enseguida volvió a despejarse el cielo, y brillaron las estrellas sobre nosotras. La luna proyectó un sendero de plata sobre la superficie inmóvil del lago.

Mientras Thea dormía, Rebecca y yo nos sentamos al borde la hierba, justo donde el prado empezaba a descender en pendiente hasta la playa. Nos sentamos pegadas,

con otro vaso de vino en la mano, apoyadas la una en la otra. Yo tenía la cabeza sobre su hombro. El silencio de aquel sitio era total, casi impresionaba. Te obligaba a hablar en susurros.

Rebecca fue la primera en hablar. «¿Te acuerdas de lo que te ha dicho Thea antes?», murmuró. «Cuando ha dicho que no hacía falta que algo fuese de verdad para hacerte feliz». Me reí y le contesté: «Sí, qué niña más lista...». «¿Pero tú crees que tiene razón?», me preguntó Rebecca, con un punto extraño de insistencia en la voz. Yo no la entendía. «¿Qué quieres decir?». «Quiero decir...», Rebecca dudó un momento, como si tuviera miedo, como si verbalizar aquel miedo fuese darle forma y entidad, «quiero decir, *esto* no es de verdad, ¿no? Lo que tenemos las tres juntas. No es *de verdad*». Yo le puse una mano en el muslo y se lo apreté. «A mí me parecéis las dos muy reales», le contesté. «¿O habré estado alucinando todo este tiempo?». Rebecca no dijo nada; mi contestación había sido muy tonta. «¿Adónde quieres llegar?». Rebecca siguió sin decir nada. Se quedó sentada a mi lado un poco más, apoyada tiernamente en mí, y luego de golpe se levantó y bajó andando hasta el agua. Se quedó allí de pie, sola, su silueta recortándose densa y negra contra la luz de la luna. Tenía los brazos cruzados, los hombros tensos. Yo quería ir hasta allí, pero me chocaba aquella tristeza tan repentina, la violencia de aquel miedo que aparentemente la había invadido no se sabía por qué. Cuando por fin me decidí a acercarme hasta ella al borde del agua, y traté de rodearle la cintura con un brazo, me pareció que tenía el cuerpo rígido e insensible. «Rebecca, esto es *de verdad*», le insistí. «Ya lo sé. Hemos vividos momentos maravillosos las tres juntas, ¿no?». Pero cuando me contestó, fue con una voz que no le había oído nunca: rota, vacilante, aquejada de un dolor animal. «No nos la vamos a quedar mucho tiempo más», dijo. «Ya casi se acabó. Esto es el final».

Incluso ahora, sigue siendo un misterio para mí de dónde le vino aquella intuición. Viniera de donde viniera, al cabo de unas semanas demostró ser cierta. A principios de septiembre recibí una carta de Beatrix. Por fin iba a volver de Canadá, y además triunfante, por lo visto, con Charles a remolque. De un modo u otro, había conseguido conquistarlo, le había hecho resignarse a la existencia de Thea, y hasta lo había convencido para que se buscara un trabajo en Londres. Es más, habían tenido un hijo juntos que se llamaba Joseph, hacía como medio año. ¡Qué alivio sería, para mí y para Rebecca, que nos quitaran por fin de encima la carga de tener que cuidar de Thea! O eso era lo que le gustaba contarse a sí misma, en cualquier caso.

Antes de que pasara una semana, después de haber recibido esa carta, Beatrix ya estaba de vuelta. Y antes de que pasaran dos horas después de su llegada, ya se había ido. Y Thea con ella. Totalmente desconcertada, totalmente desolada: arrancada de nuestros brazos y arrojada en el seno de una nueva familia. Una familia de perfectos desconocidos.

Rebecca se marchó unos días después. Lo hizo a la manera tradicional, esperando a que yo estuviera fuera del piso para recoger sus pertenencias y redactar una nota

que me dejó bien a la vista sobre la mesa del comedor. «No quiero seguir en este sitio sin ella», fue todo lo que puso. Eso implicaba otro sentimiento que no había escrito: «O contigo».

Así que me quedé completamente sola.

Rebecca me escribió unas semanas después, llena de remordimientos. Quedamos para tomar un café, pero se produjo una situación muy desagradable, y ninguna de las dos, creo, tuvimos estómago para quedar más veces. La última vez que la vi fue... ¿hace cuarenta años? Más, incluso. Fue en un restaurante de Londres, pero ella no me vio a mí, así que...

En fin...

De repente me siento muy cansada, Imogen. Perdóname, pero no me apetece buscar esa canción ahora, ni ponerla para ti. Es muy tarde, y lo único que quiero es irme a la cama. Ya te la pondré en otro momento. Sólo para que puedas apreciar tú misma cómo se te cuela esa voz dentro... En ese instante siempre pienso, por alguna extraña razón, en un telón que se descorre..., que se descorre para descubrir de golpe un retablo viviente: el azul cerúleo de un lago, Rebecca con Thea, y yo cruzando el prado para reunirme con ellas.

Ya es de mañana, y me encuentro mucho mejor. Lista para hablarte de la foto número trece: Beatrix y yo, sentadas juntas en un banco, a última hora de una tarde de verano, en los jardines de una casa de reposo. Pero no me acuerdo de cómo se llamaba el sitio. Estoy bastante segura de que sólo estuve allí dos o tres veces.

El año de la fotografía debe de ser mil novecientos cincuenta y nueve. Ella tuvo el accidente un año antes, probablemente en enero o febrero del cincuenta y ocho. Después de tenerlo, Beatrix se pasó en el hospital casi un año. Se había roto el cuello, y durante un tiempo pensaron que no podría volver a andar. En esa casa de reposo, sin embargo, no la estaban tratando de ningún mal físico, sino de problemas mentales a consecuencia del accidente.

Una casa victoriana sólida y gris. Eso es lo que se ve al fondo. El cielo de detrás es azul claro, moteado de nubes blancas y ligeras. La casa es simétrica, con gabletes gemelos en cada punta, cada uno con un par de chimeneas. El fotógrafo (creo que fue una de las enfermeras) estaba situado a la derecha de la casa, casi al final del amplio césped delantero, así que se ve el edificio principal en un ángulo oblicuo, que de alguna manera hace que resulte un poco menos amenazador. El primer piso tiene ocho ventanas (creo recordar que una era la de la habitación de Beatrix, que tenía una vista bastante decente del jardín), mientras que el bajo tiene grandes ventanales en cada extremo de la casa. Uno era el del área de recreo o sala común, donde había un piano muy grande y una pequeña biblioteca. Yo la encontraba una casa muy relajante y agradable (desde luego era un auténtico lujo comparada con mi estudio de Wandsworth), pero me acuerdo de que Beatrix la odiaba, que la consideraba una especie de cárcel. Recuerdo que le hicieron unas cuantas cosas bastante desagradables, así que no se la puede culpar. Terapia de choque y ese tipo de cosas.

Ella y yo ocupamos el primer plano de la foto, sentadas en un banco que quedaba al fondo del césped, justo delante de un maravilloso arriate de verbenas rojas y amarillas. Las dos vamos vestidas de una manera bastante formal; me pregunto por qué... Yo llevo una chaqueta azul marino y una falda larga gris. Y también el pelo más corto que nunca; casi parece un corte masculino a los lados y en la nuca. La diferencia entre la pinta que tengo aquí y como salgo en la foto de la licenciatura de Rebecca, por ejemplo, es muy chocante. El gesto de mi boca refleja cierta amargura; y mi forma de mirar a la cámara fijamente, una especie de resignación que seguro que

me estoy imaginando o exagerando un poco; de todos modos, la situación no era nada alegre al fin y al cabo. Lo mismo se puede decir de Beatrix, que lleva un vestido flojo, muy holgado y sin ninguna forma, que le llega hasta los pies, también azul marino, con un estampado de flores diminutas, azules y verdes. Más que una expresión de amargura, supongo, tiene una expresión ausente de cansancio. Lleva un collarín, que hace que su postura parezca muy rígida e incómoda. Tuvo que llevar aquel collar ortopédico unos dos años, creo recordar. Un horror. La verdad es que da mucha pena.

Te voy a contar cómo ocurrió el accidente. Beatrix y Charles, como ya te dije, se habían casado y habían vuelto a Inglaterra. Además de a Thea y a su hijo Joseph, ahora tenían una niña que se llamaba Alice. Charles trabajaba en la City, y se habían empeñado en llevar un estilo de vida de barrio residencial alquilando una casa enorme en Pinner. Y un viernes por la tarde a Beatrix le dio lo que, si he de ser sincera, podríamos considerar un ataque de generosidad maternal muy poco frecuente: había decidido tener un detalle con Thea; le dijo que iría a recogerla al colegio en el coche, en vez de hacerle volver a casa andando, como siempre. A las tres menos cinco, a doscientos metros de la verja del colegio, aminoró la marcha y se paró en una rotonda para dejar que otro coche se incorporara a la carretera por la derecha. Detrás de ella, un camión conducido por un hombre que se había tomado cuatro jarras de cerveza con la comida no consiguió prever su frenazo y chocó directamente contra la parte de atrás de su coche, con una fuerza tremenda. Afortunadamente, los otros dos niños se habían quedado en casa, al cuidado de la niñera. Si no, muy bien podrían haberse matado. Beatrix era la única persona que iba en su coche, y salió despedida hacia delante. Por lo menos tuvo la suerte (si es que se puede usar esa palabra en semejante contexto) de que el coche que conducía era un Volkswagen escarabajo. En aquellos tiempos esos coches no eran nada corrientes en Inglaterra. Todavía existía un rechazo muy arraigado en mucha gente a comprar algo alemán. A veces me pregunto si Beatrix no se lo compraría precisamente por eso: porque era una buena manera de contrariar a sus vecinos pijos de la urbanización. En cualquier caso, al final resultó que en cierta forma la salvó; si hubiera ido en otro vehículo con la parte de atrás más chata, el camión lo hubiese embestido y aplastado; pero como la parte de atrás del Volkswagen era redondeada, el camión en realidad se montó encima, y el impacto fue un poco menor.

Me llegaron noticias del accidente unas semanas después de que se hubiera producido, en una carta de mi madre. Yo estaba viviendo, como ya te he dicho, en un estudio en Wandsworth, y seguía sin tener teléfono. No tenía mucho contacto con Beatrix en esa época. Verla con su familia me resultaba muy desagradable; era desagradable para mí y contraproducente para Thea, que aún pasó una buena temporada más apegada a mí que a su madre. Dadas las circunstancias, no me quedaba más remedio, que yo supiera, que apartarme un poco y mantenerme alejada. Así que eso fue lo que hice. Pero, claro, cuando me enteré del accidente, me puse en

contacto con Beatrix inmediatamente y fui a visitarla al hospital un par de días después. Empezaba a recuperarse de una primera operación en el cuello, que (como se vio luego) había salido muy mal. Creo recordar que fue por el fracaso de esa operación por lo que tuvo que andar volviendo al hospital los años siguientes, y dejar sola a su familia largos periodos de tiempo.

Pobre Beatrix. Ya no tenía dolores cuando fui a verla, pero casi no se podía mover. A partir de ahí se quedó muy rígida; ya nunca fue capaz de volver solamente la cabeza, tenía que volver el cuerpo entero. Le dijeron que era para toda la vida. Y además estaba aquella hospitalización que parecía que no iba a acabar nunca, y encima en el peor de los momentos. Tenía tres hijos que cuidar; dos muy pequeños. Charles no le servía de mucha ayuda, estaba demasiado absorbido por su trabajo. Era un hombre bastante frío e insensible el tal Charles, pero con muy buen *fondo*, cosa que iba a ser muy importante en los años siguientes. Quiero decir que Beatrix ya no estaba casi nunca en casa, y él podría haber aprovechado para largarse otra vez a Canadá, o enrollarse con una enfermera o algo por el estilo, pero siempre obró correctamente. Era honrado y se podía confiar en él. Casi me atrevería a decir que ésas son cualidades típicamente canadienses, pero a lo mejor te parece una generalización absurda. En cualquier caso, su lealtad tuvo una importancia decisiva, no me cabe la menor duda. ¿Dónde habrían ido los niños sin él mientras su madre entraba y salía del hospital, quedándose allí meses cada vez, durante unos años tan importantes para su educación?

Y, sin embargo, juraría que fueron sus propios hijos a los que les prestó más atención. Y en cierta forma nadie le puede echar la culpa... Yo, desde luego, no. Pero ¿y qué pasaba con Thea? ¿Qué pasaba con tu pobre madre?

En esta foto, Beatrix y yo no estamos sentadas muy juntas. Hay por lo menos unos quince centímetros de separación entre nosotras, y eso que estamos en un banco que no parece demasiado largo. A lo mejor no debería ponerme a sacarle punta a eso. Si alguna de las dos se aparta de la otra, es más bien Beatrix. Tiene una mano posada sobre un brazo del banco, con el cuerpo inclinado hacia él. Yo estoy más bien inclinada hacia delante, hacia la cámara; parezco un poco impaciente, como si me apeteciera levantarme para dar una vuelta. No se puede deducir mucho más de la postura de una persona, pero no mentiría si dijera que la naturaleza de nuestra relación había cambiado esos últimos años. Durante un tiempo, ya sabes, había sentido que estaba unida a Beatrix por un vínculo indisoluble, un vínculo que se remontaba a la época en que me evacuaron a su casa durante la guerra. Pues ya no me sentía así. Esa sensación había empezado a parecerme un poco infantil; y además la había sustituido otra cosa distinta, algo más real, y algo que era aún más fuerte, estoy convencida. Lo que en ese momento me unía a Beatrix, lo que me hacía seguirle siendo fiel, era mi amor por su hija. Me daba la sensación (aunque suene raro, supongo) de que Thea corría peligro. No habría sabido decir qué clase de peligro, aunque ahora lo veo muy claro: corría el peligro de que no la quisieran, de que no la

quisieran lo suficiente. Salvarla de aquel destino se había convertido para mí en una responsabilidad secreta. No exageraría nada si dijera que casi se había vuelto un deber secreto.

Pero después de todos estos años, Imogen, nada me parece tan claro, tan definitivo. ¿Era tu madre la necesitada de amor o era yo? Si casi me moría de ganas de poder contar con la compañía de Thea otra vez, ¿era porque quería ayudarla de una manera desinteresada, o porque mi vida estaba muy vacía y muy falta de cariño? Por aquel entonces trabajaba de día como encargada en los almacenes Arding y Hobbs de Clapham Junction; por la noche volvía a mi apartamento, me preparaba algo de cenar, leía alguna novela mala o escuchaba la radio, y me iba a la cama. No se puede decir que fuera una existencia muy alegre. No me esforzaba nada por conocer a otra gente. Tampoco me relacionaba con ninguno de mis compañeros del trabajo, ni me molestaba en ser simpática con ellos. Rebecca se había ido hacía más de cuatro años, y yo seguía echándola muchísimo de menos. (Aún la sigo echando, si quieres que te diga la verdad, aunque ya me he acostumbrado a esa sensación, claro, hace mucho tiempo). Lo más que puedo decir es que mi vida ya no tenía ninguna gracia. La vida sin Rebecca era como vivir eternamente a pan y agua. Me parece que es la letra de una canción; a veces me cuesta mucho recordar cuáles son mis propias ideas y cuáles he cogido prestadas de alguna otra parte. El caso es que no voy a empezar otra vez con la asociación libre, y tengo que dejar de pensar en Rebecca; la historia que quiero contar es la mía con Beatrix. La mía con Beatrix, y cómo todo eso lleva inevitablemente hasta ti.

En medio de todo esto, había al menos para mí un punto de luz: mi hermana mayor, Sylvia, estaba ahora casada con un hombre que se llamaba Thomas. Y tenían dos niños: un niño que se llamaba David, y una niña que se llamaba Gill. Es mi sobrina Gill, que (si todo sale bien) será la que te pase estas cintas. Eran muy pequeños cuando se sacó esta foto, pero recuerdo que, más o menos en esa época, me acerqué hasta las Midlands y pasé unos días con mi hermana y mi cuñado, y de que me volvió a gustar la experiencia de ver niños pequeños alrededor. Tampoco puedo decir que haya tenido mucho contacto con ellos mientras se hacían mayores, pero siempre los he vigilado de reojo, aunque a veces no se dieran cuenta. Y, desde luego, eso me ha servido de consuelo. Sobre todo estos últimos veinte años, después de que tú y tu madre desaparecierais de mi vida.

Precisamente ahora, Imogen, me estoy acordando de una cosa. De algo que no pasó en el jardín de la casa de reposo, sino en la habitación de Beatrix. ¿Sería el mismo día en que está hecha esta foto? No estoy muy segura, porque todas mis visitas seguían prácticamente el mismo esquema. Me encontraba con Beatrix en la planta baja, en la biblioteca o en la sala común, y luego dábamos un paseo por el jardín y nos sentábamos en ese banco, o quizás en alguno de los otros, junto al pequeño herbario que estaba dividido en cuadrados con setos diminutos. Beatrix solía cansarse enseguida, así que la llevaba de vuelta a su habitación y me quedaba

hablando con ella un rato, mientras permanecía allí acostada. Tenía que tomar pastillas tres o cuatro veces al día, y por las tardes solía estar medio amodorrada. Sus ventanas tenían persianas en vez de cortinas, me acuerdo. Yo se las bajaba, pero no cerraban del todo, así que le caían finas rayas de sol y de sombra sobre la cara (y sobre la colcha azul celeste) mientras estaba allí echada, con los párpados cada vez más pesados. Recuerdo esa imagen perfectamente. Y una vez (esa vez de la que te estoy hablando), como se había quedado dormida (o eso pensé yo) y su respiración era lenta y acompasada, me levanté y recogí mis cosas de la mesilla, me puse el abrigo y me dirigí hacia la puerta. Sólo que, cuando ya iba a abrirla para salir, le oí decir lentamente, medio dormida: «¿Ros?».

Y me volví y vi que seguía con los ojos cerrados, aunque tenía la cara y el cuerpo rígidamente vueltos hacia mí. Yo le contesté: «Sí, cariño, ¿qué quieres?». Y entonces empezó a farfullar medio en sueños. Al principio me costó entender las palabras, pero venían a decir más o menos esto: «¿Por qué haría eso? ¿Por qué desaparecería sin más?». Levanté la mano del tirador de la puerta y retrocedí unos pasos hasta ella. Lo primero que pensé fue que estaba hablando del camionero, pero después me acordé de que no había desaparecido; lo habían detenido y le habían puesto una multa ridícula por conducción temeraria. Luego me pregunté si estaría hablando de Jack, y del final de su aventura en la caravana de gitanos; pero Jack, más que desaparecer, se había alejado de ella, así que tampoco pensaba en él. Ni tampoco en Roger, el primer marido del que ya estaba divorciada. «¿Por qué?», repitió. «¿Por qué saldría corriendo?». Y entonces supe que, en su duermevela, se acordaba de Bonaparte, aquel caniche tan tonto de su madre, y de aquel día tan frío de invierno, el día del lago helado, el día que él había salido corriendo hacia el horizonte y había desaparecido para siempre. «Aún sigo pensando en él», dijo. «No puedo dejar de pensar. Es que no tiene sentido. ¿Qué le habría hecho?». Y yo le dije que no le había hecho nada, que a veces las cosas suceden porque sí. Me senté en la cama a su lado y le cogí aquella mano helada, pero no conseguía consolarla de ninguna manera; se echó a llorar sin siquiera abrir los ojos, se le escapó una lágrima entre los párpados que le resbaló por la mejilla, y enseguida estalló en sollozos temblando, sin poder controlarse, y yo le agarré todavía más fuerte la mano y le dije más cosas, muchas más cosas pensadas para consolarla, pero ahora mismo no recuerdo ninguna, y además ella estaba como en otra parte, en otro sitio donde nada podía servirle de consuelo.

Poco después de que se sacara esta fotografía, la número catorce, mis relaciones con Beatrix empeoraron drásticamente.

Aunque no creo que pueda deducirse eso a partir de las cinco caras sonrientes retratadas aquí. El año es mil novecientos sesenta y dos, y en esta foto Bea y yo estamos jovencísimas, Dios mío... Pero ahora que lo pienso (y me asusta pensarlo) es que *éramos* todavía muy jóvenes. Yo debía de tener veintinueve años, y ella treinta y dos; a esa edad, claro, los tres años de diferencia entre ambas, que nos parecían tan importantes cuando *éramos* pequeñas, debían de resultar insignificantes. ¡Veintinueve años solamente! No sería más que una jovencita, una niña, y sin embargo..., en mi recuerdo, el día que se sacó esta foto me sentía como una *anciana*. La razón sólo podía ser que un ciclo estaba llegando a su fin; se iba cerrando un círculo: a la historia de mi amistad con Beatrix ya le quedaba poco. Aquella parte de mí que había estado vinculada a ella durante tanto tiempo estaba a punto de morir.

De todos modos, lo importante, y que no se me olvide, es que te describa la fotografía, que te ayude a ver. Así que déjame concentrarme un momento, como siempre.

Vale.

Una caseta de playa, pintada de un azul intenso, con la hierba alta de las dunas de arena detrás. La fina franja de cielo que se ve al fondo de la foto es varios tonos más clara que el azul de la caseta. En cuanto a la caseta es una estructura bastante sencilla, un refugio de madera en realidad, con las dos mitades del techo formando un vértice arriba. Justo debajo del vértice, tiene pintado un número, el 304, y un nombre, «Sasparella», que creo que se refiere al viento de poniente o algo así.

Las dos puertas batientes de la caseta están abiertas, y pintadas de blanco por dentro. Al estar abiertas, se ve un umbral amplio, con una cortina de encaje blanca, que está descorrida y atada a un lado. Tras el umbral, el interior en penumbra; pero se distinguen unos pocos detalles. Hay un armarito también pintado de blanco, y sobre él, un hornillo pequeño y un hervidor. El armarito está pegado a la pared del fondo, que está partida diagonalmente en dos por una viga atravesada. El interior de la caseta es bastante pequeño, como de un par de metros cuadrados, diría yo. A la derecha hay tres ganchos en esa pared del fondo, y uno tiene una toalla de rayas colgando. En el mismo rincón, dos redes de pescar infantiles apoyadas contra la pared. Me parece que

también hay algunos cubos y algunas palas en el suelo; o sea, una mezcla de azules, amarillos y rojos, porque esa parte de la foto está demasiado oscura para que se distingan bien.

A cada lado de la caseta, se ven las paredes de las contiguas. Sólo hay como medio metro de separación entre ellas. Delante de ésta hay una tarima de madera, aproximadamente de la misma extensión que su interior, que se eleva como treinta centímetros por encima del nivel de la playa. Tiene un parapeto para el viento colocado a mano izquierda, de rayas anchas, azules, naranjas y amarillas. Hay cinco personas sentadas en la tarima: Beatrix y yo al fondo, en las tumbonas; y sentados delante, con las piernas colgando del borde, sus dos hijos pequeños, Joseph y Alice. Tu madre, que tendría unos catorce años cuando se hizo esta foto, está a la derecha de los demás, situada entre las adultas y los niños. El marido de Beatrix, Charles, no sale en ella, así que supongo que sería él quien la sacó.

También es posible, de todos modos, que Charles no estuviera ese día con nosotros en la playa, y que le pidiéramos a un desconocido que nos la hiciera. Durante todo ese verano tan largo que Beatrix y su familia pasaron en la costa sur, sólo fue a verlos los fines de semana. El resto del tiempo se quedó en Pinner; iba a trabajar todos los días a la City.

Recuerdo que bajé hasta allí para pasar un par de semanas con la familia. Fue la misma quincena que la niñera se fue de vacaciones a Escocia a ver a sus padres. Al final resultó que en realidad me habían invitado para sustituirla.

Evidentemente, al principio no me di cuenta. Supuse que a Beatrix le apetecía que le hiciera compañía. Quizás debería haber empezado a sospechar cuando vi la habitación que me habían reservado. Habían alquilado una casa preciosa una temporada (dos meses o así), cerca de Milford on Sea. Debió de costarles una fortuna, pero seguro que Charles también estaba ganando una fortuna en esa época. Era enorme; tenía siete o nueve dormitorios, biblioteca, sala de juegos y un terreno de varios acres, que incluía una rosaleda como Dios manda y una pista de tenis privada, y todo eso rodeado de bosques que les garantizaban el aislamiento y la intimidad. Cuesta imaginar un decorado más idílico para unas vacaciones familiares; y encima contaba con el beneficio añadido de las llaves de esta caseta de baño que acabo de describirte.

En cuanto a mi habitación, estaba en lo alto de la casa, en el ático. Era el tipo de habitación que le habrías reservado a una criada. Desde luego era un privilegio, y un placer, en mi situación, pasar unos días en una casa así. No quiero dar a entender que estuviera incómoda ni nada parecido. Sólo que me dejaron muy claro mi estatus desde el principio.

No puedo decir que les tuviese mucho cariño a los hijos pequeños de Beatrix. No es que se les pudiera poner ninguna *pega*; pero, al mismo tiempo, tampoco tenían nada de extraordinario, y me temo que, por culpa de alguna carencia mía, nunca he disfrutado más que de la compañía de niños excepcionales. No estoy hablando de

coeficiente intelectual ni de indicios de ser un genio de la música, sino de su aspecto, de cómo hablan, de su sentido del humor, de cierta especie de energía y vitalidad que se da en algunos niños y por las que te alegras de tenerlos alrededor. Tu madre poseía esas cualidades de sobra; eso ya lo había descubierto en aquellos años (aquellos años tan especiales) en los que Rebecca y yo tuvimos la suerte de tenerla viviendo con nosotras. Joseph y Alice no, me temo. Para empezar no eran muy monos; cosa rara, pensando que sus padres eran guapos los dos. Como se ve en la foto, Joseph tenía un cutis muy pálido (pálido y con manchas, por decirlo claro), así que solía tener mala cara, como si siempre estuviera a punto de caer enfermo. En esta foto tiene cara de *preocupación*, y así es como lo recuerdo. Parecía que vivía su vida en un estado permanente de angustia que rozaba las lágrimas, aunque no creo que se la provocara ningún gran problema existencial (algunos niños, ya sabes, se pueden obsesionar mucho con esas cosas), sino cuestiones más simples, como de dónde iba a venir el siguiente regalo. Siempre andaba alicaído si alguien no le estaba encima, dándole mimos y haciéndole caso. Por la expresión de profunda tristeza que tiene aquí, sentado con el torso desnudo y su bañador azul marino, y los hombros metidos para defenderse del frío o quizás del mundo en general, casi apostararía que llevaba por lo menos cinco minutos sin comerse un helado, y no le hacía ninguna gracia. ¿Qué edad tendría en ese momento? Casi siete, diría yo, y Alice era un par de años más pequeña, así que ella tendría cinco. Es un poquito más guapa. Tiene el pelo rubio, totalmente liso, casi por los hombros. Lleva un traje de baño con un escote en V, adornado en la punta con una solitaria flor blanca en forma de margarita. Se agarra fuerte con las manos a la tarima como si le diera miedo caerse, y parece un poco enfadada por algo, pero puede que sólo sea que el sol le hace guiñar los ojos. A lo mejor acababa de pelearse con Joseph; siempre estaban peleándose por las cosas más tontas y más pesadas que te puedas imaginar; normalmente, por dónde sentarse. Se peleaban por dónde sentarse en el cine o en el circo, en la esterilla del picnic o hasta en el asiento de atrás del coche. Disputas territoriales estúpidas que no se terminaban nunca. Se podía entender toda la triste historia de las guerras de la humanidad con sólo observarlos media hora. Era agotador.

Ni Beatrix ni yo llevamos traje de baño, a pesar de que fue un buen verano, me acuerdo, y nos bañamos bastantes veces en aquella playa. Pero ese día, por lo visto, no. Yo llevo una blusa blanca de manga corta y unos pantalones cortos caquis que me llegan casi hasta las rodillas. El conjunto lo completan un par de robustas sandalias de cuero, abiertas por delante, que dejan ver que, al revés que Beatrix, no solía pintarme las uñas de los pies. Las suyas están pintadas, inexplicable y sorprendentemente, de verde. Está descalza, y lleva un vaporoso vestido de verano, verde y amarillo claro; un vestido sin mangas con un escote de vértigo. Muy glamourosa ella, la verdad. Así vestida, y andando por la calle principal de Milford on Sea, ¡debía de hacer que la gente volviera la cabeza! A su lado, yo parezco muy corrientita. Creo que, si me hubiera cortado un poco más el pelo en esa época, me habrían confundido con una

skin-head.

Así que ahí estamos todos. La familia feliz de vacaciones, menos el paterfamilias, pero con el útil añadido de la fiel amiga de la familia. Casi digo «la tía solterona», porque era así como empezaba a sentirme. Tuvieron que pasar todavía unos cuantos años hasta que conocí a Ruth; y mientras tanto, las cosas como son, estuve sola *demasiado* tiempo. Que Rebecca se fuera, y perder el contacto diario con Thea, me había provocado una tristeza horrible, que había acabado invadiéndome y formando parte de mí. Me había acostumbrado a vivir con aquel dolor sordo y persistente, que se reavivaba cada vez que veía a Thea y se convertía en algo aún más letal y punzante. El que me volvieran a dejar tener contacto con ella suponía a la vez una alegría y una tortura. Alegría por las razones más evidentes; tortura, porque era plenamente consciente de que aquella alegría era provisional y que iba a durar poco. Ese verano sabía que sólo tenía dos semanas para disfrutar de su compañía. Luego volvería a Londres, al trabajo y a la soledad.

Puede que no fuese la compañía más animada del mundo en esas circunstancias. Pero, aunque fuera una presencia bastante tétrica en aquella casa, por lo menos tenía un humor estable, y los niños, a cierto nivel al menos, lo agradecían. A mi alrededor (alrededor de mi melancolía) podían encontrar cierta estabilidad. Beatrix, en cambio, era impredecible y voluble. Hasta cierto punto siempre había sido así, pero a mí me parecía que ahora sus cambios de humor se estaban volviendo muy exagerados. La mitad del tiempo se comportaba con una especie de frivolidad y de vitalidad desesperadas, pero eso podía convertirse sin previo aviso en salvajismo. La línea divisoria entre las dos cosas era muy fina, aunque al cabo de un tiempo aprendí a ver venir el cambio. Me di cuenta de que la equivocación consistía en dejarla sola mucho rato. A la mínima oportunidad de introspección se ponía a rumiar sus desgracias recientes, y poco después la invadía una amargura tremenda. Y cuando pasaba eso, nadie podía escapar a su desprecio y su rencor. Hasta resultaba muy probable que les gritara a Joseph y a Alice, normalmente por alguna pequeña infracción doméstica como no haber recogido la ropa del suelo o que se les cayeran un par de gotas de zumo de naranja en la pechera de la camisa. Charles tampoco se libraba, y sus llamadas telefónicas diarias (solía llamar casi todas las noches, poco después de cenar) a menudo terminaban en espantosas peleas a grito pelado en las que les oía intercambiar (y los niños también) toda clase de tacos, insultos y obscenidades que, en muchos casos, ni siquiera entendía y que, desde luego, no había oído nunca; o, por lo menos, de labios de una mujer. Ni que decir tiene que el pobre Charles no había hecho nada para merecerse aquel trato, pero Beatrix estaba muy convencida de que tenía algún lío, o incluso unos cuantos, mientras estaba en Londres sin ella. Era algo muy poco probable, si conocías al hombre en cuestión. Además de adorar a su familia, y de trabajar como un burro, no era de los que se lían con otra. O eso opinaba yo, al menos. Sin embargo Beatrix se había obsesionado de alguna manera con que su marido se veía frecuentemente con una mujer que vivía en la misma calle, a poca

distancia de ellos. Naturalmente no tenía ninguna prueba de eso, y siempre que Charles estaba realmente con ella, aquel delirio (porque así es como habría que llamarlo) se le pasaba enseguida. Pero yo llegué a reconocer los momentos en los que hacía presa en ella: los momentos en los que se quedaba sola en un sillón delante del ventanal, contemplando el jardín, con una taza de té en las manos, mirando al infinito con una especie de intensidad obsesiva, sin ver nada, con el pensamiento vagando peligrosamente por otra parte. A esos momentos les seguía siempre un estallido de algún tipo.

Y a estas alturas seguro que podrás adivinar (¿a que sí, Imogen?) quién se llevaba la peor parte de esos estallidos. Tu madre, claro. Tu madre Thea.

Como ya te he dicho, también les gritaba y les chillaba a sus otros dos hijos por las fechorías más tontas. Pero con Thea, me temo, su comportamiento era mucho peor. Déjame que te cuente un episodio en concreto. El episodio que hizo que mi visita se acabara prematuramente, de hecho.

Fue a primera hora de la tarde, como a mediados de la que se suponía iba a ser mi segunda semana de estancia. Thea y yo habíamos salido a dar un paseo juntas esa mañana, por los senderos sinuosos que quedaban entre el mar y la casa. Habíamos estado cogiendo moras. Después de coger casi un cuenco lleno, Thea volvió a la casa y se lo enseñó orgullosa a su madre, que le echó un vistazo y masculló algo, pero en principio no demostró demasiado interés, a pesar de que le encantaban las moras, y en realidad nos habíamos pasado tanto tiempo cogiéndolas por agradarla. Más tarde, después de comer, yo salí a sentarme en una tumbona para seguir leyendo mi libro, mientras que Thea fue a la cocina a preparar mermelada de moras.

Debería haber mencionado que, sólo unos días antes, Beatrix había ido de compras a Lymington y había vuelto con una blusa nueva para su hija mayor. Era una blusa de muselina blanca, muy bonita y muy cara. Un regalo bastante típico de Beatrix; no les compraba mucha ropa a sus hijos, pero si lo hacía, era la ropa más elegante que se podía comprar, y a veces demasiado bonita para llevarla. Aquella blusa debía de haber costado probablemente más de diez libras (una suma considerable para aquella época) pero, evidentemente, tampoco se podía esperar que Thea o cualquier otra niña pudiese apreciar mucho eso. Para ella era simplemente una prenda más, aunque fuera preciosa y se alegrara de que se la hubieran regalado, agradecida.

Ya te imaginas lo que pasó luego, supongo.

Pues eso, que esa tarde Thea llevaba la famosa blusa (que sólo había usado un día o dos) cuando se puso a preparar la mermelada. Estaba cocinando las moras en una gran cacerola y tenía el fuego demasiado alto, así que las moras empezaron a hervir y a salpicar de vez en cuando fuera de la cacerola, y enseguida tuvo toda una serie de gotitas de zumo de mora repartidas por toda la blusa. Que yo sepa, ella ni siquiera se dio cuenta, pero su madre sí, nada más entrar en la cocina.

Ya te he dicho que yo estaba fuera leyendo en ese momento, así que pude

escuchar lo esencial de la conversación, aunque no con detalle. «¿Pero qué demonios...?», gritaba Beatrix. «¿Pero qué demonios le has hecho a la maldita blusa?». (Lo siento, no me atrevo a reproducir las palabras exactas). Thea debió de mirarse la blusa y poner cara de susto, y entonces la cosa enseguida fue a peor. De las palabras a los hechos. Beatrix le dijo a su hija que era estúpida, que era la niña más estúpida que había conocido nunca. Thea se echó a llorar y dijo que lo sentía, que lo sentía mucho, y que ella misma lavaría la blusa. Beatrix soltó una carcajada y le gritó que no había nada que hacer, que había estropeado la blusa, y entonces se atascó en esa palabra y se puso a repetirla una y otra vez: «¡La has estropeado!». «¡Cómo lo estropeas todo! ¡Todo!». Y luego le dio por acusar a Thea (sí, lo escuché con mis propios oídos) de que le había estropeado la salud y la vida. «¡Ha sido todo por tu culpa!», le gritó. «Tú tienes la culpa de que yo esté así. El accidente fue por tu culpa. Si no te hubiera ido a recoger al colegio...». Y entonces Thea gritó algo inaudible, ahogada por el llanto, y salió corriendo de la cocina escaleras arriba.

La voz de su madre (igual que la voz de Ivy, cuando me había quedado fuera de su habitación muchos años antes y la había oído riñendo a Beatrix) era asesina. No se la puede describir de otra manera. Me di cuenta inmediatamente de que había violencia en el ambiente. Bea estaba fuera de sí, había perdido totalmente el control.

Yo me había quedado sin palabras del susto, y paralizada a la vez por la indecisión. Quería reprocharle a Beatrix haberle dicho aquellas cosas tan terriblemente crueles e injustas a su hija, pero no me parecía el momento adecuado, con lo histérica que estaba. Saber que yo la había oído, seguramente aún la pondría más furiosa. De todas maneras, mientras yo seguía allí fuera sin saber qué hacer, le oí abrir de golpe un cajón de la cocina y luego salir de allí. Sus pisadas resonaron en la escalera, detrás de Thea, sin dejar de gritarle a pleno pulmón palabras terribles que no soy capaz de repetir. Decía que Thea no le había traído más que calamidades y disgustos, que le gustaría que no hubiera nacido. Entré en la casa corriendo, y me quedé a mitad de las escaleras cuando oí un portazo en el dormitorio de Thea y que alguien cerraba la puerta con llave. Afortunadamente se podía cerrar por dentro; si no se hubiese podido, no sé qué habría pasado. Vi cómo Beatrix echaba a correr por el pasillo en dirección a la puerta con un cuchillo de cocina en la mano. Le grité inmediatamente que se parara, pero ni me oyó. Acto seguido, frustrada porque la puerta estaba cerrada con llave, levantó el cuchillo y lo clavó en la puerta con una fuerza tremenda, una y otra vez, haciendo unas rajadas enormes en el panel. Y no dejaba de gritarle a Thea que saliera de allí y de llamarla puta y cosas peores, cosas que una madre nunca le diría a una hija. (¡Y menos a una hija de catorce años!). Sin pensar en las consecuencias que podría traerme a mí o a cualquiera, me abalancé sobre ella, la cogí por los hombros y le supliqué que parara, y en unos segundos el cuchillo cayó al suelo. Beatrix se volvió y se quedó con la espalda apoyada en la puerta, mirándome; o mejor dicho, mirando al infinito. Le temblaban los hombros. No se quedó así mucho tiempo. Enseguida me empujó, echó a correr escaleras abajo

y salió de la casa. Ninguna de las dos dijo una sola palabra.

Creo que necesito descansar un poco después de contarte todo esto. ¿Me perdonas un momento, Imogen, mientras apago este aparato? Creo que me hace falta un vaso de agua.

Sí. Mucho mejor. Ya puedo seguir.

¿Por dónde iba? Me parece que estábamos en la entrada del dormitorio de tu madre.

Llamé con los nudillos a la puerta y le pregunté si quería que pasara. Estaba muy angustiada, y al principio no dijo nada, sólo se echó en mis brazos y se quedó así, llorando. Al poco rato la llevé hacia la cama, y ella se acostó. Yo me eché a su lado, y la abracé. Recuerdo que nos quedamos así bastante tiempo, hasta que Thea se tranquilizó y se durmió de puro agotamiento; pero seguía estando inquieta. Más tarde, cuando el cielo se cubrió de nubes y la habitación se fue enfriando, me levanté, cogí una manta de sobra de encima del armario de Thea y nos envolvimos en ella, para estar más cómodas.

Y así se nos fue yendo el resto de la tarde. Sólo pasó otra cosa que merezca la pena contar. En un determinado momento abrí los ojos, y me fijé en que la puerta del dormitorio estaba entreabierta. Yo no la había oído abrirse. Eché un vistazo y me di cuenta de que Beatrix había vuelto a la casa. Estaba mirándonos. Lo único que vi de ella (o, por lo menos, lo único que recuerdo ahora) fueron los ojos: inyectados en sangre, muy abiertos, fijos en nuestras figuras acostadas con una intensidad hipnótica, como si se le fueran a salir de las órbitas. Ahora mismo la imagen me recuerda sobre todo al personaje de Gollum en *El señor de los anillos*, con la mirada y el pensamiento concentrados en su «tesoro». No sé por qué se me ha venido esa comparación a la cabeza, pero ahí está; espero que no resulte demasiado grotesca ni impropia.

Nuestras miradas se encontraron un instante, la de Beatrix y la mía. Luego ella desapareció sin hacer ruido. Volví a recostar la cabeza en la almohada y me sorprendió comprobar lo rápido y lo fuerte que me latía el corazón.

Poco a poco, mientras iba anocheciendo, la casa volvió a algo parecido a la normalidad. Yo bajé y preparé la cena para todo el mundo, dejando que Thea durmiera como una hora más. Cuando por fin salió de su dormitorio y bajó también, lo primero que intentó hacer fue abrazar a su madre, que le devolvió el gesto fríamente con indiferencia. Yo le eché a Beatrix una mirada de reprobación, pero pasó inadvertida. Parecía que se había recuperado totalmente de la escena de esa tarde. Ni siquiera se podría decir que su alegría resultara forzada o artificiosa; estaba realmente de buen humor, y aún se puso más contenta cuando Charles llamó por teléfono a última hora para contar que se había quedado de puerta afuera y se había torcido un tobillo intentando entrar por la ventana de arriba. A Beatrix le resultó muy gracioso, y

les describió a sus hijos pequeños con todo lujo de detalles las molestias y las desgracias de su padre. Me quedé bastante pasmada al escuchar todo aquello, la verdad. Thea no intervino.

Al final acostamos a los niños (o los acosté yo, más bien) y nos quedamos solas las dos en el piso de abajo. La conversación que siguió no la he olvidado nunca.

Yo jamás en mi vida había criticado ni una sola vez a Beatrix a la cara. Siempre le había tenido demasiado miedo. Y esa noche, por cierto, estaba más asustada que nunca. De todas formas, apenas me podía contener tras la escena de la que había sido testigo esa tarde. Así que, cuando ya llevábamos un rato sentadas en silencio, mientras las sombras se iban alargando en el césped de fuera, pronuncié primero su nombre en voz baja, y entonces, cuando volvió ligeramente la cabeza hacia mí, le dije: «Creo que tu comportamiento con Thea esta tarde requiere una explicación». Al escuchar esas palabras, me sonrió (una sonrisa crispada y desafiante) y me contestó: «Qué curioso. Yo te iba a decir exactamente lo mismo». Yo no entendí el comentario, y se lo dije, añadiendo: «Pues yo no he sido la que la ha atacado con un cuchillo». «Ha sido su *puerta* lo que he atacado con un cuchillo», me corrigió Beatrix. «Hay mucha diferencia. Nunca le he puesto a Thea la mano encima; ni tampoco lo haría por mucho que me provocara». «Querías hacerle daño», dije. A lo que me respondió: «Lo que quisiera hacerle no tiene importancia. Y repito: yo nunca le he puesto la mano encima». Puso tanto énfasis en el pronombre personal que enseguida vi por dónde iba y (por segunda vez aquel día) me quedé totalmente estupefacta y horrorizada. «Beatrix», le grité, «¿qué quieres decir *exactamente*?». Y ella me contestó: «Lo sabes de sobra. Sabes perfectamente que te he visto con mi hija debajo de la manta». Y luego, subrayando con mucho cuidado las palabras, añadió: «*Acariciándola*». Me quedé allí sentada un momento, con la boca abierta y la cabeza dándome vueltas, antes de decir: «Beatrix, ¿qué *demonios* quieres decir?». Me miró fríamente y dijo: «Te conozco, Rosamond. Sé lo que eres. No te creas que Thea nunca me lo ha contado: lo que solías hacer con *esa mujer*». Y, tras despacharse a gusto con esas palabras, cogió una revista de la mesa de al lado y se puso a leer.

Yo me levanté, salí de la habitación, y subí a mi dormitorio, temblando de rabia. A la mañana siguiente hice las maletas y volví a Londres.

Y esa rabia nunca me ha abandonado, Imogen. La siento incluso ahora. Ese día (esa noche, mejor dicho) vi que Beatrix se había convertido en una persona absolutamente cruel y manipuladora. Puede que hubiera sido siempre así, y yo hubiese sido incapaz de verlo. Una vez más, de todos modos, había conseguido separarme de su hija, en un momento en el que Thea me necesitaba de verdad. Y eso era una tragedia para las dos, pero no me parecía que me quedara otra opción. Aunque seguía decidida a no abandonarla del todo, por mucho que Beatrix intentara que eso pasara. Ya encontraría alguna manera, de una forma o de otra. Ése seguía siendo mi propósito.

Ahora mismo estoy tentada de estrujar esta foto y tirarla. Las sonrisas de nuestras

caras me dan asco. Por lo menos la que tengo yo; bueno, y la suya. Ninguno de los niños está sonriendo, por cierto. Thea con más motivo que nadie. Qué cosa más engañosa es una foto. Dicen que la memoria nos juega malas pasadas. Pues nada comparado con una fotografía, a mi modo de ver. Déjame que aparte esta foto, cierre los ojos y repase ese día.

¿Qué veo?

Nubes. Nubes blancas que van pasando por un cielo gris. El cielo enmarcado por la pequeña ventana de celosía del dormitorio de Thea, en la parte de atrás de aquella casa tan triste y tan bonita. Veo los dibujos, los dibujos continuamente cambiantes, formándose y disolviéndose una y otra vez, mientras la larga tarde se nos va yendo casi en silencio. A veces un grito en el jardín, los ruidos de los pequeños mientras siguen con sus juegos. Thea está dormida a mi lado: tan joven, tan vulnerable, tan desconcertada... La presión de su cuerpo contra mi brazo, y los dibujos de las nubes formándose y disolviéndose..., formándose y disolviéndose. Blanco sobre gris, y la presión de su cuerpo...

Número quince, y estamos de vuelta en Warden Farm otra vez. ¡Por fin! Estamos en navidades. La Nochebuena de mil novecientos sesenta y seis. Les encantaban las navidades a Ivy y a Owen, y nunca eran capaces de esperar hasta ese día para empezar a celebrarlas. La primera de las comidas principales solía ser siempre en Nochebuena. Pero tú míranos... Toda la familia sentada alrededor de la cocina. Once personas, según mis cuentas. Me pregunto si seré capaz de ponerles nombre a todas esas caras, después de tantos años.

Vamos a ello. En primer lugar, están mis padres; ésa es fácil. E Ivy y Owen, claro. Así que ya hemos terminado con los mayores.

Sólo está presente uno de los hijos de Ivy, que debe de ser Digby, que andaría ya por los treinta y pico, y se acababa de casar con una mujer alta, un poco dentona, bastante parecida a una jirafa, que está sentada a su lado. Creo que se llamaba Marjorie, aunque no te lo podría jurar. El otro hijo, Raymond, también tenía mujer e hijos a esas alturas, y debía de estar lejos con ellos en alguna parte. Beatrix y su familia (la mayor parte de su familia, debería decir) estaban en Canadá. Sentada al lado de Marjorie está mi hermana Sylvia, y a su lado hay una silla vacía que debería ocupar su marido, Thomas, mi cuñado. Me pregunto qué andaría haciendo. Ah..., sacando la foto, claro. Qué tonta. Por lo visto yo me senté al lado de Thomas; y a mi lado, con mucha pinta de enfurruñada con su gorrito amarillo de fiesta (todos llevamos gorritos) está Thea. Debía de tener dieciocho años en ese momento. Enseguida te explico qué hacía allí tan sola, sin el resto de la familia de Bea, y también qué hacía yo; pero antes, para completar el cuadro, debo mencionar a los dos niños pequeños que están sentados uno frente a otro en un extremo de la mesa. Esos niños son David y Gill, mis sobrinos. Ella tendría unos nueve años y él unos siete por aquel entonces. (Gill, claro, ya es una adulta y, como creo que ya te conté antes, se ocupará de mis bienes cuando yo me muera).

Las comidas en Warden Farm solían hacerse en la cocina, más que en el comedor. En ese sentido (y en muchos otros) poco habían cambiado las cosas desde la guerra. El comedor era oscuro, austero y desagradable. Y daba la impresión de estar siempre helado, mientras que la cocina siempre había sido una de mis guaridas favoritas en la época de la evacuación. En parte, supongo, gracias a la presencia de aquella cocinera tan simpática y charlatana. Se había ido hacía mucho tiempo; los días de prosperidad

de Ivy y Owen se habían terminado, y ya no tenían servicio doméstico. Pero era imposible que no te levantara el ánimo aquella cocina tan cálida y acogedora. Recuerdo el color de las losas, sobre todo, aunque no se las ve en esta foto; eran lisas y rojizas, del mismo color castaño rojizo que el barro que el tío Owen metía en casa, pegado a sus botas de goma, después de haber estado fuera, dando de comer a los cerdos. Todo en la cocina parecía estar tocado por aquella misma luz rojiza; se reflejaba en los cazos y las sartenes que se ven colgados en la pared al fondo de la foto. El calor de aquella cocina era el calor de un hogar encendido, el calor del corazón crepitante de un buen fuego de leña. Era un sitio muy adecuado para una Nochebuena. Yo me alegraba de haber decidido ir allí, y también, a pesar de su evidente descontento, de haber convencido a Thea de que me acompañara.

Las navidades siempre eran un problema en aquellos tiempos. Es un momento difícil para una mujer soltera. Sí, Imogen, seguía soltera, y viviendo en mi estudio de Wandsworth, aunque en otros aspectos mi vida estaba empezando a mejorar. Había dejado los almacenes, me había puesto a recibir clases de mecanografía y taquigrafía, y había encontrado un trabajo de secretaria de dirección en una editorial que tenía sus oficinas en Bedford Square. Fueron los comienzos, ¿quién lo habría dicho?, de mi carrera editorial: mi introducción en los círculos donde, unos años después, conocería a mi querida compañera Ruth. Sin embargo, eso todavía estaba por verse.

Mientras tanto, no me apetecía mucho pasar otras navidades yo sola en plan solterona. Mi padre ya se había jubilado, y él y mi madre se habían trasladado a Shropshire, a una casa de campo grande y bonita, que sólo quedaba a dos o tres kilómetros de Warden Farm, y que de hecho formaba parte de las propiedades del tío Owen. Tenía un jardín bastante grande y tres campos adyacentes, por los que solían andar, gracias a algún acuerdo informal, un par de caballos de carreras que pertenecían a uno de los vecinos. Mi hermana y mi cuñado iban allí muchas veces, y pronto se convirtió en una tradición ir a pasar las navidades. A David y a Gill les encantaba, claro; les encantaba todo, además. Pero allí sólo podían dormir seis personas, así que yo tenía que arreglármelas por mi cuenta. Parecía que se daba por sentado que, al vivir en Londres, debía de formar parte de algún círculo increíblemente bohemio de almas gemelas, y que la idea de unas navidades convencionales en familia y en Shropshire debería horrorizarme. Pero, en realidad, era exactamente lo que quería.

Ese año, de todas formas, mi madre tuvo la brillante idea de preguntarle a Ivy si podía hacerme un hueco en Warden Farm. Ella dijo que sí (no sé si con mucho entusiasmo) y yo quedé en ir hasta allí en tren el día de Nochebuena.

Desde el incidente en Milford on Sea, mi relación con Beatrix había sido, por decirlo suavemente, más difícil que nunca; aunque lo curioso del caso era que, por lo visto, sólo había dificultades por una parte. A *ella* le gustaba hacer como si no hubiese pasado nada. Sólo unas semanas después, me había llamado por teléfono para salir a cenar. Yo había esperado como mínimo que se disculpara de alguna manera

por aquel comportamiento tan vergonzoso; pero en cambio no paró de parlotear en toda la noche, sobre todo de las cosas más tontas, sin la menor conciencia aparentemente del daño que le había hecho a su hija, y a mis sentimientos, a principios de verano. Me pareció muy extraño; y he de confesar que, a partir de ese momento, no sólo recelaba de Beatrix (eso ya llevaba haciéndolo un tiempo), sino que hasta me costaba mantener una conversación decente con ella. Como siempre, la fuerza que no dejaba de atraerme hacia su madre era Thea: el deseo (casi se podría decir la necesidad) de cuidarla, de asegurarme de que no estaba completamente falta de amor y de atención. De todos modos, Beatrix hacía lo imposible por que yo no cumpliera ese deseo. Las invitaciones a la casa de Pinner eran raras. Y si yo intentaba organizar una excursión de fin de semana con su familia (a Richmond Park, por ejemplo, o a Box Hill), curiosamente al final siempre resultaba que Thea no podía venir, porque tenía un compromiso previo con alguna amiga. En otras palabras, Beatrix hacía todo lo que estaba en su mano para asegurarse de que yo viese lo menos posible a su hija mayor.

Era ya muy tarde, esa víspera de Nochebuena de mil novecientos sesenta y seis, cuando sonó el teléfono en mi piso, y de repente oí la voz de Thea al cogerlo. En ese momento tenía dieciocho años, y me llamaba para decirme que, por culpa de la última bronca que había tenido con su madre, parecía que iba a pasar las navidades sola. El resto de la familia se había ido a pasar tres semanas con los padres de Charles a Canadá. O Thea se había negado a ir, o se lo habían prohibido; nunca llegué a saber muy bien los detalles. Lo que *estaba* claro era que no le apetecía el panorama de andar vagando sola por una casa de seis dormitorios en Pinner durante todas las fiestas. Me preguntó si podía venir a pasarlas conmigo en el piso. Cuando le dije que no iba a estar allí, porque tenía pensado pasar las navidades con sus abuelos (a los que había visto como dos o tres veces en su vida), al principio se quedó desconcertada. Y entonces le hice una sugerencia obvia: que debía venir conmigo. Tengo que decir que pensé que le apetecería la idea, que hasta le entusiasmaría. Para mí al menos, Warden Farm seguía siendo un sitio tan apasionante y misterioso que no se me ocurrió que la posibilidad de pasar allí unos días pudiera resultarle otra cosa que tentadora. Pero Thea no dejó entrever ninguna emoción cuando aceptó coger el tren conmigo al día siguiente. Su voz me sonó fría y apagada, y debo admitir que me desilusionó. Fue mucho más exagerada la reacción de Ivy cuando la llamé por teléfono a la mañana siguiente para decirle que llevaría a su nieta mayor conmigo a pasar las fiestas. Tampoco diría que se pusiera muy contenta, pero desde luego la noticia le afectó. Una buena manera de describir su reacción sería que se quedó «atónita».

Cogimos el tren a Shrewsbury al día siguiente, que era Nochebuena, y fue mi padre el que nos recogió en la estación y nos acercó en coche hasta Warden Farm. El cielo tenía un color gris plata. Un sol pálido de atardecer bañaba los prados y los setos de luz invernal. En Londres había habido ráfagas de nieve. Pero allí formaba

una capa espesa y honda en el suelo, en franjas intactas de suave terciopelo blanco. Yo llevaba diez años o más sin pasar por aquellas carreteras. Me resultaban muy familiares, al mismo tiempo totalmente extrañas y como de otro mundo. No era capaz de reconciliar aquellas dos sensaciones. Recuerdo ese sentimiento (ese pensamiento) perfectamente: el darme cuenta de que a veces es posible (incluso necesario) albergar ideas contradictorias; aceptar la verdad de dos cosas que se contradicen abiertamente. Acababa de empezar a entenderlo: a entender que ésa es una de las condiciones fundamentales de nuestra existencia. ¿Qué edad tendría? Treinta y tres... Pues sí, se puede decir que empezaba a hacerme adulta.

Cuando nos íbamos acercando a la granja, le pedí a mi padre que diese un rodeo por el pueblo, para llegar allí desde el sur. De esa manera podríamos pararnos como a un kilómetro de la casa, y tener una buena vista de ella entre los árboles más viejos de un lado de la carretera. Y eso hicimos. Y allí seguía, exactamente como la recordaba: vieja, imponente, recubierta de hiedra, enraizada en el terreno, y con tal pinta de estar integrada orgánicamente en el paisaje circundante que costaba menos creer que había brotado de alguna semilla esparcida hacía dos siglos que pensar que la habían diseñado o construido alguna vez. Ese día tenía los tejados cubiertos de nieve, como las copas de los árboles que la rodeaban. Los campos que quedaban delante de ella estaban arados y también tapizados de nieve que subía y bajaba, formando arrugas de pura blancura, como olas del océano Ártico.

Seguimos adelante y entramos en los corrales por la verja de atrás. Al oír al coche de mi padre haciendo crujir el patio cubierto de hielo, Ivy salió corriendo a la puerta trasera a recibirnos. Me recordó muchísimo mi primera llegada, hacía más de veinticinco años. Una vez más volví a sentirme envuelta en aquel abrazo con olor a humo y a perro, y la escuché estirar las palabras: «Hola, querida» más allá de lo imaginable. Entonces vio a Thea y se quedó con la boca abierta. Le puso una mano en el hombro, apartándola de ella un poco, y la miró de arriba abajo, con una mezcla de alegría y asombro en la cara. «¿Pero ésta es mi nieta?», preguntó incrédula, y luego la agarró con una violencia increíble (Thea se quedó pasmada un momento y, todo hay que decirlo, un poco magullada) y le pegó un tremendo achuchón. Mientras la abrazaba de aquella manera, Thea tenía la cara vuelta hacia mí; me quedé mirándola, volviendo a buscar algún rastro de emoción (alegría, cariño, incomodidad..., en resumen, cualquier clase de *sentimiento*), pero no vi nada de eso. No le brillaban los ojos, ni reflejaban nada en el fondo, como si no experimentara ninguna emoción.

Nada, falta de vida.

Por lo menos en esta foto tiene alguna expresión, aunque sólo sea de enfado porque la hubieran hecho ponerse aquel gorrito. Aquellos gorritos habían salido de las sorpresas navideñas; se ven los trozos rotos desparramados sobre la mesa de la cocina. También se ven los restos de la comida, o por lo menos algunos. Sobras de jamón y pavo frío y apio, y las mondas apartadas de las patatas asadas. La tía Ivy no

ha cambiado mucho desde la última foto en la que salía (la de mil novecientos cuarenta y ocho, en la boda de tu madre, ¿no?). El tío Owen, en cambio, parece que ha aumentado de tamaño. Está sosteniendo un zanco de pavo a medio comer con la mano derecha, y tiene los labios morados; lo que no significa que estuviera a punto de darle un ataque, sino que había comido remolacha. Por lo visto David y Gill están entretenidos en una conversación entre ellos (lo que no es de extrañar), y a David se le ha caído el gorro (que es rojo) sobre los ojos; es demasiado grande para él. Mi madre, debo decir, parece un poco distante y preocupada. ¿Serían ésas las navidades en que tuvo que hacer de jurado en un juicio? Creo recordar que le había tocado un caso bastante macabro y angustioso. Pero la verdad es que no puedo decir si fue ese año u otro totalmente distinto.

Seguro que en algún momento jugamos a las charadas (era una vieja tradición familiar, aunque bastante aburrida para mi gusto), pero el siguiente recuerdo que tengo claro de esa noche es de mucho después. Entre las once y media y las doce menos cuarto, todo el mundo salía hacia el templo de la parroquia, para asistir al oficio de medianoche. Hasta David y Gill, a pesar de ser tan pequeños, me acuerdo perfectamente. La tía Ivy tenía que hacer una de las lecturas; ya era como un deber para ella. Le pedían siempre que hiciera esas cosas porque incluso hablando normalmente su voz podía oírse hasta en el Wrekin. Las únicas que nos quedamos en casa fuimos Thea y yo.

He sido atea toda mi vida; desde los diez o los once años, como mínimo. Ni se planteaba que yo fuera al oficio religioso, pero no tenía ni idea de si Thea quería ir o no. Cuando llegó el momento de marcharse, hubo un jaleo de gente poniéndose los abrigos y las botas, de puertas que se abrían y se cerraban de golpe, de coches que salían a oscuras para allí... Me despedí de mis padres, de Sylvia y Thomas, de David y Gill, porque sabía que después del oficio regresarían directamente a su casa, y no volvería a verlos hasta la tarde siguiente. Cuando se acabó el jaleo, todo se quedó en silencio, y yo me volví a meter dentro, encantada con la idea de poder tener Warden Farm para mí sola durante una hora o dos; cosa que me apetecía mucho, debo decir. La casa ya estaba muy calentita; y el ambiente, cargado y un poco viciado. Decidí salir un rato afuera primero, para tomar un poco el aire en el césped de delante, bajo las estrellas del cielo tan bonito y cristalino que había aquella noche.

En cuanto salí por la puerta principal, sin embargo, me di cuenta de que Thea también había decidido quedarse. Estaba de pie bajo el viejo olmo grande, apoyada contra el tronco, fumando un pitillo. Nos daba la espalda a mí y a la casa, y contemplaba los campos. Había caído un poco de nieve hacía poco. Ya había parado, pero aun así algunos copos seguían revoloteando entre las ramas del árbol para descansar un momento sobre su abrigo verde oscuro, antes de disolverse en la nada. Me acerqué hasta ella y, cuando la toqué ligeramente en el hombro, se volvió bruscamente. Pareció que se asustaba porque yo la hubiera pillado fumando, pero le dije que me daba igual. Me ofreció un pitillo, pero yo había dejado de fumar hacía

muchos años, y no tenía ganas de volver a coger el hábito.

Hasta ese momento, Thea y yo no habíamos tenido mucha oportunidad de charlar. El tren a Shrewsbury iba lleno, y un compartimento repleto de perfectos desconocidos no era precisamente el público más adecuado para el tipo de confidencias que yo esperaba. Desde entonces, apenas nos habían dejado solas; la celebración de las fiestas había empezado nada más llegar nosotras a la granja. Esa noche yo iba a dormir en mi antigua habitación, en mi antigua cama bajo el alero, y Thea dormiría junto a mí, en la cama que solía usar su madre. ¡Qué raro me iba a parecer! Qué pautas de comportamiento más inesperadas empezaban a surgir; qué curiosos círculos de experiencia se iban dibujando... Desde luego, nos sería mucho más fácil hablar una vez estuviéramos acostadas, pero yo no podía esperar tanto. Las circunstancias me habían mantenido apartada de Thea todo el día, y ya tenía ganas de un poco de intimidad.

Empecé por preguntarle si echaba de menos a su familia. Lo que provocó una respuesta inmediata y muy breve por su parte (mitad exclamación, mitad carcajada), tras la que su cara recuperó su inexpresividad anterior. «Pues no», fue lo único que dijo. «De todas formas», añadió, «estas navidades no pueden ser peores que las pasadas», y entonces se puso a describirme como, el año anterior, su madre y Charles habían tenido una discusión tremenda la mañana del día de Navidad, a raíz de la que Beatrix se había ido de casa (todavía en bata y pijama) para coger el coche y no aparecer en tres días. «Lo peor de todo», me explicó Thea, «fue que Charles no nos dejó abrir los regalos hasta que volvió, por miedo a ofenderla. Así que allí se quedaron, bajo el árbol. Una auténtica agonía para Alice y Joseph». «Y para ti», le dije, cogiéndola del brazo.

Echamos a andar por el césped, dejando huellas frescas en la nieve virgen. Salía luz de la casa, de las ventanas del salón de billar y de los dos cuartos de estar: una luz dorada y alegre de Navidad. A medida que nos íbamos alejando de la casa hacia el prado más bajo y el foso de separación, la luz fue menguando y sólo nos quedó el resplandor plateado de la luna (apenas un gajo), ampliado por su reflejo en el espejo de nieve reluciente. Todo estaba en silencio, un silencio sepulcral. Volví a pensar en lo mágico y majestuoso que era aquel sitio.

«Pobre Beatrix...», empecé, pero Thea me cortó despectivamente. «¿Cómo que pobre *Beatrix*?», me dijo. «¿Y nosotros qué? ¿Y los que tenemos que vivir con ella?». Le contesté en buen plan que seguramente Beatrix seguía teniendo muchos dolores y estando muy incómoda por culpa de su accidente. Pero ella me respondió: «¿Y crees que eso justifica las cosas que me dice? ¿Que se pase el rato diciéndome lo estúpida y lo inútil y lo fea que soy, y cómo le gustaría que no hubiera nacido? ¿Que me suelte todos los insultos del mundo? ¿Que me acuse de ser lesbiana?». Supuse que se refería al episodio de la playa de hacía unos años, aunque por lo visto ésa no era la única vez que la madre de Thea había hecho aquella acusación tan disparatada. «Una vez», dijo bajando la voz, en un tono más amargo, cargado de lágrimas reprimidas, «me vio de

paseo con mi amiga Monica, íbamos las dos andando por la calle, a la vuelta del colegio, cogidas del brazo. Esa vez también me lo dijo. Dijo que éramos un par de tortilleras. Y después de eso, además, ya no dejó que Monica viniese a casa. Mi mejor amiga... Pero si yo tenía *quince* años, por el amor de Dios... Sólo quince». No supe qué contestarle. ¿Qué *podía* decirle? Debí de mascullar algunas palabras trilladas de consuelo, sin mucho significado. Pero pareció que no hacían mucha mella en aquel duro caparazón de rencor. Thea se había envuelto en su abrigo. «Lo peor», siguió diciendo, «es tener que escuchar a todo el mundo (a todos sus conocidos) diciéndonos que es una persona maravillosa y que qué suerte tener una madre así». Le pregunté qué quería decir con «todo el mundo», y Thea mencionó a los compañeros de trabajo de su madre. Para mí era nuevo eso de que trabajase. Por lo visto había encontrado trabajo en el hospital de su ciudad; primero como voluntaria, y luego ya contratada como jefa de algo. Según Thea, todo el personal le tenía mucho cariño.

La cogí del brazo otra vez y le di un apretón. Otro gesto banal que no venía a cuento, y que no consiguió provocar ninguna reacción. Me quedé mirando el jardín iluminado por la luna y cubierto de nieve que teníamos alrededor, vigilado incansablemente por aquella casa silenciosa, tan inescrutable, tan llena de recuerdos..., y pensé por enésima vez que Beatrix era una persona muy rara y muy contradictoria. Me preguntaba si de alguna manera ayudaría a Thea (no a perdonar a su madre, pero al menos a entenderla, a aprender algo sobre quién era o de dónde había salido) el que le explicara cómo nos habíamos conocido Beatrix y yo, cómo había empezado la historia de nuestra amistad. (Un impulso muy parecido, supongo, al que me ha llevado a hablarle sin parar a este micrófono). A lo mejor, si las palabras, las frases y los gestos no bastaban, una *narración* era lo que Thea necesitaba; quizás la narración de aquella noche, la noche de hacía veinticinco años en la que Beatrix me había guiado en una danza tan alegre y circular, ayudase a desenredar los hilos de la personalidad de su madre. Incluso podría ayudarme a mí también; porque, después de tantos años, yo tampoco acababa de comprender a Beatrix. Me pareció que valía la pena hacer el esfuerzo; así que empecé por preguntarle, un poco indecisa: «¿Tu madre habla alguna vez de esta casa? ¿Te ha contado alguna vez cómo nos conocimos durante la guerra y cómo nos hicimos tan amigas?». Tenía en mente ir acercando a Thea hasta el borde del jardín y encontrar, si podía a pesar de la oscuridad, el sendero oculto que llevaba hasta el claro y la *roulotte*. Pero se me anticipó completamente, sin que me lo esperara en absoluto, diciendo: «Mi madre nunca habla de ti».

Se me debió de notar que me sentaba mal, y mi silencio (que no sé cuánto duró) debió de impresionarla; porque repitió la palabra «nunca», y me miró con aires de... ¿*triumfo* tal vez?, antes de tirar el pitillo y aplastarlo en la nieve con un giro de tobillo, provocando un siseo efervescente.

Luego se volvió y regresó hacia la casa, dejándome sola allí de pie en el jardín, desconcertada, incluso humillada por lo que me había dicho, hasta que el frío me hizo

volver a mí también.

El día de Navidad por la tarde, mientras la mayor parte de la familia trataba de paliar con una siesta los efectos de aún más pavo y más vino, fui otra vez hasta la entrada del sendero secreto. Con los años estaba mucho más cubierto de maleza (tuve que abrirme camino en una madeja quebradiza de ramas resistentes y puñados de nieve que caían a mi alrededor mientras la atravesaba), pero al final llegué hasta lo que en tiempos había sido el claro, y allí seguía la *roulotte*, lo que no dejó de sorprenderme un poco. La puerta estaba cerrada con llave, y a esas alturas tenía las ventanillas demasiado sucias para ver algo del interior, incluso después de que les hubiera quitado la nieve con mi mano enguantada; pero hasta su mera silueta, aquella forma tan curiosa de lágrima, me trajo un aluvión de recuerdos inquietantes. Al poco rato me di la vuelta, temblando un poco, y me abrí camino de nuevo entre los arbustos. Después, cuando le conté al tío Owen dónde había estado, apenas me podía creer; pensaba que la *roulotte* había desaparecido hacía tiempo; se había olvidado completamente de su existencia. Nos pasamos un buen rato juntos buscando la llave, pero no hubo forma de encontrarla. Incluso se ofreció a forzar la puerta para que yo entrara, o a romper una ventanilla; pero yo le dije que no hacía falta, a pesar de tanta cortesía. Me parecía bien, y totalmente justo, que no se pudiera volver a entrar allí.

No sé si voy a poder fechar exactamente esta foto. ¿Por cuál vamos ya? ¿Ésta es la número dieciséis? Nos quedan cinco, entonces. ¡Cielo Santo! Me estoy cansando ya de esta historia, y tú debes de estar agotada de tanto escucharme parlotear horas y horas. ¿Me puedes soportar un rato más, Imogen? Enseguida termino, ya verás. Va a ser un auténtico alivio, eso seguro.

Como ya te he dicho, no recuerdo exactamente la fecha de esta fotografía. Debe de ser finales de los sesenta, me imagino, o principios de los setenta. Lo digo por los peinados, y por todo lo demás. Joseph debía de tener aquí quince años, y el pelo le llega casi a los hombros. Cosa que estaba muy de moda en aquellos tiempos, claro, aunque ahora parezca un poco ridículo; como el cuello de su camisa, que debe de tener como diez centímetros de ancho. Y no era sólo cosa de adolescentes, porque Charles tampoco tiene mucha mejor pinta. ¿Qué le pasaría a todo el mundo en esa época? ¿Por qué perderíamos todos el buen gusto de repente?

Tengo que intentar controlarme. Todo esto a ti ni te va ni te viene. Y ni siquiera te he contado dónde está hecha la foto o lo que se ve. Bueno, pues está hecha en Saskatchewan, en Canadá. En una ciudad llamada Saskatoon para ser exactos. Y lo que se ve es la casa de Beatrix y cuatro figuras que están delante, en el camino de acceso; de izquierda a derecha tenemos a Charles, Joseph, Alice y a la propia Beatrix.

Es una gran casa de madera, pintada de blanco. En la foto no se ven las casas que hay a los lados, pero da toda la impresión de estar en un barrio muy pudiente. Detrás de esas personas, en la esquina superior derecha de la fotografía, se vislumbra lo que sin ninguna duda es una enorme berlina, cómoda y cara. El jardín (lo que se ve de él) es todo césped, menos los arbustos de rododendros blancos y rosas que se ven en los bordes. Es un día de muchísimo sol, y los cuatro miembros de la familia tienen los ojos entornados mirando hacia el objetivo.

No sé qué pensar de esta casa. Aunque sea muy bonita, no acabo de creerme que una casa en Saskatoon (por bonita que fuera) pudiese valer tanto como su casa de Pinner. Hace poco le oí a alguien emplear la expresión «minimizar gastos», pero no creo que fuese muy corriente en aquella época. ¿Por qué la vendieron y se volvieron a Canadá? ¿Sería que Charles tomó algunas decisiones equivocadas en la City y se arruinaron? Tal vez no. A lo mejor sólo les apetecía ventilarse un poco en espacios más abiertos. Supongo que la vida que se llevaba allí era bastante agradable.

Las casas de madera tienen un atractivo muy especial. Ésta tiene cuatro peldaños de madera que llevan hasta un porche amplio, de buen tamaño. Encima del porche hay una terraza cubierta, rodeada de maceteros llenos de dalias rojas. Se salía a aquella terraza desde uno de los dormitorios: el de Charles y Beatrix, me imagino. Sobre la terraza aún se levanta otro piso; en el vértice del tejado, justo en el centro, hay una pequeña ventana de guillotina que debía de corresponderse con el dormitorio del ático, seguramente el de Alice. O incluso el de Thea, supongo, porque vivió allí un tiempo por lo menos. Volviendo a la planta baja, en el lado izquierdo hay una galería muy larga que va hasta el fondo de la casa. Se ven dos sillas en la veranda (seguramente hay más, pero no se las ve) y una mesita cubierta con un mantel de cuadros. Sobre la mesa hay un jarrón de cristal transparente con un gran ramo de flores azules, amarillas y moradas, y al lado, una gran jarra de barro cocido marrón.

Tengo que decir que me gusta esta foto. Me consuela. Evidentemente me da pena que Thea no esté en ella, aunque siempre cabe la posibilidad de que fuera quien la sacó. En ese momento tendría veintipocos años, y a pesar de que se mudó a Canadá con el resto de su familia y hasta fue a la Universidad de Calgary una temporada, no creo que terminara la carrera, y al poco tiempo volvió sola a Inglaterra. Es triste, muy triste, que la echaran de su propia familia. Pero no me voy a parar ahora con eso; o mejor dicho, ya *tendré* que pararme, y bastante, cuando te hable de las dos o tres fotos siguientes. Por lo que se refiere a ésta, como ya te he dicho, me consuela. Aquí Beatrix parece feliz. En realidad, todos lo parecen. Ya sé que todo el mundo sonríe en las fotos (por eso nunca hay que fiarse de ellas), pero ésta es la *auténtica* sonrisa de Beatrix. Es como si alguien acabara de contarle el chiste más gracioso del mundo, y ella acabara de echar la cabeza hacia atrás y de reírse con él. Hasta parece que está a gusto con esa ropa: una blusa lisa beige y unos vaqueros azul claro. Nunca se habría puesto algo así en Inglaterra, pero le quedan bien. También lleva un colgantito de oro al cuello. Me pregunto quién se lo regalaría.

Recuerdo una cosa bastante curiosa de su traslado a Canadá. Tiene que ver con la carta en la que seguramente me llegó esta foto (que siento decir que no encuentro por ninguna parte). Beatrix me escribía muy raras veces; me mandaba felicitaciones de Navidad, claro, normalmente con unas cuantas líneas sobre su familia escritas a toda prisa. Pero las cartas eran raras. De todos modos, lo que recuerdo mejor de esta que te digo es una firma que venía abajo, o mejor dicho, un nombre: «Annie». No «Beatrix», sino «Annie». Dándole vueltas, decidí que era un simple lapsus (aunque bastante gordo, debí de pensar), y cuando le contesté, me dirigí a ella como Beatrix, igual que siempre. Y entonces, a finales de año, recibí una tarjeta navideña firmada por «Annie, Charles y los niños».

Bueno, tenía todo el derecho del mundo a cambiarse de nombre, supongo, y por lo visto, desde que pisó territorio canadiense se olvidó del «Beatrix» y nunca le dejó a nadie volver a llamarla así, ni siquiera a su marido o a sus hijos. Había decidido reinventarse a sí misma, para distanciarse completamente de su pasado.

Y una de las cosas que asociaba con «su pasado», claro, era su primera hija.

No hay nada más que decir de esta foto, la verdad; pero quizás deba añadir algo, a modo de posdata. Es la última fotografía de Beatrix que tengo, y como el resto de esta historia no le concierne directamente, puede que sea el mejor momento para contarte qué fue de ella. Lo poco que sé, más bien.

Ahí va. Hace unos siete u ocho años, cuando estaba comprando algunas cosas en el mercado de Shrewsbury, me topé con Raymond, su hermano mayor. Debía de tener entonces unos setenta años; era increíblemente alto, y llevaba un traje con chaleco y todo, que parecía sacado de los años cuarenta; también llevaba unas patillas muy frondosas y bigote. Tanto la pinta, como los gestos y la forma de moverse resultaban casi grotescos: la reliquia de una época desaparecida y olvidada por casi todos, hacía ya mucho tiempo. Se notaba que era un chico del campo (lo había sido toda su vida) y que se sentía fuera de lugar en la ciudad. ¡Era idéntico a cualquiera de los extras del plato de *Corazón salvaje*! Pero, bueno, todo esto da igual. El caso es que no me reconoció, y en cierta forma me sorprende haberle reconocido yo a él. Charlamos muy poquito tiempo, lo justo para ponernos al día de nuestras respectivas vidas a grandes rasgos. Yo me anduve con mucho cuidado con lo que le contaba, como ya te puedes imaginar. Hacia el final de la conversación le pregunté (un poco alterada) si seguía en contacto con Beatrix. Me contestó que se había muerto en mil novecientos noventa y uno, a los sesenta y un años. De cáncer de garganta, por lo visto. Había seguido viviendo en Canadá, aunque se había separado de Charles. (Yo llevaba mucho tiempo pensando que eso era inevitable, dada su paranoia con las inexistentes infidelidades de su marido). Durante los últimos veinte años de su vida había retomado su trabajo (con mucho éxito, al parecer) de gerente de hospital. Raymond me contó que había acabado trabajando en una pequeña clínica de Alberta, donde el personal la consideraba la mejor directora (y la más querida) que habían tenido nunca. Me dijo que se quedaron hechos polvo cuando se murió, y que seguían recordando su cumpleaños todos los años. Uno de los médicos había buscado la dirección de Raymond en Shropshire, y al cabo de un tiempo, cuando había venido a Inglaterra, lo había llamado para darle una caja que contenía algunos de los objetos personales de su hermana. Entre ellos figuraba una carta firmada por todo el equipo de enfermeras, en la que se describía a Beatrix como «la señora más encantadora que hemos conocido en la vida» y «una santa». La admiraban sobre todo por haber seguido llevando una vida plena, incluso después de haber sufrido un accidente tan terrible cuando era joven.

Y aquí se acaba tu historia, Beatrix... Mi prima, mi hermana de sangre... Demasiado pronto quizás, tú y yo volveremos a estar en el mismo sitio. No tengo muy claro si me apetece encontrarte allí. ¿Me reconocerás, en caso de que yo te reconozca a ti? ¿Y cómo se supone que tengo que llamarte ahora? ¿Beatrix todavía, o Annie?

Diecisiete. Otra vez *roulottes*. Más *roulottes*. Te dije que habría más antes de que acabáramos.

Es deprimente esta foto. Me entran escalofríos sólo de mirarla. Hacía un día insoportablemente frío, aparte de todo. Fue en el invierno de mil novecientos setenta y cinco, en alguna parte de la costa del Lincolnshire. Soplaban un viento helado del Mar del Norte.

Hay cuatro *roulottes* (¿o debería llamarlas casas rodantes?) formando una especie de media luna en torno a un trozo de hierba. Sólo se ve la parte de delante de estos chismes tan grandes, tan rechonchos y tan feos en esta fotografía. Hasta hay poca hierba, y encima está llena de barro y salpicada de restos de nieve o hielo. Fuera de la foto había más casas rodantes, y luego más y más, extendiéndose en la lejanía. En ese sitio concreto debía de haber cien o más. A veces me he preguntado cómo era posible saber que habías dado con la tuya. Por lo visto, Martin se perdió más de una vez intentando encontrar la suya a la vuelta de una borrachera.

Ya me estoy anticipando, como siempre. Ni siquiera sabes quién es Martin todavía. Pues era el compañero de Thea. No el marido (no creo que llegaran a casarse nunca), sino el compañero, y el padre de su hija. Lo que lo convierte en tu padre, Imogen.

Teniendo eso en cuenta, trataré de ser buena con él, aunque debo decir que no me cayó nada bien la única vez que lo vi. Es decir, la de esta foto.

Bueno, pues ahí están los dos delante de su casa rodante. Ahí *estáis* los tres, mejor dicho, ¡porque tú también sales en la foto, Imogen! Por fin. ¡Ya habías nacido! Seguro que estabas empezando a pensar que nunca llegaríamos a este punto. De todas formas, sólo tendrías unos meses en ese momento, y lo único que se te ve es esa carita diminuta echando un ojo fuera de la manta blanca en la que Thea te había envuelto. Como creo que ya he dicho antes en otra cinta (me parece que ya hace un montón de días), todas las caras de bebé son iguales. Así que vamos a detenernos mejor en las de tus padres.

Vamos con Martin. Era un poco más joven que tu madre, creo recordar. Debía de andar por los veintidós cuando se sacó esta foto. Muy joven para ser padre. Demasiado. Tiene el pelo castaño y largo (hasta los hombros) y un bigote que le cae a los lados. Lleva una cazadora de cuero negra, camiseta y vaqueros (la cazadora con

otro de esos cuellos enormes, típicos de los sesenta). Es muy pálido de cara, y tiene una nariz muy pronunciada y mal cutis. La camiseta tiene un dibujo de Adolf Hitler en la parte de delante, donde pone: «European Tour, 1939-1945». Creo recordar que le parecía muy gracioso. Thea me contó que había gente de otras *roulottes* que se quejaba de lo que ponía en esa camiseta; había un montón de gente mayor viviendo allí, incluyendo algunos veteranos de guerra. Aunque ella no se tomaba esas quejas muy en serio. Su relación con los vecinos no era buena.

De lo que se ve de la ropa de tu madre (porque no se ve mucho por la forma en que te tiene cogida) parece que lleva un chaleco de cuero encima de un jersey de punto de cuello subido que le llega hasta la barbilla. Lleva el pelo largo con raya al medio. Y sandalias de cuero abiertas por delante sin medias ni calcetines, cosa que no creo que fuera muy práctica con ese tiempo. Pero me imagino que sólo habíamos salido un momentito. Lo justo para sacarnos la foto y volver al calor de dentro.

Porque, asombrosamente, *hacía* calor dentro de la *roulotte*. Hasta tenía radiadores, a no ser que mi memoria me engañe, y cocina de gas y una estufa eléctrica también. Nada bastaba para luchar contra aquel espantoso viento del norte. Estaban en un sitio muy expuesto además. Pero el interior era casi acogedor, aparte de lo desordenado y lo sucio que estaba todo. Tenía una zona bastante amplia, y una cocinita sin tabiques pegada a ella. Dos dormitorios enanos (pero enanos *de verdad*, sin suelo prácticamente) y un cuarto de baño diminuto con un váter también diminuto. El típico espacio que podrías soportar si sólo fueras a pasar allí unos días con alguien que te gustara mucho, alguien a quien no te importara tener tan cerca. Pero como sitio para criar a una niña, con un hombre que era prácticamente un desconocido..., pues no creo que fuese muy adecuado, la verdad.

Unas semanas antes Beatrix me había mandado una de las pocas cartas que me escribió, y para mi sorpresa me contaba en ella que ahora era abuela. ¡Abuela a los cuarenta y cinco años! Aunque debo decir que no parecía que le hiciese mucha gracia. A mí tampoco. Casi no había visto a Thea en los últimos años. Sabía que se había vuelto al campo, pero poco más. Normalmente no me contestaba a las cartas que le escribía; incluso me devolvieron un par de ellas con el sello «Paradero desconocido», lo que me hizo pensar que había adoptado un estilo de vida bastante nómada. Me enteré de que (a través de una de sus antiguas compañeras de colegio) había entrado en una especie de círculo alternativo y había estado viviendo en casas de *ocupas* con roqueros y ese tipo de gente. Yo no podía hacer nada al respecto, y además todo aquello me parecía relativamente inofensivo. Ella, desde luego, no tenía ningún interés en recibir ningún consejo mío; eso me quedó perfectamente claro más de una vez. Que yo supiera, no conservaba muchos recuerdos de los años que había vivido con Rebecca y conmigo en Putney. No me veía como un sucedáneo de madre (que, en el fondo, era seguramente como yo quería que me viese); como mucho, me consideraba una especie de tía solterona latosa y entrometida, a la que era mejor evitar. Pues bueno... Como ya te he dicho, yo no podía hacer nada. En otros aspectos

de mi vida estaba mucho más..., bueno, «contenta» quizás no sea la palabra, mejor «satisfecha», de lo que había estado en años. En la editorial, había ascendido de humilde secretaria a editora jefe: un puesto importante. Y había conocido a una mujer muy agradable (y excelente pintora) que se llamaba Ruth, y nos habíamos cogido mucho cariño y mudado a una casita en Kentish Town. Llevábamos una vida ajetreada e interesante. A cierto nivel, me iba todo estupendamente.

Era mi trabajo editorial lo que me había llevado al norte de Inglaterra, recuerdo. Había ido a ver a uno de nuestros autores, una escritora de novelas históricas que vivía en Hull, y cuya última entrega nos planteaba algunos problemas sin demasiada importancia. Unos cuantos anacronismos muy evidentes, personajes que cambiaban de nombre de un capítulo a otro, ese tipo de cosas. Me pasé un par de días en su casa, revisando el manuscrito, y luego, a mi vuelta a Londres, decidí hacerle una visita a Thea en la última y extraña dirección que me había dado su madre: un sitio en la costa este. Iba a ser la primera vez que la viera en dos años, como mínimo.

No me había dado cuenta de que vivía en un camping de caravanas, y resultó ser un sitio inaccesible como él sólo. Tuve que coger un tren hasta una ciudad llamada Market Rasen, y a eso le siguió un trayecto en taxi de casi una hora. Llegué mucho más tarde de lo que les había prometido, pero por lo visto ni a Thea ni a su novio les importó demasiado. Me dio la impresión de que no era que tuvieran muchas ganas de verme precisamente.

Me bajé del taxi y llamé a la oficina del camping para que me dijeran dónde estaba exactamente su *roulotte*. Llevaba conmigo un ramo de flores para Thea, y un osito azul de peluche para ti. Me pregunto qué sería de aquel osito. Sospecho que desaparecería en medio del caos en el que vivían tu madre y Martin. No era sólo el desorden doméstico típico de una pareja con una niña pequeña (platos sin lavar, ropa puesta a secar y esas cosas), sino un montón de material musical: guitarras eléctricas, estuches rígidos para los instrumentos, y hasta altavoces. Una cantidad absurda de aparatos para guardarlos en lo que ya era un espacio muy limitado. Martin se consideraba músico, y de hecho me obsequió en un determinado momento con una interpretación de algunas de sus canciones a la guitarra, pero vi que tenía poco talento. El hermano de Ruth también andaba metido en eso, y más tarde, y gracias a él, aprendí a apreciar el altísimo nivel de musicalidad que hay que poseer incluso para tocar la canción pop más sencilla con cierto virtuosismo. Pero Martin no tenía esa habilidad. De todos modos, tampoco vivía de ello. Su trabajo consistía en ocuparse del transporte y ayudar a montar el escenario de un grupo pop que estaba despuntando un poco en las listas de éxitos de esa época. Thea y él se habían conocido después de uno de sus conciertos. Me imagino que querría conocer a uno de los miembros del grupo, pero estarían todos comprometidos, y Martin le parecería en ese momento la segunda mejor opción. Lo siento, a lo mejor estos detalles te molestan. El grupo tenía su base en Sheffield y él pasaba bastante tiempo allí, alejado de Thea y de su hija, incluso cuando no estaba de gira, que ya solía llevarles la mitad

del año. Como comprenderás, ella acabó viéndolo muy poco. Y eso antes de que la plantara definitivamente.

Qué difícil es contarte todo esto en el orden adecuado. Como siempre, se supone que te estoy describiendo una foto, y en cambio te lo he contado todo sin orden ni concierto. Pero, a lo mejor, es que no hay un orden exacto. Quizás el caos y el azar son el orden natural de las cosas. A veces me lo parece.

Sigamos con la foto, entonces. Pero no se me ocurre nada más que decirte de ella. Un camping de caravanas azotado por el viento al nordeste de Inglaterra, un bebé y una pareja que, claramente, no tiene futuro. ¿Qué más te podría contar?

Dos cosas de Thea me llamaron la atención en esa visita. Una fue la devoción total y absoluta que sentía por Martin, una devoción que no era correspondida de ningún modo. Recuerdo la manera que tenía de pegarse a él a la menor ocasión, su forma de mirarlo, de servirle la cerveza y prepararle el té; a veces incluso cuando tú, Imogen, eras la que estaba echada en la cuna, chillando para que te atendiera. El único momento en el que la escuché hablar de algo con verdadera pasión y auténtico entusiasmo fue más tarde, ya de noche, cuando me contó lo buen músico que era y cómo sus canciones les iban a hacer ricos a los dos algún día. Tanta fe resultaba conmovedora, pero estaba fuera de lugar, por lo que yo podía ver. La otra cosa que recuerdo es su genio, realmente chocante. Primero lo noté (de nuevo después de que Martin se hubiera ido; parecía mucho más tranquila y equilibrada cuando él andaba por allí) cuando estaba delante de la cocina, hirviendo agua en un cazo. Era de esos cazos a los que también se les calienta el mango, y se olvidó de envolverlo en un trapo cuando lo levantaba del hornillo, y aunque no se llegó a quemar demasiado la mano, se llevó una sorpresa desagradable. Soltó el cazo con un grito y tiró toda el agua al suelo; entonces soltó una sarta de tacos y, con toda la fuerza que pudo, le pegó una patada al cazo, que salió disparado por el suelo, y luego cogió una taza de té (que aún estaba llena) y la estrelló contra la pared. Tuvo que tranquilizarse así para poder dejar correr un poco de agua fría sobre las manos, y empezar a ayudarme a limpiar todo aquello. Cuando tú te echaste a llorar, asustada por los ruidos de la furia de tu madre, fui yo la que te cogí y te consolé, porque tenía claro que ella no iba a hacerlo.

Acabé pasando la noche con todos vosotros, aunque ésa no había sido mi intención. Martin me había prometido que me acercaría en coche a Market Rasen sobre las diez, para coger el último tren. Pero no llegó a tiempo del pub. Cuando todavía no había aparecido y ya eran casi las doce, Thea y yo nos acostamos. Yo me metí en la más pequeña de aquellas dos camas diminutas, y dormí de un tirón un rato. Cuando oí regresar a Martin, le eché un vistazo a mi reloj, y vi que eran las tres de la mañana. Hizo mucho ruido al entrar en la *roulotte*, luego cogió algo de comer y se puso a tocar la guitarra, con el amplificador a todo volumen. A los pocos minutos, abrió la puerta del dormitorio donde estabais durmiendo Thea y tú. Oí voces. Al principio Thea estaba medio dormida, pero después se despertó del todo. Entonces oí

cómo Thea te sacaba a ti en tu moisés a la otra parte de la *roulotte* y te dejaba allí. Volvió a su dormitorio y oí a tus padres hacer el amor un rato. Luego se hizo el silencio, y tú empezaste a llorar. Me quedé acostada a oscuras, esperando que tu madre o tu padre salieran a consolarte, pero no fue así. Al cabo de un rato me levanté, saqué un biberón de leche en polvo de la nevera y te lo di. Poco a poco te fuiste quedando dormida otra vez. Me quedé allí sentada dos o tres horas, viendo como el amanecer inundaba el camping desde el lejano Mar del Norte, mientras tú seguías dormida en mis brazos.

Aquel sol invernal, pálido y triste, llevaba casi una hora intentado atravesar las nubes cuando por fin te despertaste de nuevo. Esta vez no lloraste ni chillaste para que te dieran de comer. Te quedaste allí tan ricamente, mirándome a la cara, con aquellos ojos tan azules muy abiertos (de un azul cerúleo, como el color del cielo del lago Chambón...). Sí, de ese mismo color... Era como si estuvieras tratando de captar cada rasgo de mi cara y de grabarlo permanentemente en tu memoria infantil. En esa época aún veías perfectamente, Imogen, como seguro que ya sabrás.

Bueno, pues aquí estamos. Número dieciocho. He ido posponiendo (ya hace días que lo pospongo) hablarte de esta foto. Pero ya no puedo esperar más. Ha llegado el momento.

Y luego, después de ésta, ya sólo quedarán otras dos. Estamos llegando al final. Y yo también, Imogen, yo también estoy muy cerca del mío. Una hora o así, diría yo. Y entonces todo se habrá acabado. ¡Sólo una hora! No es mucho, ¿verdad?, cuando pienso en los miles, en los cientos de miles de horas que he vivido. Pero ya no hay nada que hacer. Y estoy muy tranquila, y muy preparada. Lo único importante, a estas alturas, es que cumpla con mi obligación: que te devuelva lo que se te debe. Lo que significa describir esta fotografía, y contarte lo mejor que pueda la terrible historia que se esconde detrás.

Vamos allá. Aquí está tu madre otra vez. Es la última foto que he visto nunca de tu madre, de hecho. No sé ni dónde ni cuándo se la sacaron. Es en blanco y negro, aunque por esa época, evidentemente, ya existían las fotos en color. La recorté de un periódico y, para empezar, la reproducción es bastante mala. Además la tinta ya ha comenzado a decolorarse, y el papel a rizarse, y cuesta más que nunca distinguir las facciones de tu madre. Da igual. No tenemos nada más que esta foto.

En realidad es imposible decirlo, pero debía de tener unos veintisiete o veintiocho años cuando se la hicieron. No es una buena foto de su cara: tiene la mirada torcida y está mirando a la vez abajo y a otro punto que no es el objetivo, a la derecha del borde. También tiene los párpados entornados. Por lo que se ve (aunque es muy difícil distinguirlo), lleva un voluminoso abrigo afgano. Y, sin embargo, está claro que se encuentra en un interior; se puede ver una especie de papel pintado estampado en relieve al fondo. Lleva el pelo suelto hasta los hombros, con la raya ligeramente a la izquierda y la frente ancha al descubierto. Le cae un mechón bastante largo sobre el ojo derecho. La nariz en esta foto parece larga y fina, aunque yo no la recuerdo así, pero ya te lo dije antes: las fotos pueden ser muy traicioneras. Y la expresión..., pues tampoco es fácil describirla. ¿Sería lavarme mucho las manos decir que resulta «inescrutable»? Tiene una media sonrisa, como si se estuviera riendo para sus adentros de alguna gracia que no quiere compartir con nosotros ni con la cámara. Y no puedo decir nada más. Como ya te he comentado antes, no es una buena fotografía, y no hace falta añadir que el interés del periódico al publicarla no era

ofrecerles a sus lectores la clave de la personalidad de Thea, sino simplemente que pudieran identificarla. En ese sentido, estoy segura de que sirvió perfectamente a su propósito.

Ay, Dios... Esto es tan difícil. Por primera vez... (a lo mejor te ríes al oírme decir esto), por primera vez desde que me puse a describirte estas fotos, no encuentro las palabras. O para usar otra expresión más corriente en su sentido más literal: *no tengo palabras*. Por difícil que haya sido estos últimos días ajustar las palabras a las imágenes, tratar de encontrar las palabras que te ayudarían a imaginar colores, formas, edificios, paisajes, cuerpos, caras..., por difícil que haya sido, repito, creo que sí he *tenido* palabras hasta ahora. Pero al final resulta que debo decirte lo más difícil de todo, y sencillamente no sé por dónde empezar.

Déjame que apague un momento este aparato, a ver si puedo reflexionar un poco.

Ya está. No hay una forma fácil ni delicada de decir esto, Imogen, así que simplemente te lo diré. Fue tu madre, Imogen. ¿Ya lo habías adivinado? Supongo que sí. Fue tu madre la que te dejó ciega.

Me gustaría decir que fue un accidente, pero eso no fue lo que opinaron los médicos; ni tampoco al final los tribunales. Perdió los nervios contigo (no sé qué le habrías hecho; seguro que alguna tontería) y te pegó y te zarandeó; te zarandeó tan violentamente que, desde ese día, ya no pudiste ver nada. Tenías poco más de tres años.

Me pregunto si te acordarás; si te acordarás de cómo pasó todo. Me dijeron que no, que lo habías borrado. Que te acordabas de otras cosas, cosas que te habían pasado antes; pero que de ese día, de esa mañana, de ese... ataque, no. Lo habías borrado de tu memoria. «La mente tiene fusibles», como dijo alguien.

Quizás tú también deberías apagar esta cinta un rato. A lo mejor necesitas tiempo para pensar estas cosas.

Mientras tanto yo seguiré, de todas formas. Ya tengo ganas de acabar con todo esto.

Fue Beatrix la que me lo contó por teléfono una o dos semanas después de que ocurriera. Había vuelto en avión desde Canadá en cuanto se enteró, y le hizo a su hija una visita bastante corta, me parece. Aún estaba en Londres cuando me llamó, aunque esa vez no nos vimos. «Ros», me dijo, «soy Annie». Ahora ya era Annie siempre. Nunca Beatrix. Incluso empezaba a tener (o a poner) cierto acento canadiense. No me contó mucho, sólo que Thea había vuelto a cometer un error y una estupidez (ésas fueron *sus* palabras), y se había producido un accidente muy desagradable. La verdad es que su tono, a pesar de no llegar a la brusquedad, era más bien de indiferencia. No mencionó la gravedad del daño que había sufrido tu visión. Eso lo averigüé más tarde. Así que no me enteré bien del horror de lo que había sucedido hasta que me contó dónde estaba tu madre. En la cárcel. En una cárcel de

mujeres de Durham. El tribunal había rechazado su apelación, por lo visto, y estaba allí en prisión preventiva, esperando el juicio. Le dije a Beatrix que me acercaría hasta allí inmediatamente.

Fue muy duro. Terrible. La cárcel era un sitio espantoso, mucho peor de lo que cualquiera pudiera imaginarse. Tu madre parecía... Bueno, una vez más no tengo palabras. No me dicen nada. Estaba en estado de shock, claro. En ese momento era incapaz de asumir la gravedad de lo que había hecho. Aquella vaciedad, aquella falta de respuesta, que le había notado durante las navidades en Warden Farm (¡hacía doce años!, doce años ya...), formaba ahora parte de ella. Tenía unos ojos fríos y sin vida, los ojos de alguien que ya no podía asumir el riesgo de mirar el mundo. Era imposible saber si se alegraba de verme o no. Apenas me habló, recuerdo. Intenté sonsacarle algunos detalles de lo que había ocurrido aquella mañana terrible, pero no hubo manera.

Martin se había marchado. Eso ya me lo había supuesto. Se había marchado hacía tiempo, dejándoos a ti y a tu madre solas. Pero no en el camping de las caravanas, sino en una pequeña casa de una urbanización cerca de Leeds, creo. No sé dónde se iría, ni qué sería de él. Y, francamente, no me interesa nada, aunque me fijé en que el único momento en que Thea dio señales de animación (o más bien *de vida*, por decirlo así) fue cuando me suplicó que intentase encontrarlo y llevarlo hasta allí. Qué ilusa, la pobrecita. A mí me parecía mucho más importante concentrar nuestros esfuerzos en asegurarte el mejor futuro posible a ti, Imogen; pero ese tema (aunque sea horrible tener que decírtelo) por lo visto no le interesaba mucho. Eso te dará una idea, al menos, de a qué tipo de sitio la habían llevado sus experiencias más recientes. Un sitio donde sus sentimientos maternos no podían sobrevivir, sólo marchitarse y morir; y no sólo sus sentimientos maternos, sino *toda* clase de sentimientos, exceptuando aquella vacua obsesión insensata con Martin. Con Martin, que no podía preocuparse menos de ella...

De todos modos, era yo la que se había estado engañando a sí misma, si en algún momento había creído que Thea y yo íbamos a hablar de tu futuro. En cuanto saliste del hospital, te dieron en acogida a una familia. Era una solución provisional, hasta que se celebrara el juicio de tu madre. Estuvo en la cárcel casi medio año antes de que se viera la causa. Fue encontrada culpable de haber ocasionado un grave daño físico (sin premeditación, afortunadamente, porque eso habría significado una pena mucho más larga) y luego la volvieron a encerrar durante otros seis meses. Mientras tanto, los servicios sociales se encargaron de buscarte otra familia que estuviera dispuesta a adoptarte permanentemente.

En mi opinión, la mejor solución, y la más simple, la teníamos delante de nuestras narices: te vendrías a vivir a Londres, con Ruth y conmigo. Disponíamos de una casa amplia y cómoda. Ninguna de las dos tenía otros compromisos familiares. Y, desde un punto de vista totalmente egoísta (grotescamente egoísta, te parecerá ahora, pensando en lo que había pasado hacía poco), habría alegrado la casa entera una

niñita viviendo allí. Como ya he dicho muchas veces antes, yo le tenía muchísimo cariño a Ruth. Pero mentiría si dijera que había llenado completamente el vacío emocional que había dejado en mi vida la pérdida de Rebecca. No sé muy bien si ella también se daba cuenta de eso. Nunca le hablé de Rebecca, de todas formas. Y Ruth y yo éramos felices juntas, y nos sentíamos cómodas la una con la otra, eso no lo voy a negar. Sin embargo la idea de tenerte con nosotras, Imogen, de que vivieras con nosotras, y de que llegaras a querernos y a depender de nosotras (y cuánto *habrías* dependido, ahora que estabas tan cruelmente discapacitada) era casi demasiado maravillosa para pensar en ella. Nada podría compensarte nunca tu pérdida de visión; nada podría enmendar la tragedia en las que os habíais visto envueltas tu madre y tú. Pero *algo* bueno tenía que salir de aquello, estaba convencida. Te acogeríamos bajo nuestra protección y te daríamos, a pesar de todo, una infancia maravillosa; la mejor, la más llena de cariño, la infancia más enriquecedora que cualquiera pudiera desear. Te daríamos todo lo que no te había dado nunca tu madre. Y de esa manera quizás, a través de las sucesivas generaciones, se equilibraría de algún modo la balanza de la justicia. Por lo menos así era como yo había llegado a ver las posibilidades que albergaba la situación.

Pero de eso nada. Estaba equivocada. Muy, muy equivocada. Y no fue Ruth la que desbarató mis planes, como cabría haber esperado. Bueno, al principio no fue que le hiciera mucha gracia. Hubo que convencerla; y de hecho, mientras la estaba convenciendo, no podía evitar recordar las conversaciones similares que había tenido con Rebecca hacía más de veinte años, la víspera de su licenciatura. Esa crisis me había parecido muy fuerte en su momento; pero ahora me resultaba casi cómica por su banalidad. ¡Qué niñas habíamos sido! ¡Qué poco sabíamos de los extraños giros de la fortuna que nos aguardaban en un futuro lejano! Sólo con que hubiera sabido entonces lo que le iba a pasar a Thea, en qué se convertiría... Pero no sirve de nada (de nada absolutamente) tirar por ese camino. Vuelve, Rosamond. Vuelve de una vez.

No, no fue Ruth la que me lo impidió. Los burócratas de los servicios sociales no querían saber nada del tema. Por lo visto, no éramos las candidatas adecuadas para la adopción en este caso. Nos mandaron una carta muy concisa, en la que se decía que mis propios lazos familiares con la madre de Imogen eran demasiado estrechos. Ésa fue la razón que nos dieron. ¿Y quién sabe? A lo mejor tenían razón después de todo. Sí, supongo que ahora puedo asimilar la idea. Pero en aquel momento me pareció una mala excusa. Y una mentira. Lo que les molestaba realmente (o eso sospechaba yo) era nuestra situación en la vida: dos señoras que habían elegido vivir solas, y que no escondían la naturaleza de su relación. Me había topado con ese prejuicio (que estaba innegablemente *ahí*, aunque fuese de una forma tácita y sutil) muchas veces a lo largo de los años. Fuera de los círculos progresistas y liberales en los que Ruth y yo nos movíamos, no nos hacíamos ilusiones sobre cómo nos juzgaba el resto del mundo. Ya estábamos acostumbradas a que nos consideraran desviadas y parias.

En cualquier caso, yo no estaba dispuesta a dejar así la cosa. Después del juicio

de tu madre, cuando ya había empezado a cumplir condena propiamente, volví a visitarla. Fue la última vez que la visité en la cárcel; y de vuelta a casa había quedado en entrevistarme con mi asistente social. Había pensado que, tratándola en persona, a lo mejor era posible romper aquella barrera de burocracia obstinada. Lo que, en cierta medida (una medida muy escasa), conseguí hacer. Desde luego tuvimos una conversación educada y hasta cordial en algunos momentos. Pero yo no acababa de lograr que entendiera mi punto de vista. «Lo que me extraña», no paraba de decir, «es que, según usted misma cuenta, sólo haya visto a Imogen una vez. Y, sin embargo, parece que intenta convencerme de que existe algún vínculo extraordinario entre las dos, que no debe romperse». ¿Y qué iba a contestar yo a eso? Me ha llevado horas y horas, Imogen, y seguramente miles y miles de palabras desperdigadas por estas cintas, explicarte cómo se había establecido ese vínculo. ¿Cómo iba a pretender hacer lo mismo, y en cuestión de veinte minutos, para convencer a aquella funcionaría bienintencionada pero estrecha de miras? No había nada que hacer. Y además, había llegado tarde. «Le hemos encontrado una familia a Imogen», me anunció con una sonrisa que sólo puedo describir como radiante. «Una familia encantadora». Me quedé allí sentada, con la boca abierta, boqueando como un pez, y seguro que con cara de tonta. Era lo último que esperaba escuchar. Lo único que conseguí decir, una vez asimilé la realidad de la situación, fue: «Entonces, ¿no me van a dejar tener contacto con Imogen? ¿Y a su madre tampoco?». Me respondió que aquella decisión dependía enteramente de la familia que la iba a adoptar. Le pregunté cómo se llamaban, pero se negó a decírmelo. Aquello me pareció intolerable, y se lo dejé muy claro. Dio igual. Sólo me hizo una concesión. «Puede escribirles, si le apetece, a través de esta oficina. Puede escribirles para solicitar ese contacto. Pero nosotros les advertiremos que no suele ser muy recomendable. La relación de Imogen con su madre se ha roto, y ya no tiene remedio. En estos casos, un corte brusco suele ser lo más práctico, y también lo más llevadero para la criatura». «Recuerde», dijo mirándome fijamente y bastante furiosa por alguna extraña razón, «que los intereses de la niña son primordiales. Los de la niña, no los de los adultos implicados en el tema».

Salí de aquella oficina llena de rabia, y me quedé sentada un rato en el coche, llorando de frustración, antes de emprender aquel viaje tan largo hasta Londres.

Tengo que apagar esto otra vez, lo siento. Creía que iba a poder controlarme.

Así está mejor. Ahora tengo un vaso de whisky al lado. Y una botella cerca, casi llena. Es Bowmore, un whisky de malta escocés; es bueno y tiene cierto sabor a turba. Estoy segura de que me será muy útil en el poco tiempo que me queda.

Mientras estaba en la cocina, cogiendo estas cosas, le he estado dando vueltas a lo que acabo de contarte, y me ha quedado muy claro (por primera vez en mi vida) que en esa época era completamente idiota. Todo el mundo: tu nueva familia, el personal

de los servicios sociales, incluso Ruth..., resumiendo, todo el mundo menos yo, sabía lo que era mejor para ti. Ahora lo tenías todo en contra, y también mucho que aprender (toda una manera nueva de percibir el mundo y relacionarte con él), y para conseguir eso necesitabas amor y cuidados y, sobre todo, *estabilidad*. Todas esas cosas indicaban que sería mejor (muchísimo mejor) mantenerte alejada de tu madre a partir de ese momento. Es totalmente lógico, ¿no? Pero yo no podía admitirlo. A pesar de mis cuarenta y tantos años, seguía teniendo aquella visión del mundo inmadura y demasiado ingenua. Seguía creyendo que la reconciliación era posible; es más, qué bien le venía a mi propia autoestima suponer que yo era la persona que podía conseguirla. Me veía a mí misma como ese agente reservado, modesto y benévolo que intriga entre bambalinas para organizar reuniones importantísimas y curaciones de heridas milagrosas. Ni siquiera sabía cómo podría hacerlo. Pero intuía que, por encima de todo, mi misión requería dos cualidades muy especiales: paciencia y astucia.

Seguí en contacto con tu madre cuando salió de la cárcel. No me gusta pensar en las cosas por las que debió de pasar allí, durante aquellos pocos meses. Los presos viven según sus propias reglas, y a los que se sabe que han maltratado a menores no los tratan muy bien. Thea sufrió muchísimo, de eso no tengo ninguna duda. Ahora que era libre otra vez, nos escribíamos de cuando en cuando, pero estaba bastante claro que no le apetecía volver a verme. Y además las cosas habían dado un giro inesperado. Había un hombre nuevo en su vida: un tal señor Ramsey, que había empezado a escribirle cuando ella estaba en prisión (las cartas típicas de una persona moralista, religiosa y, en mi opinión, bastante siniestra). Thea era muy vulnerable en ese momento, tremendamente vulnerable, y estoy segura de que ese tipo repugnante y depredador (que supuestamente se había enterado del caso por los periódicos) estaba decidido a manipularla, empleando para ello una versión distorsionada de las ideas cristianas de redención y misericordia, ideas que a alguien en su situación debían de resultar prácticamente irresistibles. Cuando le faltaba poco para cumplir su sentencia, él había empezado a visitarla, y por lo visto ahora estaban decididos a vivir juntos. A mí no me gustaba cómo sonaba aquello, pero evidentemente no tenía nada que hacer.

Mientras tanto, yo había tramado un plan. La intuición me decía que no serviría de nada escribirle a tu nueva familia y pedirles así, directamente, que me dejaran verte. Había que enfocarlo de otra manera. De modo que les escribí una carta resumiendo en pocas palabras mi relación contigo, y contándoles un poco la historia de mi larga vinculación con Thea y su familia. Les decía que entendía perfectamente que fuese lo más deseable que cortases todos tus lazos con aquel pasado tan desgraciado y empezases totalmente de cero, pero al mismo tiempo les explicaba que había algunos parientes tuyos que seguían echándote mucho de menos. Y en vista de eso, les hacía una petición sencilla y directa: ¿se les permitiría tener un recuerdo? ¿Sería posible encargarse un retrato tuyo? Porque nos supondría un gran consuelo, me

parecía a mí, tener un cuadro en el que el artista hubiese captado tu misma esencia, tu nuevo «yo», mientras afrontabas la segunda parte de tu vida, más difícil pero más llena de esperanza. Sería algo mucho más significativo que una simple foto o un *souvenir*, que acabarían cogiendo polvo en alguna pared o en la repisa de alguna chimenea. Un buen retrato, al fin y al cabo, tiene una vitalidad intrínseca: está vivo, es orgánico. Y, además, yo conocía a la persona que podía pintarlo.

Y aquí está. La imagen número diecinueve. El retrato que te hizo Ruth, y que simplemente se titula «Imogen, 1980». Ahora mismo lo tengo aquí, apoyado en las rodillas. Sin enmarcar, óleo sobre lienzo, unos veinticinco por treinta y cinco centímetros. Nunca estuvo enmarcado, que yo recuerde. A Ruth nunca le pareció muy bueno, y durante muchos años estuvo escondido en el desván de casa, en el cuarto donde ella guardaba todos sus lienzos abandonados. Un sitio frío, inhóspito, adonde nadie subía nunca. Ella lo llamaba «el cuarto de los fracasos». Pero para mí es un buen cuadro. Uno de los mejores suyos. El que no le gustara no tenía nada que ver con la calidad de la pintura en sí.

Afuera está muy oscuro (muy oscuro y muy silencioso) y hay muy poca luz en esta habitación. No es muy buena luz para mirar con atención este cuadro y describírtelo. Además, me pregunto si se podría hacerte entender siquiera la diferencia entre un tipo de pintura y otro, porque probablemente nunca *verías* un cuadro en tus primeros años de vida, y si lo hiciste, seguro que no te acuerdas. Espero, de todos modos, que el hecho de que estés escuchando estas palabras signifique que Gill te ha encontrado; lo que a su vez significará que este cuadro también está en tu poder, dado que forma parte de tu herencia. Así que por lo menos podrás pasar tus dedos por encima, como hago yo ahora, y sentir la gran cantidad de pintura que Ruth aplicó. Está como rugosa y escamosa, ¿verdad? Ése siempre fue su estilo. La parte especialmente espesa de arriba es tu pelo. Usó una espátula para aplicar una capa tras otra de distintos naranjas, dorados y amarillos. Sé que no le hago justicia al cuadro al decir esto, pero personalmente creo recordar que tu pelo no era tan denso ni estaba tan enredado como Ruth lo representó. Aunque me haría falta comparar con la foto original con la que trabajó, y ésa seguro que se perdió.

Tu familia no te dejó venir al estudio de Ruth a posar como es debido, ¿entiendes? Tuvo que trabajar a partir de fotografías, cosa que nunca solía hacer. Eso echó a perder mi principal objetivo, claro, pero bueno... Fue sólo un posado rápido. Pero por lo menos ahora tenía contacto con ellos, y no pasó mucho tiempo sin que empezara a volver a verte de cuando en cuando. En total nos veríamos tres o cuatro veces, supongo. No demasiadas, ya lo sé, pero guardo como oro en paño el recuerdo de cada una de ellas. Enseguida me pongo con eso.

Primero el retrato. Estás sentada a caballo de una valla de madera que atraviesa

diagonalmente el cuadro de izquierda a derecha, en la parte inferior izquierda del cuadro. La composición se corta justo por encima de tus rodillas. Llevas unos pantalones de color verde claro y una camiseta azul marino. En la foto era color marfil, recuerdo, pero a Ruth no le gustaba ese color. El contraste entre el azul ultramar de la camiseta y tu pelo es realmente chocante. Imagino que ése era precisamente el efecto que quería conseguir. El fondo es una mezcla salpicada de verdes que dan la vaga impresión de follaje, quizás con un toque de cielo blancuzco insinuándose a través de él. Por como estás sentada en la verja, el ángulo de visión no es totalmente frontal, y tú tampoco estás del todo de perfil, sino a medias: lo que los artistas llaman de tres cuartos, creo. De todas formas, tienes la cabeza vuelta directamente hacia el espectador, y estás sonriendo: una sonrisa amplia de alegría, con el mentón un poco saliente. Sospecho que Ruth exageró el tamaño de tu barbilla, la verdad, igual que la densidad de tu pelo. No le gustaba el realismo puro, ni en literatura ni en arte.

Seguramente éste es uno de sus cuadros más comprensibles. Hasta en sus retratos (que despreciaba bastante, a pesar de que nos servían para pagar muchas facturas) su visión del mundo solía estar un poco distorsionada. Tuvimos varios casos de clientes que le reclamaron el dinero una vez vieron el resultado de sus encargos. Ruth se reía de eso, porque para los parámetros de la época, su estética era en realidad muy conservadora. No iba a ponerse nunca de moda. Nunca ganó premios, y prácticamente tampoco le compró cuadros ninguna de las galerías importantes, por lo menos las de este país. A veces eso la amargaba un poco, sobre todo al final de su vida. Le daba la sensación de que su trabajo era demasiado arriesgado y difícil para alguna gente y demasiado convencional para otra. Ni fu ni fa, vamos. Me acuerdo de que, justo antes de morir, insinuaba que estaba enfadada consigo misma por no haberse *soltado* más, por no haberle dado rienda suelta a su imaginación. Creo que tenía esa sensación tanto respecto a su arte como a su vida; había sido demasiado prudente (como si algo la reprimiera: un miedo a pasarse de la raya o escandalizar a alguien; algo que tenía que ver con la familia de donde venía, posiblemente). O puede que fuera yo la que la reprimiese todo el tiempo. Al fin y al cabo, yo jamás he sido rebelde ni inconformista por naturaleza, y a pesar de que ni Ruth ni yo mantuvimos nunca en secreto nuestra relación, me empeñé en que viviéramos una vida bastante respetable en todos los demás terrenos.

Pero volviendo a tu retrato (sí, tengo que volver a él, y rápidamente además), estoy segura de que lo pintó de una manera tan sencilla y realista porque yo le insistí. Lo que yo quería era simplemente que *se pareciera a ti*, y eso, desde luego, lo consiguió perfectamente. Me encanta que te pintara los hombros un poco encogidos, como insinuando que te guardas algún secreto gracioso para ti. Es algo muy especial. Aunque lo que le llama realmente la atención al espectador son tus ojos. Ahí fue donde Ruth se lució. Todo gira en torno a ellos: a esos ojos azules que no ven, pero que de alguna manera brillan con mucha intensidad, con mucha... *fuerza*, con esa

carga insondable de sabiduría y de tristeza. ¿No es un auténtico milagro que consiguiera captar todo eso: captar el *espíritu* de alguien, exteriorizarlo, hacerlo permanente e inmutable, sin emplear nada más que una mezcla de pigmentos y aceite vegetal? Me parece asombroso lo que pueden hacer los artistas. «La has captado», le dije a Ruth en su momento. «La has captado perfectamente». A ella no le parecía gran cosa aquel retrato, como ya te he dicho. «¿Qué quieres decir?», me respondió, «¿te refieres al parecido?». Ésa era una de sus palabras más mordaces y despectivas: «parecido». «No», insistí, «es más que eso. Has dicho algo sobre Imogen en este cuadro. Has *demostrado* algo sobre ella». Se rió de mi manera de expresarme y me preguntó qué había demostrado exactamente sobre ti. A lo que yo le contesté: «Su *inevitabilidad*».

Déjame intentar explicar lo que quería decir. Como ya te he comentado antes, la realización de este retrato bastó para abrir una vía de comunicación con tu nueva familia. Poco después de haberte adoptado se habían trasladado al sur, a Worcester, donde hay un colegio muy bueno para ciegos. Fue allí adonde fui a visitarte unas cuantas veces. La familia de mi hermana, incluyendo a David y a Gill, mis sobrinos, vivía cerca, así que tenía un buen pretexto para acercarme hasta allí. Cada pocos meses (porque no quería imponer mi presencia ni resultar demasiado agobiante) me ponía en contacto con tu padre y le preguntaba si podía verte para darte un regalito o a lo mejor sacarte a tomar un té. ¿Te acuerdas de algo de eso, Imogen? ¿Recuerdas a la extraña tía Rosamond (aunque yo nunca fuera tu tía), que solía ir a buscarte a tu casa y cogerte de la mano cuando recorríamos el sendero de la orilla del río Severn, mientras te iba describiendo el paisaje? Nos sentábamos en un banco junto al agua, y yo te describía los colores que veía, la curva del río, los cuervos y los grajos que regresaban volando a sus nidos en las copas de los árboles de la orilla, la ropa de la gente que pasaba a nuestro lado a la vuelta de sus compras, los juegos a los que jugaban los niños y las niñas en los campos de recreo de enfrente... Me importaba tanto, Imogen, que no te *olvidaras* del aspecto del mundo... Estaba empeñada en que conservaras el sentido de la vista, para que por lo menos tuvieras recuerdos de lo que habías visto una vez (recuerdos claros y vividos) aunque ahora no pudieras acceder a todo lo demás. Y seguro que se me daba muy bien. Porque tú escuchabas y asentías y entendías, estoy convencida. Igual que entenderás (*tengo* que creer eso, tengo que confiar en ello, o habré perdido el tiempo, y tanto esfuerzo no tendrá ningún sentido), igual que entenderás, decía, todas las cosas que te he contado en estas cintas. ¿Me estoy portando como una tonta, como una ingenua otra vez? No lo sé, no lo puedo saber. Y además ya es demasiado tarde, demasiado tarde para cualquier cosa...

Estoy volviendo a perder el hilo. A lo mejor no debería beber más whisky de éste, por lo menos hasta que haya terminado esta historia. Es un poquito amargo, pero la sensación que te da es muy agradable. Tan calmante, tan tranquilizadora... Me voy a servir otra gotita más... Y ahora te voy a hablar de tu madre, de la última vez que la vi. Fue en una de esas ocasiones, poco después de verte a ti. Recuerdo que el retrato

ya estaba terminado, y cometí la estupidez de pensar que a Thea le gustaría verlo. Le había estado escribiendo para darle noticias tuyas siempre que iba a visitarte, pero ella no me contestaba casi nunca. Esa vez metí en mi carta una buena reproducción en foto del retrato que te había hecho Ruth. Y otra cosa, ahora que me acuerdo: también le dije cuál era tu nueva dirección. Evidentemente fue una metedura de pata, pero no tan gorda (o eso me pareció en su momento) como que tu madre tuviera prohibido por ley ver a su propia hija. De todas formas, te puedo asegurar que nunca la usó para nada. Unos días después llegó su respuesta. Una carta repugnante y envenenada... Yo nunca había leído nada igual (nada tan retorcido e insidioso) en mi vida. Era fruto de la influencia de aquel hombre, estoy segura, aquel odioso señor Ramsey (con el que ya estaba *casada*, para su desgracia) con sus malvadas tergiversaciones de las ideas cristianas. Por lo visto, se las había apañado de alguna manera (¿por qué te estoy contando todo esto?, sólo puede hacerte daño) para convencer a Thea de que *tú*, Imogen (*tú*, una niña inocente e indefensa de tres años), tenías en realidad la *culpa* de lo que te había pasado. De tu *castigo*, por emplear sus propios términos; un castigo que no te había infligido tu madre, por mojar la cama o lo que fuera que hubieras hecho, ¡sino el mismísimo Dios *a través de* tu madre! ¡Así era como había llegado a verlo! Ya sé, ya sé (ahora lo tengo claro) que sólo era una especie de... mecanismo psicológico, que simplemente estaba tratando de exculparse, de encontrar una manera de *vivir* consigo misma, valiéndose de cualquier medio, pero en aquel momento el horror y la *rabia* que me hizo sentir... Bueno, el caso es que leí la carta sólo una vez, y luego la estrujé y la tiré al fuego.

En la repisa de la chimenea estaba tu retrato recién pintado. Después de leer la carta de Thea, me quedé allí contemplándolo un rato. Tal como lo estoy contemplando ahora. Me hizo darme cuenta entonces (y al mirarlo ahora me reafirmo en esa opinión) de que Ruth era en realidad una gran pintora. Y sí, voy a repetir la frase: lo que ha captado de ti es tu inevitabilidad. Cuando miro este cuadro, se me pasa la historia entera por la cabeza: todo lo que sé de Beatrix y su familia, desde la primera vez que los vi en Warden Farm en mil novecientos cuarenta y uno, hasta sus dos matrimonios fracasados y su accidente y su forma de ignorar y maltratar a Thea, pasando por como creció tu madre, sintiendo que no la querían, sintiéndose inútil, incapaz de experimentar ninguna emoción; y pasando también por todas esas cosas, todas esas cosas que salieron *tan mal*, esas relaciones y esas decisiones tan equivocadas... Sí, era verdad, nada de eso debería haber sucedido, fue todo un tremendo error; y sin embargo *mira adonde nos ha llevado*. ¡Nos ha llevado hasta ti, Imogen! Y cuando miro el retrato que te hizo Ruth, es evidente que tenías que existir. Es como si encarnaras la virtud. La idea de que no existieras, de que nunca hubieras nacido, me parece tan claramente equivocada, tan monstruosa y antinatural... No es que tu existencia corrija todos esos errores o los anule. No es que *justifique* nada. Lo que significa (¿ya lo habré dicho antes?, creo que sí, o algo parecido) o, mejor dicho, lo que me hace comprender es esto: que la vida sólo empieza a tener sentido cuando

te das cuenta de que a veces (muchas veces, casi siempre) dos ideas totalmente contradictorias pueden ser ciertas.

Todo lo que llevaba hasta ti era un error. Por lo tanto, no deberías haber nacido.

Pero todo en ti está perfectamente; *tenías* que nacer.

Eras inevitable.

La última foto. La número veinte. La fiesta de mi cincuenta cumpleaños.

¡Cincuenta maravillosos años! Para entonces Ruth y yo nos habíamos mudado a Hampstead, y dimos la fiesta allí. Fue un bonito día, un día feliz, con la familia y los amigos. Hizo mucho sol y todo fue bien.

Tú también estabas, Imogen. Ése fue mi gran triunfo. Convencí a tu familia para que te dejara venir. Y aquí estás, en el primer plano de la foto. Perdona un momento... A ver a quién más tenemos aquí. A Ruth, claro. Y a mi prima Sylvia. Las dos desaparecidas ya, me temo. Thomas, su marido, fue el que sacó la foto. Y sigue con nosotros. Aunque rondará los ochenta. Un hombre interesante y encantador. Deberías hacer que te contara su vida algún día, si llegas a conocerlo. Pasaba desapercibido, pero tenía más fondo del que aparentaba. La otra persona de la foto es Gill. Ahí andaría por los veintiséis o veintisiete años. A lo mejor me equivoco, pero parece embarazada de pocos meses. Había ido sola, recuerdo, y parecía un poco perdida. No sé por qué no la había acompañado su marido. Ni su hermano David. Alguna razón tendrían.

Tengo que seguir describiéndote todo esto, pero empiezo a sentirme muy cansada. Más o menos la historia ya se ha acabado. Sólo me quedan un par de cosas que contarte. ¿Hará falta que te diga la ropa que llevábamos, cómo íbamos peinados o las copas que llevábamos en la mano? Supongo que ya dará igual. Ya sé que está mal rendirse a última hora, tan cerca del final, pero...

Otra gotita de whisky, creo. Aún queda la mitad de la botella.

Fue una equivocación invitarte. Fue precioso tenerte allí, pero una equivocación. Demasiado para ti. Tantos desconocidos, tantas voces extrañas, una casa desconocida en la que no sabías moverte... Al final del día estabas extenuada. Gill fue muy amable contigo, me acuerdo. Te pareció un espíritu afín y te pegaste a ella. Desgraciadamente, ella y sus padres dejaron la fiesta antes que tú, y tu familia no vino a buscarte hasta pasada una hora. Estabas agotada.

Ahí estamos, de todos modos, pasando en la escalera que daba al jardín. Los cinco. Ni rastro de Beatriz, evidentemente. Habíamos dejado de escribirnos. O, más bien, ella había dejado de contestar mis cartas. Sí, se estaba acabando toda la... historia.

Aunque lo que ocurrió luego fue lo peor. El golpe más duro. Una carta de tu padre

(tu nuevo padre, o como quieras llamarlo) diciendo que ya no le parecía «adecuado» que yo tuviera más contacto contigo. Decía que te alteraban mis visitas (si eso era cierto o no, no tengo la menor idea, pero lo dudo mucho), que habías estado muy estresada y nerviosa después de mi fiesta de cumpleaños, y que ya era hora de intentar cortar por lo sano con tu vida anterior. Algo que, en el fondo, debía de pensar que había que haber hecho antes. «De todas formas», añadía, «me han ofrecido un puesto de trabajo en el extranjero, y pronto nos iremos del país». No aclaraba lo que quería decir con «el extranjero» exactamente.

Recuerdo que en esa época Ruth trabajaba en un estudio alquilado a unos cuantos kilómetros al este de Londres. El día que recibí esa carta volvió tarde a casa, ya de noche, y me encontró sentada a la mesa de la cocina, con aquella hoja de papel todavía en la mano. Le dije lo que pasaba, y fue la primera vez que me habló sinceramente de mi relación contigo, con Thea y con Beatrix. Es mejor así, Rosamond, me insistió. Ya ha durado todo demasiado. Y ya no le debes nada a Beatrix. Ni tampoco a Thea. No puedes hacer nada por esa pobre niña. De momento está al cuidado de una buena familia y, cuando crezca, ella misma podrá elegir si quiere tener algún contacto contigo o no. (Ahora debes de andar por los treinta, Imogen, así que supongo que ya habrás elegido). Por el amor de Dios, me insistió, pasa página de una vez. Olvídalos. Olvídate de todos.

Pues ése fue su consejo, y era un buen consejo además desde su punto de vista. Y bienintencionado, seguramente. Así que lo seguí lo mejor que pude. Y a partir de ese día no le escribí más a Beatrix, ni a tu madre, ni traté de seguirte la pista ni de averiguar qué había sido de ti. Cogí todas las cartas de Beatrix y las rompí. Quité todas mis fotos de ella de mis álbumes y las metí en una caja de cartón que escondí en el desván debajo de montones de porquería. Hasta tu retrato, como ya te he dicho, fue a parar al «cuarto de los fracasos» de Ruth y nunca lo sacamos de allí, nunca lo volvimos a mirar. Y, después de eso, la única vez que se volvió a mencionar a Beatrix entre nosotras fue unos años más tarde, cuando se estrenó la película *Corazón salvaje*, y yo le insistí a Ruth para que viniera a verla conmigo al cine de cerca de Oxford Street. Cosa que no le gustó nada, por cierto. Y nunca le conté que la había grabado de la tele, y nunca me puse a ver la cinta hasta que ella se murió.

Bueno, tampoco es *del todo* cierto, supongo, que nunca se volviera a mencionar a Beatrix. Me olvidaba de que, poco antes de morir, Ruth dijo algo sobre ella. Para ser exactos, me hizo una pregunta.

Puede que parezca raro, pero hacia el final de nuestra relación casi no hablábamos. A pesar de vivir en la misma casa y hacer todas las comidas juntas y compartir la cama, no recuerdo que habláramos demasiado. Más bien, nada. ¿Y qué íbamos a decirnos? Llevábamos juntas toda la vida. Cada una sabía las opiniones y la historia completa de la otra. O eso creíamos, por lo menos. Si había algo de lo que no queríamos hablar, guardábamos una prudente reserva.

Pero, en la fase terminal de su enfermedad, Ruth me preguntó una cosa. Yo había

ido a verla al hospital y, aunque ella no podía andar muy bien, habíamos conseguido llegar hasta un banco de uno de los patios pequeños, dominado por una fuente de cemento bastante fea. Llevábamos un rato allí sentadas cuando me dijo así de sopetón: «Hay una cosa que quiero saber de Beatrix». Yo me quedé mirándola, y ella me preguntó: «¿Fue la primera?». Le dije que no la entendía. Pero ella insistió: «Antes que yo hubo alguien, ¿no? Alguien a quien perdiste. La perdiste y entonces te quedaste conmigo». No fui capaz de mirarle a los ojos. Supongo que debía haberme imaginado que siempre lo había sabido, pero nunca habíamos hablado de ello, nunca habíamos mencionado ningún nombre, y te juro que nunca se me había pasado por la cabeza que Ruth sospechara algo. «¿Fue Beatrix?», me preguntó otra vez, mientras yo asimilaba aquella información. Casi enseguida le contesté: «No».

Y ya nunca volvió a hacer referencia al tema. Se murió un par de semanas después.

Rebecca también se ha muerto. Vi una esquela en un periódico hará unos meses. «Amada madre», decía. «Amada madre de Peter, Mark y Sophia». Eso ya lo sabía. No los nombres, claro, pero sí que se había casado y había tenido hijos. Me la encontré una vez de casualidad en un restaurante de Londres, hace más de cuarenta años. Eran cuatro los que estaban sentados a la mesa (Rebecca, un hombre, y dos niños pequeños), y ella también tenía un bebé sobre el regazo. Se suponía que yo había quedado allí con una amiga y entré muy decidida, pero cuando vi a Rebecca y a su familia salí directamente por donde había entrado. Afortunadamente no me vio. Su marido sí, pero no sabía quién era yo. Casi eché a correr por la calle, y tuve que llamar a mi amiga más tarde para disculparme. Estaba muy alterada, muy sorprendida. Y enfadada con ella también en ese momento, aunque la rabia se me pasó ya hace tiempo. Al fin y al cabo, si ésa era la responsabilidad que había decidido asumir, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Quién era yo para juzgarla, sólo porque no me imaginaba a mí misma en esa situación? Me había parecido que era feliz, muy feliz. Eso se nota enseguida. Y seguramente se habría olvidado de mí. De mí y de Thea, y de los dos años que habíamos pasado juntas...

Lo digo, pero...

Puede que lleve demasiado tiempo viviendo aquí sola. A veces he pasado días y días sin hablar con nadie. Últimamente, es cierto, ha venido la doctora May; viene por lo menos un par de veces a la semana. De hecho, vendrá mañana por la mañana y se llevará una sorpresa, me temo, una sorpresa desagradable. Tengo que acordarme de descorrer el cerrojo...

Pero la verdad es que llevo aquí demasiado tiempo, demasiado sola. A veces me he preguntado si no me estaría volviendo un poco loca. Desde que supe que Rebecca había muerto, ¿sabes?, he vivido con la... convicción de que...

No, vas a pensar que es una ridiculez.

Pero ¿y si fuese cierto? ¿Y si me *estuviera* esperando en alguna parte?

¿Por qué me agarro ahora a eso, después de tantos años (toda una vida, en

realidad) de no creer en nada?

¿Será que me he vuelto loca?

Te diré lo que he acabado creyendo, y puedes reírte de mí si quieres. Hace frío en esta casa. Y afuera está muy oscuro, y no se oye nada. Pero donde ella me está esperando hará calor, y brillará el sol, y el azul del cielo se reflejará en las aguas del lago. Un azul cerúleo. Y nos sentaremos juntas otra vez, en el prado que queda sobre la playa de guijarros, y ella se apoyará en mí, y será como si nunca hubieran pasado los últimos cincuenta años.

Qué raro que esté pensando en ella, y en ese sitio, ahora que me llega el momento. Siempre he creído que mi último pensamiento sería Warden Farm, y Beatrix, la noche en que nos hicimos hermanas de sangre, la noche en que estuvimos echadas juntas bajo aquella luna invernal.

Pero no. Ese círculo se rompió hace años. Así fue como empezó todo, es cierto. Todo parte de ahí, pero el sendero que me marcó... llevaba, ahora me doy cuenta, a ese día en el lago; ése fue el punto culminante... Todo lo que vino después fue una equivocación. Cuando Beatrix volvió para llevarse a Thea, el mundo se torció, se deformó...

Pero Imogen existe... Como debe ser...

Ya está bien. Voy a ir a buscarlas al cuarto de baño. Y así de paso me aseguro de que la puerta no tenga el cerrojo echado.

Voy a poner este micrófono... en alguna parte...

Bueno, pues aquí están. No son tantas como creía. Déjame que... las vuelque sobre la mesita que tengo delante... Casi una docena. No creo que haya ningún problema entonces...

Me pregunto si tardarán mucho en hacer efecto. A lo mejor debería poner ya la música, para estar segura.

Ay, ¡la rigidez de mis articulaciones estos últimos meses!

Sí. Y ahora los violines y la madera.

«Bailero».

Dejemos que me invada mientras bebo un poquito más. Al final no cuesta tanto tragarlas. Bajan bien.

Listo. Y ahora será mejor esconder esto en alguna parte. Y el vaso.

Bueno, pues ya está. No hay que darle más vueltas.

Ay, ¡esta música! Cómo entra su voz ahí... y lo llena todo de luz... como un telón que se abre.

Voy a cerrar los ojos para verlo.

No está oscuro. No es aquí. El sol. El azul. Cerú...

Ay, me estoy yendo. Mucho más rápido de lo que reía. Es como una nube, como ir sentada en una nube.

Alguien tira de mí.

Cariño...

¿Ya estamos juntas? ¿Tan pronto? Cógeme de la mano. Cógela. Llévame hacia ti. Te veo.

El lago...

¡Y una niña! Tal como me lo había imaginado. Ah...

Imogen, ¿eres tú?

Me la imagino ahora, sentada a mi lado en el asiento del copiloto. A Imogen, mi hija. Que ve. Está a punto de vislumbrar por primera vez la vieja granja.

Nunca sucederá. En otra vida, quizás.

Déjate de fantasías. No tienen sentido. Aparca a un lado de la carretera.

Las ventanillas empañadas. No se ve nada.

Mejor salir fuera.

Sí, ahí está. Y me acuerdo perfectamente. ¿Sería realmente la única vez que vine aquí? ¿Esas navidades? Pues es como si volviera a casa.

Ha cambiado de forma. Tiene un añadido. Pero sigue siendo el mismo sitio. Donde vivían... mis abuelos, mi madre. Warden Farm.

Acércate.

Un coche en el camino de acceso. Los dueños deben de estar en casa. ¿Cómo les voy a explicar lo que hago aquí? ¿Quiénes serán? Una familia, ¿mi familia? ¿Descendientes, primos? Ivy, mi abuela, se moriría hace tiempo. Seguro. Y su marido igual. Demasiado difícil de explicar.

Subo por el camino, sólo un poco. Hasta el olmo. Donde me quedé ¿hace cuánto? ¿Cuarenta años? ¿Más? Una Nochebuena. Fumando.

Hay alguien en la ventana. Me ha visto. Me está mirando. ¡Ay, Dios!

Un saludo. Luego retrocedo. Vuelvo al coche. Demasiado difícil de explicar.

¿Viene hacia aquí? No. Pero no te entretengas. Venga, vete. Rápido.

¿Adónde? Al pueblo, a la capilla, al camposanto. A buscar a la abuela.

Estas carreteras de Shropshire... Barro por todas partes. Setos de un color siena despeinados, maltratados por el viento. Campos arados pasando a cada lado. Un cielo gris, como si no conociera más colores. Este sitio parece muy antiguo. Como si le llevara medio siglo de retraso al mundo. Parece que no ha cambiado nada desde que estuve aquí. Nada.

Ahora veo la aguja de la iglesia. Y un pub: el Fox and Hounds. Un aparcamiento vacío. Perfecto.

Se murió en mil novecientos setenta y dos. Pero no recuerdo nada, ni siquiera que me lo dijeran. Y mi abuelo tres años después.

Qué sitio más ventoso éste. Un viento de poniente. Me pregunto si alguna vez se calmará y se callará. En plena noche, quizás. Pero ya no hay silencio en ningún lado, por lo menos en este país. Ruido de tráfico incluso aquí, en medio del campo. Debe de haber una autopista cerca. Viento en los árboles, un sonido melancólico. Me hace pensar en el tiempo. El sonido del tiempo que pasa, implacable.

Alguien ha venido a cuidar estas tumbas hace poco. Hierba recortada. Alguien las arregla. Aunque hacen falta flores. Voy a comprar algunas y volveré mañana. Flores bonitas en ésa. Narcisos muy amarillos. Alguien las cuida. ¿Quién será?

Oh. ¡Oh, no!

Rosamond. En octubre pasado. Hace seis meses. ¡Sólo por seis meses! Sólo por seis meses de retraso... ¿Pero aquí? ¿Se murió aquí? Debió de volver. Volver al sitio que amaba.

¡Oh, no! Si hubiera venido antes. Al menos una palabra, unas palabras. Habrían significado tanto... Para ella y para mí.

Pisadas. ¿Quién viene?

Un hombre sonriente. Parece simpático. Alzacuellos. El párroco. Quiere hablar. Está a punto de hablar conmigo. Me vuelvo. Sonrío. Lista.

—¿Le puedo preguntar si conocía a Rosamond?

La carta de Thea llegó una mañana de finales de marzo. Gill era vagamente consciente del parloteo de voces bien educadas en la radio del anexo de su padre, pero por lo demás la casa estaba en silencio, y el ruido repentino de la tapa del buzón le pareció un poco explosivo. Fue hasta la entrada, con media tostada pellizcada todavía entre los dedos pringosos de una mano, y distinguió la carta inmediatamente entre el habitual montón de informes del banco y facturas del móvil. El sobre era azulado, y la letra caprichosa y alargada. Y era una carta gruesa, como si dentro hubiera media docena de hojas o más.

Había llegado antes de lo previsto. Hacía poco más de una semana que el reverendo Tawn la había llamado por teléfono para darle una noticia bastante chocante pero agradable: cuando cruzaba el cementerio de vuelta a casa en una borrascosa tarde laborable, se había topado con una mujer demacrada y angulosa (con unas facciones marcadas tanto por el tiempo cronológico como por el atmosférico), de unos cincuenta y muchos años, que estaba de pie ante la tumba de Rosamond, leyendo la inscripción de la lápida con una expresión de amargura en los ojos. Unos minutos de conversación entrecortada le habían bastado para darse cuenta de que se trataba de Thea, la hija de Beatrix, que acababa de volver a vivir al campo después de muchos años fuera. Así que la había invitado a la casa parroquial y le había ofrecido asiento y un té, mientras le contaba todo lo que sabía de la enfermedad y de la muerte de Rosamond. Ella le escuchó con sumo interés (casi fascinada) y, al saber que Gill era la albacea del testamento, le pidió que la pusiera en contacto con ella inmediatamente.

—No sabía muy bien si debía darle su número —le había explicado esa noche el párroco por teléfono—. Así que simplemente le pedí su dirección. ¿La quiere? Tiene muchas ganas de saber algo de usted.

Gill había escrito a Thea al día siguiente, contándole lo de las cintas que había escuchado con sus hijas (aunque, de momento, omitió los detalles de cómo acababan) y describiéndole su búsqueda infructuosa de Imogen hasta la fecha. Búsqueda que esperaba llegase a buen término con aquel nuevo descubrimiento.

Gill tiró el resto de los sobres, impaciente, sobre una de las encimeras de la cocina, y se sentó a la mesa con la carta de Thea. El sol salpicaba aquel desorden doméstico, y también los restos del desayuno, refractándose y reflejándose en los

paneles de vidrio del invernadero que había al otro lado de las ventanas de la cocina. Fuera hacía una mañana de primavera tremendamente fría, y una capa espesa de rocío seguía cubriendo el césped, pálido y reluciente. Gill había estado a punto de ducharse y ponerse alguna ropa de abrigo, pero eso podía esperar. Rasgó el sobre con una paleta de mantequilla, tardó un momento en adaptar la vista a aquella letra difícil y poco familiar, y luego empezó a leer con ojos rápidos y ansiosos.

Gracias [había comenzado Thea] por esa carta tan detallada y cariñosa.

Si he de serte sincera, me había olvidado del retrato de Imogen. Incluso de que existía. Me he olvidado de tantas cosas de esa época..., o puede que las haya tachado. Al fin y al cabo, ¡ya hace un cuarto de siglo! Y a veces todavía me parece más. Pero, de todos modos, está bien saber que lo tienes. Me encantaría acercarme a verlo en algún momento, si no te importa.

En cuanto a lo que me cuentas sobre las cintas que ha dejado Rosamond, sólo decirte que me he quedado pasmada. Si las has escuchado, ya sabes toda la historia. No sé muy bien cómo me deja eso (un poco incómoda, supongo), pero contenta porque siguiesses queriendo escribirme. A algunas personas, cuando se enteran de lo que pasó entonces, les cuesta trabajo perdonarme, o hasta tratarme como a una persona normal. Así que te estoy muy agradecida por no ser así. Me consuela muchísimo. Sobre todo porque eres de la familia (por lejano que sea el parentesco), y la familia es lo más importante en mi vida. A lo mejor te parecerá raro que sea yo precisamente la que lo diga, pero por el tono de tu carta creo que entenderás lo que quiero decir. O eso espero.

Y hay algo que te debo a cambio: que sepas algo de Imogen. Es una historia bastante larga, que quiero contarte desde el principio. Así que ten paciencia conmigo y no te preocupes si me voy por las ramas de vez en cuando.

Supongo que habría que empezar por el momento en que Rosamond y yo nos peleamos y perdimos contacto.

Al salir de la cárcel cometí el error de casarme con el hombre equivocado. Se llamaba Derek Ramsey, y era muy cruel y muy manipulador. Al final estuve con él como diez años. Había visto mi foto en el periódico antes del juicio, y me escribió mientras yo estaba en prisión. Pertenecía a una pequeña rama bastante especial de los mormones, y mi situación le había llamado mucho la atención. Tenía toda una serie de teorías sobre por qué le había hecho eso a Imogen; todas se resumían en la idea de que ella estaba poseída por Satán, y lo que le había pasado era una especie de castigo que se merecía. Yo estaba tan desesperada en esa época, y me sentía tan culpable, que hasta me convencí de que le creía. Era una mentira realmente horrible, pero ahora veo que me ayudó a sentirme mejor, y que fue una manera de poder vivir conmigo misma después de lo que había hecho.

Los años fueron pasando, y nuestra vida en común se fue haciendo cada vez más insoportable. Poco a poco, una chispa de independencia y de humanidad, que debía de haber alumbrado siempre dentro de mí, se reavivó y prendió fuego. Dejé a mi

marido, y ya no lo he vuelto a ver.

Lo que me ayudó más a tirar adelante durante todo ese tiempo fue un deseo increíble, casi abrumador, de volver a ver a Imogen. Cuando dejé a Derek, ella tendría unos dieciséis años. Yo no quería alterar de ninguna manera su nueva vida. Sólo quería verla y saber que era feliz.

Rosamond me había dado una vez la dirección de la nueva familia de mi hija, y allí me fui. Se habían mudado hacía tiempo, pero afortunadamente a los nuevos inquilinos les habían dejado una dirección para que les reenviasen el correo. Era una dirección de Toronto.

Me pareció muy buena señal. Mi madre también se había ido a vivir a Canadá, y aunque llevábamos muchos años sin vernos, también había pensado en acercarme a hacerle una visita. Por lo visto el destino (y no Dios; ya no creo en Él) apuntaba directamente con un dedo a Canadá y me decía que fuese hasta allí. Así que cogí un billete de avión y me marché.

Llegué a Toronto, reservé habitación en un motel a las afueras de la ciudad, y al día siguiente alquilé un coche, me acerqué hasta donde vivía la familia de Imogen, y aparqué delante de su casa. Evidentemente era un poco arriesgado, porque en realidad no me estaba permitido tener ningún contacto con ella. Era un domingo por la mañana. Me quedé allí unas horas y, justo antes de la hora de la comida, los vi salir a todos y meterse en su coche. Hay que recordar que no había visto a mi hija desde que tenía tres años, y no estaba nada segura de poder reconocerla. Sin embargo, debo decir que el bastón blanco me lo puso muy fácil... Aunque, incluso sin él, no hubiera habido manera de confundir a Imogen. Estaba muy alta y muy guapa con su melenita rubia, y era muy estilosa. Iba con otros dos niños (dos niños más pequeños) y un terrier irlandés marrón bastante grande, al que todos jaleaban mucho. No había que ser muy lista para darse cuenta de que eran una familia unida y feliz.

Lo primero que hice a la mañana siguiente fue plantarme allí y ver cómo se metía Imogen en el coche con su madre. Seguí al coche mientras se dirigían hacia el colegio. Por lo visto, iba a un colegio normal cerca del centro, no a un colegio especial para invidentes. Esa tarde me quedé esperando a la entrada del colegio, pero a Imogen fue a buscarla su madre, y no tuve oportunidad de hablar con ella. De todas maneras, ¡no tenía ni idea de qué iba a decirle! Y lo mismo sucedió al día siguiente. Pero la tarde siguiente, que era miércoles, tuve suerte y la vi salir sola por la verja y acercarse andando hasta la parada de autobús que quedaba a unos cien metros en la misma calle. Fui caminando hasta allí detrás de ella, y me subí en el mismo autobús. Me sorprendió lo poco que le costaba hacerlo todo; parecía que sabía exactamente la situación de las puertas y la altura de los peldaños y todas esas cosas. Aun así, la gente la cogía del brazo intentando ayudarla, pero la verdad era que no le hacía falta.

El autobús iba lleno y un caballero se levantó para dejarle su asiento. Ella se sentó, y yo me encontré de pie en el pasillo, justo a su lado. Me quedé así como un cuarto de hora, hasta que nos bajamos las dos. Fue una sensación maravillosa estar

tan cerca de mi querida hija otra vez. De hecho, al salir del autobús, la cogí del brazo y la ayudé a bajar. Vamos, que la toqué. Y ella me dijo: «Muchas gracias, señora». No sé cómo supo que era una mujer y no un hombre.

Estábamos en una parada que quedaba cerca de la universidad, y ella fue andando hasta la entrada principal de lo que parecía una imitación de una antigua facultad de Oxford o Cambridge. Había un chico esperándola (un estudiante de unos diecinueve o veinte años) y los dos se besaron en las escaleras. Noté cómo ella le pasaba los dedos por la cara, y luego por la barbilla y el cuello. Era un chico muy guapo, y vi que a ella le gustaba acariciarlo. La cogió del brazo y se fueron a dar un paseo al parque de al lado; Queen's Park, creo que se llama. Al principio los seguí de lejos, pero luego empecé a preocuparme y a sentirme incómoda. Además estaba muy alterada por haberla tocado y que ella me hubiera hablado. El corazón me iba a cien por hora. Así que cogí el autobús de vuelta al motel y me eché un rato en mi habitación.

Al día siguiente, su madre volvió a recogerla en coche. Pero el viernes por la tarde Imogen regresó a la parada del autobús después del colegio, y yo la seguí una vez más.

Esa vez aún tuve más suerte. Llegó antes que su novio, así que se fue a pasear sola a Queen's Park y se sentó en un banco a esperarlo. Llevaba un abrigo de espiga gris y unos vaqueros azul claro, y dejó el bastón apoyado en el banco a su lado, mientras echaba la cabeza hacia atrás para disfrutar del sol y de la brisa. Era otoño y hacía un tiempo estupendo, fresco y seco. Tenía una media sonrisa en la cara. Me habría gustado que pudiera ver las hojas de los árboles y las que había a su alrededor en la hierba. Eran realmente preciosas, de todos los tonos posibles de verde, amarillo, rojo y marrón que te puedas imaginar. También había un montón de grandes ardillas grises correteando entre las hojas. Me acuerdo de ellas por una cosa.

Yo ya había decidido lo que iba a hacer. Me quité la bufanda de cachemira del cuello, me senté a su lado y le dije: «Perdona, ¿es tuya?». Alargó las manos, la tocó y me contestó: «¿Esta bufanda? No, no es mía. ¿Se le ha caído a alguien?». Le dije que la había encontrado en el camino y luego añadí: «¿Te importa que me siente aquí?», y ella me contestó que no, y entonces, sin que ni siquiera me hubiera dado tiempo a pensar cómo iba a seguir la conversación, me sacó del apuro diciendo: «Es usted inglesa, ¿verdad?». Se había fijado en mi acento inglés, y de repente se me ocurrió que a lo mejor hasta reconocía mi voz. Pero no creo que la reconociera. Al fin y al cabo, hacía ya tantos años de todo aquello...

Yo tenía muchas cosas que decirle, y también que preguntarle, pero no había mucho tiempo y no podía ser demasiado directa. Así que lo único que podía hacer era charlar de tonterías, como con una desconocida. La mayor parte del tiempo estuvimos hablando de las diferencias entre Canadá e Inglaterra. Me dijo que se acordaba muy bien de Inglaterra, aunque llevaba casi ocho años sin volver por allí. Dijo que recordaba lo húmeda y lo gris que era, y yo le pregunté (tratando de no ser demasiado

maleducada) cómo podía decir que era gris si no podía ver; y me contestó que, a pesar de que había perdido la vista de pequeña, aún se acordaba de cómo era el mundo, que recordaba las formas y los colores. Intentando que no me temblara la voz, le pregunté cómo se había quedado ciega; pero, cuando me respondió, no dijo nada de mí; sólo que había tenido un accidente y que casi no se acordaba. Y luego añadió algo que recuerdo muy bien: que sabía lo que pensaba la gente (que, como era ciega, su vida debía de ser terriblemente triste y difícil), pero que a ella no le parecía así para nada. Me dijo que hasta el momento su vida había sido tan feliz y tan plena como la de cualquiera. Cosa que me encantó oír, como ya te puedes imaginar.

Enseguida vi venir a su novio hacia nosotras; y en ese mismo momento, ella dijo: «Ah, aquí está», porque había oído sus pasos, y naturalmente los había reconocido. Se levantó y volvieron a besarse, y una vez más él la cogió del brazo y se fueron juntos. Aunque antes ella se despidió de mí y me dijo que había sido: «un placer hablar con usted, señora». Mientras se alejaban, oí que él le preguntaba: «¿Quién era?», pero no sé lo que ella le contestó. Me quedé sentada en el banco mirándolos, hasta que se perdieron de vista. Era una tarde clara, y como Imogen tenía el pelo tan rubio, se podía distinguirlos desde muy lejos.

Después de eso, ya no tenía nada que hacer en Toronto. Ya me había reencontrado con mi hija, y ya había comprobado que estaba bien, que era feliz, y que estaba bien atendida. Ahora sabía que, en cuanto cumpliera dieciocho años, le escribiría a su familia para preguntarles si podía volver a verla. Aún quedaba más de un año para eso y me parecía muchísimo tiempo, pero creía que podría soportarlo ahora que la había visto y había hablado con ella.

Así que me fui a ver a mi madre. Sabía que no estaba muy bien. Tenía un cáncer de garganta y se pasaba la mayor parte del tiempo en el hospital. De hecho, se murió sólo un mes después de mi encuentro con Imogen. La vi varias veces antes. Me encantaría decir que arreglamos todas nuestras diferencias, y que todo volvió a estar bien entre nosotras. Eso habría supuesto para mí una «clausura», como creo que lo llaman los psicoanalistas. Pero me temo que mi madre siguió siendo irascible y mordaz hasta el final de sus días. Simple y llanamente yo nunca le había gustado, así que nunca me quiso. Yo había sido un error; y eso, hasta cierto punto, es lo que sigo siendo a mis propios ojos incluso ahora. Siempre lo tengo presente, y no tiene vuelta de hoja. Sólo hay que encontrar una manera de vivir con ello.

Esa temporada la pasé en casa de mi hermanastra, Alice. Nunca le había dedicado mucho tiempo cuando éramos pequeñas (la diferencia de edad siempre me había parecido muy grande), pero esa vez pude comprobar que se había convertido en una buena persona. Y supongo que también nos unimos, claro, gracias a la muerte de mi madre. El caso es que Alice me convenció para que me quedara en Canadá. Me establecí allí, conseguí un trabajo de media jornada y acabé pasando allí los catorce años siguientes. Después de la muerte de mamá, Charles, mi padrastro, nunca se volvió a casar, y al final de su vida necesitó muchos cuidados, así que por lo menos le

serví para algo. Murió el año pasado, y ésa es la verdadera razón por la que he vuelto a Inglaterra; supongo que ya no pintaba nada en Canadá. Eso, y que también echaba un poco de menos este país, aunque la verdad es que tampoco tengo ningún motivo especial para ello.

Aún estarás preguntándote por Imogen. Me gustaría poder contarte algo bueno. Pero cuando por fin conseguí armarme de valor para escribirle a su familia, me contestaron dándome la terrible noticia de que Imogen había muerto. Fue a morir en un accidente de carretera, precisamente. Estaba de vacaciones, y había salido una mañana al parque con sus hermanos, a pasear un poco al perro. Y por lo visto, aunque nunca había hecho nada semejante, el perro echó a correr de repente hacia la carretera, ladrando como loco; Imogen lo oyó y salió corriendo detrás de él. Una cosa muy peligrosa, pero no creo que se parara a pensarlo. El perro consiguió esquivar todo el tráfico, y aterrizó sano y salvo al otro lado de la carretera; pero a ella la atropello un coche. Murió en el acto, la pobre. Fue sólo un segundo. No debió ni de enterarse. Fue una semana antes de que cumpliera diecisiete años, y casi seis meses después de que yo la viera en Toronto. El 16 de abril de 1992. Ésa es la fecha de la muerte de mi hija.

¿Cómo se consuela una cuando sucede algo así? Me pasé meses negándomelo a mí misma, intentando...

Aún quedaban unas líneas, pero Gill no leyó más. La última hoja cayó sobre la mesa cuando se recostó en su asiento, abatida, y sus dedos soltaron el papel.

Se quedó con la mirada perdida por lo menos un minuto, incapaz de pensar, con su capacidad de razonamiento aplastada por el peso de aquella desilusión repentina que la había invadido.

Luego, toda una serie de pensamientos sueltos empezaron a pasársele por la cabeza a toda velocidad, sin orden ni concierto.

Un perro que salía corriendo inexplicablemente. Primero Beatrix persiguiéndolo, y después Imogen. Abuela y nieta, con casi cincuenta años de diferencia...

La Auvernia: Rosamond imaginándose que iría allí cuando muriera. Gill viajando también hasta allí con su marido, y luego conduciendo sola por una carretera desierta. Un mirlo estrellándose contra su parabrisas, como un tremendo aviso de muerte...

¿Cuándo había sido? ¿En mil novecientos noventa y dos? ¿En abril? Había ocurrido por la tarde, al anochecer. Imogen había muerto por la mañana. Toronto... Francia... ¿Cuál sería la diferencia horaria?

Al final, nada era casual. Había como un patrón; un patrón que había que descubrir en alguna parte...

Entonces el sonido del teléfono le hizo pegar un bote en la silla. Vio en la pantallita que se trataba de Elizabeth. Cogió el auricular de la base pegada a la pared.

—Hola, cariño. ¿Todo bien?

—Sí, mamá. Estoy bien. Pero quería saber si Catharine te había llamado ya.

—¿Catharine? No. ¿Y por qué iba a llamarme?

—Ah, ¿no te lo han dicho? —Una pausa—, Daniel la ha dejado.

—Pues no.

—Se lo soltó anoche.

—Pobre Catharine.

—Se me plantó en casa sobre las diez, llorando como una loca. Le dije que se quedara aquí a dormir. Pero ya se ha ido, y me ha dicho que seguramente te llamaría... Mamá, ¿sigues ahí?

—Sí, aquí sigo.

—¿Pero estás bien?

—Sí, sólo que... Sólo que hoy yo también he tenido malas noticias.

—¿Qué noticias?

—No pasa nada, cielo, no te preocupes. Ya te llamaré luego. ¿No te importa? Te llamo dentro de media hora. Será mejor que cuelgue; igual tu hermana está intentando llamarme.

Gill colgó y se quedó de pie en medio de la cocina, un poco mareada con aquel torbellino de pensamientos dando vueltas en su cabeza. Una labor de retales hecha de... ¿coincidencias? ¿Eso eran? Si al menos pudiera apartarse un poco para ver con mayor claridad aquel dibujo. Pero más bien se estaba difuminando. Desde muy lejos, desde el mismo Londres, la sensación de pérdida y de abandono de Catharine empezaba a colarse sigilosamente en el corazón de su madre, lleno de rabia y de dolor. Aquel cabrón de Daniel... Lo *sabía*..., había sabido siempre que acabaría haciendo algo así...

Pero no... *No dejes que el presente borre el pasado*. Aún no. La respuesta estaba allí, y había que encontrarla. Seguramente le estaban brindando algo increíblemente valioso, una especie de revelación suprema.

Volvió a sonar el teléfono. Esta vez la pantallita decía que se trataba de Catharine. Gill esperó, esperó sólo unos segundos antes de cogerlo y, en ese instante prolongado en el tiempo, sintió que aquella promesa de revelación se encogía, se evaporaba y se desvanecía en el aire; observó desesperada cómo se le escapaba para siempre de entre las garras de su mente. Incluso antes de escuchar las primeras palabras entrecortadas de su hija, supo que era demasiado tarde. El dibujo que había estado buscando se había esfumado. Peor aún: no había existido nunca. ¿Cómo iba a existir? Lo que había estado persiguiendo era una quimera, un sueño, algo imposible. Como la lluvia antes de caer.



JONATHAN COE (Birmingham, 1961). Se educó en el Trinity College de Cambridge, y completó un doctorado sobre el Tom Jones de Henry Fielding en la Universidad de Warwick. Enseñó Poesía inglesa en Warwick, posteriormente trabajó como músico profesional, escribiendo música para jazz y cabaret. También trabajó como corrector de pruebas legales antes de convertirse en escritor y periodista independiente.

Coe es autor de varias novelas, la mayoría de las cuales se han traducido al castellano. Su primera novela, considerada hoy una obra «de culto», fue *Los enanos de la muerte* (1990), una historia de asesinatos en un ambiente *punk*. Le siguieron la aclamada *¡Menudo reparto!*, (1994), una sátira mordaz de la vida británica en la década de los ochenta y ganadora del Mail on Sunday / John Llewellyn Rhys Prize y el Prix du Meilleur Livre Étranger (Francia), y *La casa del sueño* (1997), que ganó el Writers' Guild Award (Mejor libro de ficción) y el Premio Médicis Étranger (Francia) y narra las aventuras de un grupo de ex estudiantes universitarios, reunidos en el misterioso acantilado de la casa donde solían vivir.

El club de los canallas, una sátira política de 2001, ambientada en Birmingham en 1970, obtuvo el premio Bollinger Everyman Wodehouse Prize y el Arcebispo Juan de San Clemente y fue adaptada para la televisión por la BBC en 2005. Coe retomó a los protagonistas de esta novela veinte años después, en la Inglaterra de Blair, en *El círculo cerrado* (2004).

La lluvia antes de caer, de 2007, tiene un tono distinto, introspectivo e íntimo, que ha

sido muy alabado. Posteriormente, Coe volvió al género satírico-humorístico con *La espantosa intimidación de Maxwell Sim*, (2010) y *Expo 58*, (2013).

Su última novela es *Number 11* (2015).